



Crimen en el
Barrio del Once

El primer caso del comisario Lascano

ERNESTO MALLO

Un mundo de novela ...
www.miscolecciones.org



Lascano, el Perro, un comisario de policía trastornado por la reciente muerte de su mujer, recibe un aviso: han aparecido dos cadáveres cerca del Riachuelo. Pero en el lugar del crimen descubrirá un tercer cuerpo que no tiene las características de los «fusilados» de la época, el de un prestamista judío del Barrio del Once. Investigar el caso no será fácil para Lascano...

En esta novela policiaca, con el marco histórico de la dictadura y violencia política que vivió Argentina en los años 1970, policías, militares, jóvenes en la clandestinidad y miembros de la clase alta componen una trama en la que el juego de los personajes, la riqueza de las descripciones y los diálogos alcanzan una memorable potencia narrativa.

Ernesto Mallo exhibe un dominio admirable de la mejor tradición policiaca al tratar este tema que conoció de primera mano, manteniendo de forma magistral el suspense en una historia compleja, ajustada al milímetro y que no da respiro al lector.

Ernesto Mallo

Crimen en el Barrio del Once

El primer caso del comisario Lascano

Comisario Lascano - 1

Título original: *Crimen en el Barrio del Once*
Ernesto Mallo, 2011

Editor digital: Titivillus
Corrección de erratas

- sibelius
- Alfacentauro0
- alvardeflagg



Mañana o pasado llegará la catástrofe, ahogándonos en sangre, si no estamos ya reducidos a cenizas. Todos tienen miedo. Yo también; no duermo por las noches, dominado por el terror, y no funciona nada, sólo tenemos el miedo... ¿Qué hace entonces el comisario Bauer? Hace su trabajo, intentando crear un poco de orden y sensatez donde sólo hay caos y desintegración sin remedio.
Pero no estoy solo...

INGMAR BERGMAN, *El huevo de la serpiente*

Capítulo 1

Yo sé que hay que matar, sí,
pero a quién...

HOMERO EXPÓSITO, 1976

Hay días en que el borde de la cama es un abismo de quinientos metros. La repetición continua de cosas que no queremos hacer. Lascano querría quedarse en la cama para siempre o arrojarse al abismo. Sólo si el abismo fuera real. Pero no lo es. Lo único real es el dolor.

Así se siente Lascano esta y todas las mañanas desde la muerte de su mujer. Huérfano de niño, parecía predestinado a la soledad. Marisa fue una tregua de ocho años que la vida le concedió, argumento para seguir viviendo, recreo fugaz que finalizó hace menos de un año, dejándolo nuevamente varado en los bajíos de una isla donde se ganó con justicia su mote: el Perro.

Se lanza al vacío. La ducha le lava los restos del sueño que se van aullando por el sumidero. Se viste, se calza la Bersa Thunder 9 mm en la sobaquera. Se acerca a la jaula, hábitat del pájaro, que es lo único vivo que le quedó de Marisa, y agrega una pizca de alimento en el comedero. Sale a la madrugada desierta. No amanece aún. La humedad es tal que, siente, podría ir nadando hasta su auto. Las luces y las sombras difuminan espectros en la niebla que todo lo envuelve. Enciende el primer cigarrillo del día.

A medida que avanza, en la esquina, va dibujándose el operativo. Dos

Bedford oliva del ejército chicanean la bocacalle. Soldados con Fal y ametralladoras. Un colectivo de línea con las puertas abiertas. Sobre el costado, de espaldas al personal militar, con las manos alzadas, todos sus pasajeros aguardan en silencio el turno de ser palpados y luego interrogados por un teniente con cara de niño feroz.

Lascano cruza con indiferencia. Un recluta mira a su teniente como esperando una orden que no se produce y vuelve a Lascano. Él le responde con una mirada de mando, recta, bien adentro de los ojos, que le hace bajar los suyos. Lentamente despega el amanecer.

Poco antes de llegar al garaje, los camiones militares pasan a su lado. En el primero han cargado a un muchacho y a una chica con vestido de flores que bien puede tener la edad de Marisa cuando la conoció. Le lanza una mirada de fugaz desesperación que le repica en la columna como si le hubieran aplicado los doscientos veinte, y se la traga la niebla. Lascano enfila para la negra boca del garaje. Comienza el día.

La rampa le recuerda, uno por uno, todos los cigarrillos fumados. Mientras el motor del Falcon toma temperatura, enciende el segundo y agarra el radio transmisor.

Quince a base. Cambio. Guau, guau. Cambio. Nos despertamos graciosos. Cambio. Si te hubieras pasado toda la noche acá, vos también estarías gracioso, Perro. Cambio. ¿Qué hay? Cambio. Tenés que presentarte en 27 el Riachuelo. Cambio. ¿Dónde? Cambio. Avenida de Febrero, frente al lago del Autódromo. Cambio. ¿Y? Cambio. Investigá dos cuerpos tirados cerca de la banquina, del lado del río. Cambio. ¿No será un traslado? Cambio. No sé, arreglate. Cambio. Voy para allá. Cambio y fuera.

La primera siempre canta un poco, cada vez más.

Uno de estos días tendré que llevarlo a que le compongan el varillaje, antes de que me deje tirado en cualquier parte.

La comunicación lo pone de mal humor.

A su izquierda, de las aguas del Riachuelo se levanta una bruma química que corrompe el ambiente. Conduce con la ventanilla abierta, como si

quisiera castigarse con la pestilencia que brota del río. A través del parabrisas, el paisaje se difumina y reaparece al ritmo de las escobillas. La radio está en silencio, la avenida desierta. Las ruedas, girando sobre el macadán, devuelven un tac tac monótono que tiene algo de ferroviario. Un movimiento, adelante, interrumpe la hipnosis. A la izquierda, una Rural Falcon gira en U. Tiene un bollo en el portón y el plástico de las luces de posición del lado derecho está quebrado. Emite luz blanca en lugar de la roja reglamentaria. Levanta el pie del acelerador. La Rural toma el mismo carril y se aleja a toda velocidad. Llega al lugar de donde salió. Hay una choza de lata y una huella en la tierra entre el pastizal manchado. Se mete por allí unos metros. Unos bultos en el suelo. Detiene la marcha, pone el freno de mano, desciende y los ve: son tres cadáveres. Enciende el tercer cigarrillo. Se acerca. Dos de los cuerpos están húmedos por el rocío. Tienen las facciones borradas por infinidad de balazos. Los cráneos destrozados. Contiene una arcada. Advierte que se trata de una muchacha y un muchacho jóvenes que visten jeans y pulóveres de cuello alto. El tercero es un hombre alto, de unos sesenta años, fornido, panzón, poco pelo encanecido, viste traje negro y corbata, está seco y tiene un grito salvaje que la muerte le congeló en la boca. No lleva cinturón. Su cabeza está intacta. A la altura del estómago, una gran mancha de sangre le dibuja una flor en la camisa celeste. Muy cerca hay un trozo de plástico rojo que recoge, examina y guarda. Enciende el cuarto cigarrillo y regresa lentamente al auto. Por el camino encuentra el cinturón que sin duda perteneció al muerto. La hebilla está quebrada. Lo enrolla en su mano. Se sienta con las piernas hacia fuera. Toma el micrófono.

Quince a base. Cambio. ¿Ya estás allí? Cambio. ¿Cuántos muertos me dijiste? Cambio. Dos. Cambio. Mandame la fiambra, los traslado a Viamonte. Cambio. Ya te la mando. Cambio. Espero. Cambio y fuera.

Se deja caer en el asiento. Termina el cigarrillo y lo arroja por la ventanilla abierta. Comienza a llover. Se incorpora, toma el volante. Pone en marcha el motor y retrocede hasta la avenida para hacerse visible a la ambulancia. Aguarda. Pasa un camión frigorífico. Recuerda unas palabras de Fuseli:

De la muerte de un hijo uno no se cura nunca, es algo con lo que hay que

vivir para siempre.

Por experiencia, Fuseli sabe muy bien de lo que está hablando.

A Lascano le llamó la atención el comentario, porque su amigo se cuidó muy bien de revelarle que, al morir, Marisa estaba embarazada de dos meses. Nunca más volvieron a hablar de hijos muertos. Saben que esa cicatriz está allí adentro y no sienten ninguna necesidad de lamerse la heridas. Tanto él como Lascano son de los que creen que los hombres deben sufrir en silencio. Lo conoce desde muchos años atrás, pero nunca habían hablado de otra cosa que del trabajo. Fuseli es médico forense. Un tipo verdaderamente apasionado con su profesión. Es bajo, gordito, retacón, un poco pelado y peinado a la gomina, con su delantal siempre impecable y todo el aspecto de un señor formal. Es de una severidad obsesiva a la hora de descubrir los secretos de un cadáver. Fuseli le habla a los muertos, y ellos le responden. Nadie tiene su ojo para detectar mínimos detalles ni la paciencia para quedarse toda una noche desentrañando un cadáver. Sin embargo, el día que se enteró de la muerte de Marisa dejó todo para acompañar a Lascano al cementerio de La Tablada.

A lo lejos comienzan a relampaguear las luces de la ambulancia.

El Perro estaba demasiado abatido para sorprenderse. Aceptó su abrazo franco y sus pocas y certeras palabras como un maná. Amigos desde entonces, sin juzgarse, sin competir. En aquel momento, en la desesperación, pero también en las escasas alegrías. Los une, además, el hecho de que ambos toman la férrea concentración en el trabajo como un placebo. Aunque de esto tampoco hablan mucho, es así, naturalmente. Quizás la verdadera amistad se exprese mejor por lo que se calla que por lo que se dice.

Al llegar la camioneta, Lascano le señala el lugar al que debe dirigirse, camina pausadamente tras ella e indica al chofer y al enfermero que se lleven los cadáveres. Vuelve a inspeccionar el cuerpo gordo. Le revisa los bolsillos y sólo encuentra unas pocas monedas y una tarjeta: Aserradero La Fortuna, con una dirección en Benavídez, cerca de Tigre. Se aparta para que el enfermero lo cargue en la camilla. Sube a su auto, arranca y en poco tiempo está detrás de la ambulancia.

GUARDE DISTANCIA.

Favorecidos por el escaso tránsito de la hora, en pocos minutos están en el patio de la Morgue. Mientras bajan los cuerpos, Lascano va al encuentro de su amigo Fuseli, en la sala de operaciones. Concentrado en su microscopio, el forense no advierte su presencia.

Fuseli. No son tiempos para andar tan distraído. No te vaya a pasar lo que a Arquímedes. ¡Perro!, qué hacés por acá. Te traje unos regalitos, para que no te aburras. ¿Qué me trajiste?

Los camilleros depositan los cuerpos en las mesas de disección y se marchan. Fuseli se acerca al hombre gordo. Lascano enciende un cigarrillo.

¿Tenés la Polaroid? Ahí, en el gabinete.

Lascano se dirige al mueble y toma la cámara. Fuseli examina detenidamente el cadáver.

¿Está cargada? Creo que sí. A los dos pibes los fusilaron. Éste es diferente. Me pareció lo mismo. Hola, muchachote. ¿Me vas a contar tus secretos?

Fuseli toma la cabeza del muerto y la acomoda. Lascano levanta la Polaroid y oprime el botón rojo. Con un zumbido, la cámara expulsa la foto para que se revele. Lascano la abanica.

Estás cada día más loco. Hasta un criminal de cuarta sabe que los muertos no hablan. Eso es porque los criminales son muy ignorantes. Los muertos le hablan al que sabe escucharlos. Además, hay gente que les habla a las plantas. Che, ¿anda bien este aparato? No salió nada. Probá de nuevo.

Fuseli vuelve a acomodar la cabeza, Lascano toma otra foto.

¿Qué opinás?

Fuseli revisa atentamente las manos del cadáver.

Éste dio pelea. ¿Creés que lo plantaron? ¿Y a vos qué te parece? Que si

le ponemos unas guirnaldas es un arbolito de navidad. Los fusilados siempre aparecen con la cabeza destrozada. La del viejo está intacta. A no ser por estos golpes. Pero me da la impresión de que se los dieron cuando ya era boleta.

Lascano observa la placa. Como regresando del más allá, el retrato del muerto comienza a dibujarse.

Me parece que a éste lo mataron en otro lado. ¿Qué más podés decirme? Vení mañana y te cuento. Hecho. Che, ¿por qué no me conseguís un poco de yerba de tus amigos los de toxi? Seguís quemando porro, ¿no te da vergüenza, viejo y hippie? Me da, pero me fumo un charuto y se me pasa. Voy a ver qué consigo. El cerebro agradecido. A ver, muchacho, ¿por dónde te la dieron...? Hum, acá está el agujerito, por aquí te entró la muerte y se te escapó la vida...

Fuseli entra en un estado de embelesamiento en el que el mundo desaparece, dejándolo totalmente abstraído en su trabajo, sumergido en su relación de intimidad con los muertos. Lascano abandona la sala en silencio. Una brisa leve pero sostenida está limpiando el cielo y un solcito de invierno se cuela morosamente entre las nubes. La mañana promete, piensa, mientras aguarda en la vereda que algún automovilista se digne cederle el paso para salir del patio de la Morgue.

Capítulo 2

La sala está en penumbra. La única iluminación procede del farolito tenue del alumbrado público que bailotea mecido por el viento y lanza alternativamente la sombra de Amancio sobre el techo, las paredes, la biblioteca. Junto a la ventana, toma su quinto whisky. Querría, cree que debería, estar tomando Ballantine's o Johnnie Walker etiqueta negra, pero debe conformarse con un Old Smuggler, porque Amancio ya no es el que era, o ya no tiene lo que tenía, que viene a ser lo mismo. Por eso bebe con rabia.

Son más de las dos de la madrugada y Lara hace tres horas que duerme. Lo cual supone un alivio, una tregua a sus continuos reproches. Pero también es una afrenta a sus expectativas de compañía, de comprensión, de apoyo, bah, de sexo. Lara sólo puede demandar, si no hay algo a cambio, no tiene nada que dar.

Abajo, el ejército acaba de montar un cerrojo. Han cruzado un jeep en la bocacalle. Dos uniformados se han apostado con ametralladoras en las esquinas, entre las sombras. Tres más se han ubicado unos metros atrás y otros tres paran a los vehículos que pasan. Rebuscan en ellos, separan a los ocupantes, les exigen documentos, y así, por separado, les hacen infinidad de preguntas. Están a la caza de contradicciones, armas, indicios, lo que sea. Una mínima sospecha los conducirá, en el camión estacionado cerca, a un interrogatorio más profundo, más apremiante, en alguno de los muchos chupaderos diseminados por la ciudad. Amancio se descubre deseando presenciar una detención. Se siente como el espectador de circo, ansioso por ver cómo cae el equilibrista. El tiempo pasa, pero no ocurre nada. Las calles están vacías, los militares, entrenados para la acción, se aburren, se distraen hasta que la proximidad de un automóvil los pone alerta. Entonces dirigen sus

cañones a las cabezas de los ciudadanos, tensan los dedos sobre los gatillos y tienen miedo, y el miedo es el pan del soldado.

Amancio termina su copa de un trago, violentamente, como queriendo hacerse daño con esa bebida barata y áspera a la que su paladar ha comenzado a acostumbrarse, y se sirve otra.

Algo alcoholizado, pasa revista a sus trofeos y cuadros con escenas de caza. Extraña su pasado triunfal, blandiendo orgulloso el fusil, la culata apoyada en el muslo y el pie sobre la cornamenta de un tremendo búfalo del Cabo. Le encantaba la sensación de poder que le producía matar a esas bestias enormes. A su lado, su amigo Martínez de Hoz. En cuclillas, el guía, un negrito todo ojos, todo dientes. Amancio es un tirador de puntería excelente, es su habilidad más destacable, acaso la única. Siente nostalgia del rol de *white hunter*, de la capacidad para dilapidar una millonada en un safari por el delta del Okavango, del esplendor perdido, porque hoy la economía de Amancio viene derrumbándose con efecto bola de nieve. No sabe, nunca le enseñaron ni aprendió a ganar, sólo a gastar. Pésimo estudiante, bajo la tutela irresponsable de su padre, de quien heredó la sensación de tener la vida comprada y, como los mandarines chinos, las manos atadas. El trabajo no se hizo para ellos. Los lejanos ancestros hicieron fortuna apropiándose de tierras mostrencas durante la campaña del desierto del general Roca. Hoy, como ayer, las fuerzas armadas vienen a garantizar un principio inamovible: defender el bien es defender los bienes. El sacrificio, la masacre de mil indios por día, no le parece un precio excesivo por tres o cuatro generaciones de familias ricas. Su abuelo fue uno de los que viajaban a Europa llevando en el barco su propia vaca para que los niños tuvieran leche fresca y, disimulada entre los pasajeros de otro puente, la amante que cumpliría las funciones que aburrían a la esposa patricia, para quien el sexo era cosa de obreros. En los salones de París se acuñó la expresión «rico como un argentino». La infancia abundante, los veranos en Rauch: diez mil hectáreas en la mejor tierra del país. La tradición heredera hacía caer dinero del cielo a medida que los parientes subían a él. Todo era viajar, lucirse en los salones, acompañarse de jóvenes monísimas y lánguidas, chismosear sobre los *parvenus* y los venidos a menos, burlarse de los nuevos ricos, despreciar la pobreza, mofarse de los últimos escándalos y divertirse con las excentricidades de un Beccar Varela,

de un Pereyra Iraola. Pero las sucesiones dividen las heredades, y la falta de ocupación es muy costosa, sobre todo para quien está acostumbrado a lo caro, a lo fino, a lo importado, y carece de aptitudes para renunciar y para reproducir. De toda esa afluencia, hoy no va quedando casi nada. De los campos interminables sólo le resta el casco de La Rencorosa. Jardines y flores, árboles de doscientos años, *sudan grass*, el establo donde se adormecen un par de matungos, media docena de gallinas que sobreviven a la desidia de su amo y un tractor en desuso. La casona ocre, amplia y fresca, la veranda con sillones, los canteros impecables, quedaron aprisionados en cinco hectáreas. Eso es todo lo que han dejado el despilfarro, las sucesivas hipotecas, las divisiones, la venta de parcelas en lotes. El gasto se reduce necesariamente, pero no cesa, como tampoco los intereses, las multas, las penalidades. A caballo de un apellido prestigioso, los préstamos fluyen desde los nuevos ricos, que persiguen la oportunidad de hacerse con las propiedades tocadas por el aura de la gente bien. A medida que el capital disminuye, la canilla se va cerrando. Amancio es un prototipo de esta parábola, pero su personalidad colérica y agresiva no le permite asumir su situación más que con rencor, como una mala jugada de la vida, que pone fortunas en manos de unos pelagatos de alma quitándoselas a quienes, por cuna, la merecen. De aquella riqueza no le queda sino el tono campechano y desenfadado del Barrio Norte, el empaque y la soberbia. Cuando uno nace para rico, la pobreza se vive como una injusticia. Cada uno debe tener lo que se merece. Y él cree merecer una vida mejor, no ésta. Piensa qué hará mañana, y mañana es Biterman, el prestamista. Tendrá que ir a verlo a su oficina en el barrio del Once, donde maneja millones. Tendrá que rebajarse a pedirle prestado al judío, a aceptar sus condiciones, a sentir su dependencia y su sensación de inferioridad. Ayer mismo, sin ir más lejos, el banco le negó un aumento del giro en descubierto, a pesar de que el presidente no es otro que Mariano Álzaga, su primo y compañero del Saint Andrew's. Amancio no tiene siquiera para pagarse el taxi hasta lo del usurero. Otro whisky y la botella se termina. Está completamente borracho. Abajo, los soldados han detenido un Fiat 1500, del que han hecho bajar a dos muchachos.

El estupendo cuerpo de Lara duerme tranquilo. Ella es joven, bellísima en una familia famosa por sus mujeres, joyas en los salones de la mansión de la

calle Alvear. Los Cernadas-Bauer también patinaron por el tobogán de la bancarrota, pero aquellas mujeres no sólo son hermosas, también prácticas, porque en su árbol genealógico la soberbia savia gallega se mezcló con sangre alemana. De ahí los ojos verdes implacables, las rubias cabelleras y el dinamismo emprendedor. Su hermana instaló una inmobiliaria y se apropió de las relaciones familiares. Los contoneos de su cuerpo, sus monerías y su teatralización de niña bien y dispuesta seducen a compradores y vendedores, acrecientan su clientela y sus comisiones. Sin hacerse rica con ello, se armó un buen pasar al precio de un esforzado trabajo en el escenario de la compraventa. Lara, por su parte, con un espíritu más fogoso pero menos organizado, tomó el camino más corto. Después de varios *affaires* con hombres y mujeres de la *jet set*, a cambio de favores y regalos, se percató de que su nombre comenzaba a asociarse con la prostitución de alcurnia y era materia prima de comadreo y comidillas. Aceptó un puesto de secretaria privada de un ejecutivo de apellido polaco, educado en la *Harvard School of Business*, que dirige con gran pericia la filial argentina de Exxon. Lara no tiene aptitudes ni formación para el trabajo, pero el Polaco le dio el cargo de asistente para todo servicio, con un sueldo acomodado, ya que ella le resuelve sin demasiado esfuerzo necesidades que su propia esposa no está dispuesta a satisfacer. Los actores cambian, la tradición se mantiene. Del salario de ella viven ambos desde hace varios meses. Amancio la conoce desde niña, cuando alborotaba las reuniones en la estancia de sus padres, en la de los padres de ella o en la de conocidos comunes. Mientras pudo, Amancio simuló buena posición. Dilapidó sus últimos pesos en conquistarla y agasajarla. Un par de viajes por Europa, indumentaria y cosméticos caros, cenas y paseos terminaron por dejarlo en la ruina. Pero antes de que la bancarrota se hiciera obvia, Lara, siguiendo el consejo de su jefe, decidió casarse con el apellido Pérez Lastra como una manera de aventar el chismorreo que circulaba por Recoleta, Palermo Chico, y el casco antiguo y Las Lomas de San Isidro. Ese matrimonio tenía la ventaja de colocarla en la posición de señora casada y, se engañó, de llevar un buen tren de vida al precio de soportar a su consorte. Ahora que la pátina de riqueza se ha descascarado, dejando a la vista los surcos y rajaduras de un tiempo perdido, Lara busca con creciente impaciencia una salida honorable para esa unión inconveniente. El Polaco

tiene cada día más problemas con su mujer y, en consecuencia, con Lara. Ya se ve en el horizonte que el barco comienza a escorar.

Sigilosamente, Amancio se dirige al dormitorio. Sobre la cómoda está la bolsa de Lara. La abre con mucho cuidado. Al tanteo, rápidamente, localiza la billetera. En la sombra, distingue tres billetes de diez mil pesos. Toma uno, se lo mete en el bolsillo y devuelve el resto a su lugar. Regresa a la sala, se sirve con disgusto un coñac y vuelve a su puesto en la ventana.

Los camiones militares y los soldados se han ido, el Fiat y sus ocupantes han desaparecido. La calle esta vacía y muda. La noche se extiende, se oscurece. Los que pueden, duermen.

Capítulo 3

Ha comenzado a soplar un viento destemplado. Por el cielo, deshilachándose, corren apuradas unas cuantas nubes. El mayor Giribaldi pasea su nerviosa espera por los jardines. Ésta será la noche, le dijeron. Cree que acá está la clave para solucionar los problemas de Maisabé, su mujer. No tiene más de cuarenta años, pero se siente como de setenta esta noche. Está impaciente. En los múltiples bolsillos del uniforme de fajina rebusca el cigarrillo que le sacó a un conscripto. No fuma, pero en estos casos se fuma. Entonces fuma. La luna se asoma por entre las ramas de las tipas enormes de Luis María Campos. Giribaldi recuerda una luna igual, cuatro años atrás.

Ay lunita tucumana, de la mano con Maisabé, por la orilla del río, jurándole amor eterno, lo que sea con tal de meterla en su cama. La conquista de Maisabé fue un intrincado camino desde la iglesia a su casa todos los domingos, y su estrategia, tan indirecta que le llevó no menos de seis meses, y arriesgarse a perderla, tocarle un pecho por primera vez. Ella lo dejaba hacer hasta cierto punto, luego lo paraba en seco, con mano firme, y él ya sabía que se le había cruzado la Virgencita del Valle y que no podría seguir avanzando. Las convicciones católicas de Maisabé eran más fuertes que los calores que él, con mucho esfuerzo, lograba hacerle subir. Siempre alcanzaban el mismo punto: ella jadeando, las mejillas hirviendo, los pezones erguidos como acero y el *¡basta Giri!* que le sonaba como advertencia de terreno minado. En un año no pudo llegar más lejos. El altar se imponía al deseo. Harto de la masturbación y de las chinitas del prostíbulo local, aquella noche, con esa luna, le propuso matrimonio. Maisabé se emocionó hasta las lágrimas, y aceptó enseguida. El militar avanzó un tranco de pollo en sus arrumacos. Con mano tenue, Maisabé le tocó apenas el sexo urgente y la

retiró de inmediato como un pez asustado. Ése fue todo el avance que consiguió con su propuesta. Primero, habría que pedir su mano a los padres de ella y autorización a sus superiores. Después, el vestido blanco, la iglesia, la fiesta... y luego, sí, la entrega. Ya convertida en su mujer, Giribaldi avanzó abruptamente hasta la penetración. La cosa fue breve. Un veloz desahogo para él y, para ella, el cumplimiento de una más de las muchas obligaciones de mujer casada que asumió ante Dios. El novio se quedó entredormido preguntándose si para eso se había casado. Cuando despertó, Maisabé, arrodillada al pie de la cama, rezaba. Imperativo, la tomó de la mano, la trajo a su lado y la abrazó. Ella se acurrucó, lo miró con sus ojos negros llenos de tristeza y calló. A Giribaldi, la proximidad de ese cuerpo nuevo que venía ansiando desde hacía tanto, ese cuerpo postergado que estaba muy quieto pegado al suyo, comenzó a llenarlo de emoción. Entonces la apartó de su lado, lo más suavemente que pudo, se dio vuelta y se durmió.

Sus encuentros amorosos no tienen la frecuencia ni la intensidad que Giribaldi desea. Maisabé jamás toma la iniciativa, nunca un gesto seductor, una caricia. Él siempre tiene que comenzar y guiarla todo el camino. En algún momento, ella jadea unos instantes y pronto retoma su respiración normal. Eso es todo por su parte. El clímax es un lugar reservado para su esposo, a quien ella acompaña silenciosa y quieta, como resignada. Nunca le explicaron si el placer forma parte del plan de Dios. Entonces no. Luego, espera que el marido se duerma para arrodillarse y pedir perdón con el pecho dolorosamente cerrado. Giribaldi ansía lo que nunca ha tenido: una mujer satisfecha, sin fuerzas ya para otra cosa más que abandonarse, rendirse a la contemplación plena de su macho, unos besos como los que se ven en las películas. No con Maisabé. No con ella. Y otra... no hay otra, ni siquiera la posibilidad o el pensamiento. Giribaldi no sabe seducir.

Hace más o menos un año que recurrió al argumento del hijo. Eso, que santifica su unión porque sí está en el plan de Dios, le dio a Maisabé una coartada para aumentar la frecuencia, aunque no la intensidad. Aquello va por otro camino. A pesar de todos los intentos, Maisabé no se embaraza. Hacen cálculos de días, piden consejo, acuden a la consulta, nada. El organismo está bien, los sistemas responden positivamente en los estudios de fertilidad. Todo funciona correctamente, pero Maisabé no se preña y, con cada menstruación,

se hunde en un charco de tristeza. Giribaldi se avino, no sin resistencia, a hacerse un análisis de esperma. Por ese lado también normal. Pero nada. El doctor afirma que el problema está en otra parte. Entonces ella comenzó a sentirse culpable y él a explotar ese sentimiento para tenerla más seguido. El argumento le dio resultado por un tiempo. Maisabé es una mujer severa y abnegada, pero la repetida frustración mensual, cada vez que las reglas delataban su infertilidad, minaron su voluntad y los encuentros amorosos fueron clausurados con una mezcla de vergüenza y rencor en dosis variables. El médico militar que los asistió, con la discreción correspondiente al rango, le contó a Giribaldi su experiencia: *muchas mujeres que no quedan embarazadas a pesar de ser orgánicamente aptas deciden adoptar. Una vez que adoptan a un niño, quedan, como mágicamente, embarazadas de inmediato. Éste, me juego la vida, es el caso.* A solas, le aconseja: *Adopte, mayor, va a ver cómo se soluciona todo. Total, hoy en día es lo más fácil del mundo.* Lo consultó con su mujer, quien le dio un sí temeroso y mudo con la cabeza. Éste es el negocio que lo trae esta noche a los jardines del Hospital Militar.

Hace cuarenta días, una chica de poco más de veinte años fue traída desde el Comando de Operaciones Tácticas de Martínez. Aquí es donde los grupos de tareas traen a parir a las cautivas rubias. El Eutocol corrió por sus venas apurando las contracciones que le llegaban como olas cada vez más frecuentes. El médico siguió, distraído, el proceso de dilatación. Ella asumió los dolores del parto desolada y ajena, pero colaborando con empeño. Moría por ver a su hijo. Pero cuando el bebé comenzó a ser expulsado, cuando sus esfuerzos ya no fueron imprescindibles, el Pentotal hizo lo suyo y la chica cayó en el sueño químico que la medicina describe con la fórmula «coma controlado».

Hoy el doctor se llevó al niño con el argumento de que había que vacunarlo. Ella lo vio irse y supo, supo, supo que era el fin, pero expulsó ese pensamiento de su cabeza y se dejó llevar al lugar donde, le prometieron, estaría más cómoda para criarlo. Fue, luchando todo el tiempo contra la certeza de que nunca lo volvería a ver, de que nunca volvería.

Ahora el niño queda en manos de Giribaldi, junto con un bolso, unas pocas instrucciones rápidas y la dirección de un pediatra de confianza. Y de

allí a la casa del mayor donde Maisabé aguarda, arrodillada, rezando.

Cuando llega, coloca al bebé como una ofrenda en la mesa del living, y casi tiene que arrastrar a una Maisabé muerta de miedo hasta él. A la vista del pequeño que parece dormido, a ella le surge espontáneamente una sonrisa dulce y algo triste. En ese momento el bebé da un respingo, abre los ojos y lanza un berrido penetrante que la hace retroceder sobresaltada, tropezar y caer de culo al piso.

Me odia, sabe que no soy su madre.

Cuando Giribaldi saca a Maisabé del living, el niño deja de llorar.

Capítulo 4

No hay nada como una muerte a tiempo. Las estrellas del espectáculo, cuando mueren en el punto más alto de su arte, cuando su vejez aún no ha llegado para decepcionar a sus admiradores, se quedan allí para siempre, suspendidas en el inconsciente colectivo de las multitudes que las adoraron en vida, y que continuarán idolatrándolas para siempre. Como Gardel en el avión. Como Marisa. Murió en el momento en que Lascano más la amaba. Un accidente de tránsito. Simple, rápido, brutal, irreparable. Se fue llevándose todo consuelo, toda alegría, todo. Todo perdido. Al principio el golpe lo aturdió, lo desmembró una sensación de irrealidad. Luego se le despertó un arranque de furia ciega, dirigida contra todos y contra nadie, contra sí mismo. Más tarde se le presentó como una puñalada en el pecho que fue ahondándose día tras día. Incapaz de toda resignación, lamentó su falta de religiosidad y se sorprendió deseando creer en un Dios a quien culpar y maldecir. Contemplaba con cariño su Bersa y veía por anticipado sus sesos esparcidos por la cama de la que Marisa falta.

En ese momento intervino Fuseli. Identificó sus síntomas y sus determinaciones. So pretexto de no tener dónde vivir, le pidió alojamiento por algún tiempo, un favor de amigo. Sin fuerzas para negarse, Lascano cayó en la trampa que le salvaría la vida. Fuseli se encargó de cuidarlo de sí mismo. Con perfecta paciencia lo acompañó desde la sima del abatimiento hasta la superficie, allí donde la vida, absurdamente, continuaba. Se recuperó gracias a su amigo, quien le proporcionó algo en que creer, a que aferrarse. Su tabla de salvación fue la idea de ley, de justicia. Desde entonces, Lascano se abrazó con desesperación a lo que asumió como su misión en la vida: trabajar para hacer de este mundo un lugar más justo, aunque sea un tanto así.

Ridículo, pero sólido como un tablón en medio del océano. Fuseli sintió que había cumplido con su misión y regresó a su soledad. Y Lascano a la suya.

Marisa fue una estrella sólo para él, amada por una multitud de una sola persona: Lascano. El destino no les dio tiempo para hartarse de la presencia del otro, para que la rutina de la vida diaria se lleve por delante todos los instantes mágicos que los unían. La convivencia no había oxidado aún el enamoramiento, la repetición no había mellado el misterio. Ocho años después de su casamiento, en la punta del despeñadero por donde caen casi todos los matrimonios, tal vez sólo unos instantes antes del irremediable aburrimiento, a ella se le ocurrió morir.

Su alma lo niega y empecinadamente delira con una Marisa recobrada, con una resurrección, con un milagro, con una segunda oportunidad. De vuelta a su lado para acompañarlo día tras día hasta que se le haga insoportable, para envenenarle la vejez, para gastar con ella hasta la última hilacha de ese amor que quedó sin objeto cuando estaba mejor apuntado. Para quererla hasta que se agote toda posibilidad de quererla más, o simplemente de quererla. Para que se convierta en una compañía permanente, hasta que la costumbre de tenerla a su lado se dé por sentada, por muerta. Hasta que sus íntimas manías ya no sean un secreto, hasta que no quede un solo pliegue de su piel por explorar. Para decirle todas las palabras que ahora lo atragantan. Hasta que su sexo pierda por completo todo sabor a nuevo, todo misterio. Hasta que, a fuerza de costumbre, deje de percibir su olor. Hasta que su voz le sea tan conocida como la propia. Hasta saber por anticipado todo lo que dirá. Hasta que el entendimiento se produzca sin necesidad siquiera de mirarse. Hasta que sea tan habitual como la atmósfera y deje de sentirla, un apéndice de él mismo. Hasta llegar a sentir la culpa y el remordimiento de desear y hasta tener otras mujeres. Hasta transformarse en los dos extraños que comen en indiferente silencio en el restaurante, porque ya han dejado de preguntarse qué hacen allí, con ese otro desconocido. Para que sea ella quien se quede sola en el muelle a la hora de partir. Nada de eso, el futuro suspendido, acabado, enterrado bajo una pequeña lápida en el cementerio judío de La Tablada, donde nunca va porque, sabe, ella no está allí. Marisa está en sus noches interminables, a veces como una presencia dolorosa, otras como un espectro ardiente que se le posa en el cuerpo. Su cuerpo, que

recuerda el de ella como un tatuaje, se le hace presente, le yergue el sexo y le aprieta la mano hasta que su mano es la de ella. En la oscuridad, en medio del silencio, mientras crujen los muebles y las maderas de la casa, le hace el amor y lo deja más solo que nunca. La maldice mil veces, pues su ausencia le hace probar cada noche la verdadera soledad, y desea no haberla conocido nunca. Para irse así... Antes de Marisa, la soledad era su estado natural, su hábitat, un clima que se vive sin sentirlo cabalmente. Después de ella..., después de ella Lascano se queda dormido.

Crac. Despierta. El ruido de un paso sobre esa tabla floja de pinotea le llega claro como un estampido. La casa está en silencio. Alguien anda por allí. Sale de la cama. Parapetado detrás de la puerta, ve la sombra en el living. Se recuesta contra el marco. La vista se le nubla. Marisa parece estar acomodando cosas, pero las cosas no se mueven. Está de espaldas, con su camión largo, de invierno, grueso, que no consigue disimular las formas de su cuerpo. Lascano siente que una estaca se le hunde en el pecho. Marisa se vuelve. Hay en sus ojos una distancia, una tristeza, un dolor, una ausencia... Se sienta y la contempla. Ya sabe que si le habla no contestará. Está descalza, siempre lo está. Se queda quieta un momento, luego comienza a bambolearse. Baila sin mover los pies y acuna sus brazos vacíos. El Perro cree escuchar una canción tristísima. Se tapa la cara con las manos, pero a través de los párpados cerrados sigue viéndola. Medio escondido detrás de su falda, obligado por su madre, contra su voluntad, hay un niño pequeño que tiene los mismos ojos de ella. Marisa simula que no ha pasado nada, que sigue allí. Lo hace por él, para que no se sienta tan solo, tan mal, tan triste. Pero al Perro lo dañan estas visitas, no quiere verla. *Vete de mí*, piensa, como en el bolero. Pero Marisa sólo se ha ido a la cocina, y cuando la busca allí, no está, entonces la oye cantar en el baño. *Tú, que llenas todo de alegría y juventud*. Pero cuando entra, ya no está y la oye trajinar por la habitación. Sigue sus sonidos, tampoco está ahí. Se derrumba en la cama pidiendo tregua. Entonces se desliza entre las sábanas y el cuerpo de Lascano, que hace todo lo demás sin poder evitarlo, se entrega al fantasma, sabiendo que lo pagará caro.

Con las huellas de una noche sin dormir después de un día de trabajo,

Lascano ha llegado hasta la casa de Fuseli. Una terraza enorme con un pequeño departamento de un ambiente en la esquina de Agüero y Córdoba. Apoyado en la baranda, Fuseli espera con calma que su amigo diga lo que ha venido a decir. Lascano ojea con nostalgia el Centro Ameghino de Salud Mental a través de la avenida, sus jardines ruinosos, sus paredes descascaradas, y se imagina huésped de ese lugar. La noche es clara y fresca, sin brisa.

Fuseli, ¿vos creés en los fantasmas?

El médico se toma su tiempo para responder, levanta la vista y señala hacia lo alto.

¿Qué ves? El cielo. ¿Y en el cielo? Estrellas. Vos creés que ves estrellas, pero estás equivocado. Dejate de joder, anoche me visitó de nuevo. ¿Marisa? ¿Quién va a ser? Bueno, vos me preguntaste si creía en los fantasmas. Y vos te ponés a hablar de las estrellas. A eso voy, muchas de esas estrellas que creés ver desaparecieron hace millones de años. ¿Cómo que desaparecieron?, si las estoy viendo. No querido, lo que ves es la luz de las estrellas. No te entiendo. Es muy simple. A ver. La estrella emite luz, ¿sí? Sí. La luz viaja por el espacio, ¿sí? Sí. La estrella se muere, ¿sí? Dale. La luz llega hasta vos. Sí. Pero la estrella hace mucho que se murió. Mierda. Esa luz es el fantasma de la estrella muerta.

Lascano enciende un cigarrillo con la vista perdida en las juntas de las baldosas. Fuseli, al ver la reacción de su amigo se infla como una chinche y adopta su más solemne tono doctoral.

Cada ser, por el solo hecho de vivir, emite una radiación que se proyecta en el espacio. Como en el caso de las estrellas, esa radiación sigue viajando, quizás eternamente, aun cuando quien la emitió haya desaparecido. Marisa murió, eso está claro, pero su radiación sigue llegando hasta vos. Y Marisa fue un ser muy luminoso. Durante todo el tiempo en que estuvieron juntos, tu cuerpo se estuvo entrenando para recibir sus señales. Sos como una antena para las radiaciones de ella que siguen dando vueltas por tu casa. Cuando todo se apaga, durante la noche, cuando todo está quieto, cuando estás distraído, llegan sus

señales, como la luz de las estrellas muertas. Eso son los fantasmas.

Lascano le da una chupada profunda al cigarrillo. Fuseli parece un profesor dictando cátedra.

Pero ella hace cosas, se mete en mi cama. Eso, querido, es tu cabecita loca. Cuando recibís las señales, vuelven los recuerdos, las fantasías, la memoria de tu cuerpo, de las sensaciones que ella te provocaba, las emociones. La mente, a quien le encanta inventar historias, comienza a tejer su cuento, a darle una forma, una explicación a lo que te está pasando. Cuando alguien se va, nos deja el vacío de lo que sentíamos cuando estaba. Todas esas emociones quedan ahora sin destinatario. Ya no tenemos a quién dirigírselas. Estás solo... El otro es el gran testigo, el gran contenedor de nuestras fantasías, el que nos dice que estamos aquí, ahora, que no nos hemos vuelto locos, el que recibe nuestras palabras y nuestros pensamientos, y confirma que el mundo es real, concreto, palpable. El otro es la pieza maestra del universo. Uno le pregunta: ¿viste eso?, ¿oíste eso?, ¿qué te parece? Es en el otro en quien encontramos la única corroboración de que el testimonio de nuestros sentidos es real.

Los amigos guardan silencio. El viento comienza a soplar, la noche se ahonda. Fuseli parece despertar de un sueño.

Vos todavía estás sufriendo la muerte de Marisa. El dolor tiene la virtud de hacer más hondas a las personas. El sufrimiento hace que el bueno sea más compasivo, más noble; al malo lo hace más ruin, más perverso, más malvado. ¿Qué hago? Mirá, tomátele con calma. Lo peor que podés hacer es resistirlo. Con el tiempo se te va a pasar. Por ahora tengo un tinto de primera y un cerdo con ananás en el horno que sería una estupidez comerme solo. ¿Te animás a entrarle? ¿Te lavaste las manos después del laburo? ¿Estás loco?, así le doy más gusto.

Capítulo 5

La noche desciende pegajosa sobre la ciudad. Eva está en la terraza, recogiendo la ropa tendida, cuando escucha motores y corridas abajo. Se asoma cautelosamente. La casa está siendo rodeada por hombres con armas largas en uniforme de fajina. Por la esquina asoma el capot verde oliva de un camión del ejército. Veinte soldados se despliegan en abanico. Una tanqueta cruza la calle, derriba la verja, atraviesa el jardín, embiste la puerta haciéndola volar y retrocede velozmente. La tropa avanza disparando.

Un miedo físico toma el control de sus músculos, vacía su mente de toda otra consideración que no sea huir. Rápidamente baja por la escalera que da al patio del fondo, de un salto se encarama al cobertizo que alberga los tubos del gas, se trepa a la medianera y pasa al jardín vecino. Cruza corriendo, escala otra medianera. Emergiendo de las sombras, un ovejero alemán le cae encima, esquiva sus dientes por un pelo. Una luz se enciende, una voz lo llama, el perro tiene un instante de desconcierto que ella aprovecha para meterse en un pasillo y cerrar la puerta. Alejándose de los ladridos, trepa por una escalera de gato hasta una azotea donde se detiene a recuperar el aliento. Pegada a la pared, sintiéndose un animal acosado por la jauría, huyendo del sonido de los disparos que rompen la noche, rebotan en el río y la persiguen implacablemente, entra en una gran habitación. Hay una larga mesa de maquillaje con luces y espejos como los que se usan en los teatros. Se derrumba en una silla. No logra reconocerse en esa jeta descompuesta por el miedo. Se toma la cabeza con las manos y llora. Afuera el tiroteo finaliza, dejando lugar a esporádicos tiros de gracia. A lo lejos, oye ruido de movimiento de tropas, de motores, órdenes incomprensibles. Agotada, con la mente en blanco, incapaz de moverse, se adormila.

Dos días atrás, Manuel, su pareja, su amigo, su compañero, cayó en una emboscada que les tendió el ejército. Piensa en él y en Silvio, cosas tiradas en un charco de sangre en una calle de Tigre. Su muerte le duele en la cabeza, pero no en el corazón, porque el amor por él se le murió la última vez que se vieron, que se tuvieron, cuando se lo dijo y él no la escuchó. Porque Manuel apenas la oía, encantado como estaba por una determinación cruel de cambiar el mundo a como diera lugar.

Algo la alerta. Desde la escalera le llegan voces que vienen acercándose. Se pone de pie. Busca un lugar donde esconderse, las voces cada vez más cerca. Como un ratón, se escurre debajo de la mesa de maquillaje y pone una silla delante de sí. Desde su escondite ve las piernas de dos mujeres que vienen conversando ruidosamente.

¿Viste el quilombo que se armó a la vuelta? Escuché los tiros. Parece que los milicos reventaron un aguantadero. ¿Chorros? Guerrilleros. ¿Y qué pasó? Y yo qué sé. No iba a ir a preguntar.

Llega otra mujer más y se sienta en la silla tras la cual se oculta Eva, obligándola a estampillarse contra la pared para evitar que la roce con sus rodillas. Las muchachas cambian las simples ropas de calle por vestidos provocativos con lentejuelas, y se maquillan. Irrumpe una chica de voz muy joven.

¿Qué son esas caras? ¿No te enteraste? ¿De qué? Ésta vive en la luna. Querida, acá a la vuelta engancharon a unos subversivos y los cagaron a tiros a todos. No me digas que no vamos a poder laburar. Mañana tengo que pagar la escuela del nene o no lo dejan entrar. No sé. Hay que esperar a Tony para ver qué dice.

Eva se vuelve hacia el ruido de pasos. Son de un hombre con pantalones, medias y zapatos rojos.

¿Qué me tienen que preguntar? ¿Vamos a laburar hoy? ¿Y por qué no? No, digo por lo del tiroteo. No pasa nada. El mayor que dirigió a la tropa es amigo mío. ¿Quién te creés que les pasó el dato? Tony está en todas. Bueno, basta de charla y a trabajar que la noche va a ser larga. Vamos, vamos.

El hombre las arrea fuera de la habitación. Se asoma y grita algo que Eva no entiende. Vuelve enseguida con otro.

Cerrá la puerta. ¿Cómo fue todo? Sin problemas. ¿Tenés la guita? Acá está. ¿La contaste? ¿No me dijiste que la cuente? Sí. Entonces la conté. Veinte lucas. ¿Se quedó contento el viejo? En cuanto vio a las dos negritas, se le empezó a caer la baba. ¿Dijo algo? Nada, me dio la mosca y me echó. Bueno, andá para abajo a controlar que todo esté tranquilo. Yo ahora voy. ¿Hablaste con el milico? La cancha está libre. Cerrá la puerta.

Tony camina hasta la pared que está frente a Eva y se agacha. Ella siente que se le paraliza el corazón, se cree descubierta, pero el hombre se pone a forcejear con la tapa de un tomacorriente, que oculta una caja de seguridad. La abre y coloca dentro dos fajos de billetes, luego la repone en su lugar, vuelve a colocar el tomacorriente y sale. Eva está a punto de ahogarse, no sabe cuánto tiempo hace que contiene la respiración.

Lascano se apresta a cruzar la plaza de Vicente López. Esa adonde van a cagar los perros de las familias adineradas, paseados por mucamas con delantal de Casa Leonor. Ellas ganan una décima parte de lo que cuesta el más económico de esos soberbios animales, a cual más exótico. Desde la sombra que derrama el gigantesco gomero, ve con satisfacción que sus hombres ya están preparados. Le viene siguiendo el rastro a Tony Ventura desde hace ocho meses. Ahora lo tiene. Camina tranquilamente y fuma, mientras sus hombres terminan de tomar posición sobre la calle Gaspar Campos, a pocos metros de donde la corta Arredondo. En este barrio de doble apellido, Ventura ha montado su negocio. En alguna turbia maniobra se hizo con esta mansión que tiene hipotecados hasta los picaportes, y que, mientras no caiga el desalojo, es ideal para el quilombo de alto vuelo que instaló. Tony cree que al contar con clientes poderosos está a cubierto de redadas policiales o intervenciones judiciales. Alentado por esa sensación de impunidad, amplió sus operaciones incluyendo el tráfico de merca, mesas de póker en las que se apuesta con ganas y, para su mal, prostitutas menores de edad. Éste fue el

argumento que finalmente convenció al juez para firmar la orden de allanamiento.

El verano anterior, en Punta del Este, el doctor Marraco vio florecer a Mariana, su hija de trece años. En la Brava, estrenó un bikini que sus tetitas adolescentes pugnaban por estirar. El culito se le puso redondo, los ojos se le llenaron de fantasías, por los costados de la breve bombachita comenzó a asomar un vello incipiente y lacio. Él nunca había visto una mujer con pelo lacio ahí abajo. La boca se le hizo más carnosa y una mañana encontró su trusita manchada de sangre. Ya era una mujercita. Al juez empezaron a volverlo loco las miradas de los hombres, incluyendo las de sus mejores amigos, que se demoraban sobre el cuerpecito de su niña. Los celos le hincaron los colmillos y ya no iban a soltarlo. Intentó con firmeza que su hija usara un traje de baño más discreto. Sólo consiguió que Mariana se fuera con creciente frecuencia a otra playa, otro escenario donde representar el ensayo general de la histeria, lejos del foco paterno. Una noche, volviendo del casino de San Rafael, Marraco observó por la ventana al menor de los Pertinetti manoseándola en el sillón del living. Ella, de lo más contenta; su madre, cómplice; él rabia.

Ventura había traído tres chicas de quince años, compradas al precio de dos en Asunción. Mezcla de india guaraní con alemán, estas morochitas, de pelo renegrado y liso como el de las orientales y ojos verdes, bien podían pasar por tailandesas. De algún modo, Tony estaba continuando la tradición de la Zwi Migdal, que en las décadas del veinte y del treinta contrabandeaba polacas rubias que en Buenos Aires pasaban tranquilamente como francesas.

Lascano tiene en el bolsillo la orden de allanamiento dictada por los celos de Marraco. Si bien en estos días tal documento ha caído en desuso, al Perro lo protege en caso de encontrarse con algún pesado del gobierno o de las fuerzas armadas.

El grupo de policías, impacientes dentro de sus uniformes, está apostado a pocos metros de la casa donde se oculta Eva. Lascano saluda en general con la mano, algunos le hacen la venia, pero no les está prestando atención. Se dirige al subcomisario.

¿Todos en posición? Estamos todos listos, comisario. Cuando usted lo ordene. Vamos a esperar que llegue el juez.

El oficial muestra una expresión medio de asombro medio de resignación ante las palabras de su superior: no está acostumbrado a la presencia de un juez en un allanamiento. Para él, los jueces son unos señores que a veces aparecen en los diarios, dándose dique, cuando ellos ya hicieron todo el trabajo sucio. No siente una particular inclinación a hacer preguntas. Sabe que así se vive más tranquilo, y se limita a responder con cortesía y subordinación.

Como usted ordene, señor.

En el asiento trasero de un Falcon, conducido por un policía que Lascano ya vio algunas veces, llegan Marraco y Arrechea, uno de sus secretarios. Mientras Lascano se acerca, el juez baja la ventanilla.

Buenas noches, doctor. ¿Qué tal, Lascano, cómo va todo? Estamos listos. Ventura está adentro, hay movimiento en la casa. ¿Piensa que va a haber resistencia? Ésta no es gente especialmente violenta, pero nunca se sabe. De todos modos estamos bien preparados. ¿Va a participar? Me encantaría verle la cara a Ventura cuando lo esposemos. Así va a aprender que no debe meterse con menores. Pero no puedo. Acá el doctor Arrechea lo va a acompañar. Como usted disponga. Bueno, mañana me informan de todo. Como ordene, doctor.

Marraco sube la ventanilla y le ordena al chofer que arranque. Quiere llegar rápido a su casa para controlar las actividades de su hija. El auto se aleja, se funde con las sombras para reaparecer alumbrado por los faroles de las esquinas, achicándose en cada cruce hasta desaparecer. A Arrechea lo irrita que lo trate como a un chico.

Doctor, vamos a hacer así. Nosotros vamos a entrar y asegurar el lugar. Cuando estemos seguros de que la situación está bajo control, lo mando llamar e iniciamos los procedimientos. No quiero que se arriesgue. ¿Le parece bien? Muy bien. Entonces arrancamos. ¡Todos en posición para el asalto! A la orden.

Con un ademán, el Perro ordena a dos hombres armados con un ariete que derriben la puerta.

Eva sale de su escondite, se asoma al vano que da a la escalera, desde abajo llegan voces de hombres y mujeres. Una explosión, es el estruendo que hace la puerta de la calle al ser volteada. Corridas y gritos.

En la casa, la fiesta terminó. Bloqueando la salida, Lascano, cigarrillo en boca, disfruta del desarrollo del operativo que diseñó a la perfección. En pocos minutos, putas y usuarios son identificados y Tony es traído esposado a la presencia del Perro. No puede reprimir una sonrisa, todo de rojo, parece un diablito de juguete. Se tapa la boca, tose y ordena a sus hombres que permitan vestirse a los detenidos. Un oficialito le susurra algo al oído.

Dejalos que se vayan.

Hace como que no ve a dos que, cabeza gacha, salen apurados y se pierden en la ciudad.

Se te vino la noche, Ventura. Perdiste.

Aunque es muy alto, la derrota parece haber empequeñecido a Tony.

Lindo trajecito, Tony, ¿hay para hombre? Dejate de joder, Perro... Comisario Lascano para vos... Esto lo podemos arreglar. A vos el que te va a arreglar es Marraco. No sabés cómo se pone de loco cuando hay menores. Llévenselo.

En el piso superior, Eva oye pasos subiendo por la escalera. Cierra la puerta con sigilo. Regresa a su escondite bajo la mesa. Coloca la silla delante de sí. Se sienta en el piso y espera con las manos entrelazadas, como para rezar, pero no reza. Un uniformado da una vuelta por la habitación y vuelve a salir, y Eva, a respirar.

Abajo, los policías arlean con putas, *cafishios* y parroquianos. El agente que baja por la escalera se acerca a Lascano.

Todo asegurado, comisario. Arriba no quedó nadie. Bien, me los llevan a todos al Departamento.

Arrechea, que ha estado quieto y callado como en misa, adopta pose de

autoridad cuando Lascano se acerca.

Bueno, doctor, esto ha sido todo un éxito. La verdad es que ha realizado un procedimiento con toda limpieza. Le propongo que ahora se vaya a su casa a descansar con su familia. Yo me encargo del resto y mañana le hago llegar el informe al juzgado. De acuerdo. Hasta mañana entonces. Hasta mañana, doctor. Gracias por todo. Faltaba más.

Lascano sonríe. Logró deshacerse de la presencia del secretario rápidamente y ahora puede dar rienda suelta a sus virtudes de sabueso. Se pone a examinar la casa, habitación por habitación. Es lujosa, el mobiliario es original. Los muebles, los cuadros, los tapices hablan de riqueza pulida a través de varias generaciones, de estudios en Europa, de gente fina. Sube por la suntuosa escalera de mármol. Camina lentamente observándolo todo. Eva, sentada en el piso, oculta bajo la mesa, ve sus piernas y alienta la esperanza de no ser descubierta. Está a pocos centímetros de ella, revisando los objetos que hay sobre el tocador, encima de su cabeza. Se aleja dándose pequeños golpes en la rodilla con una pequeña libreta de tapas negras. Se le cae. Eva lo ve agachándose a recogerla, todo su cuerpo se encoge involuntariamente y con el pie mueve la silla. Los reflejos de Lascano llevan su mano a la cartuchera. Se acerca, corre la silla y ve que allí está escondida una mujer joven con la cara vuelta hacia el piso. Al sentirse descubierta, Eva levanta la vista hasta encontrarse con la del comisario. Al Perro se le paraliza el corazón. Allí está Marisa, su esposa muerta. La cara, el cabello, los hombros, las manos, el color. Ese aire entre desafiante y melancólico, pero, por encima de todo, los ojos, es Marisa. De pronto, el encanto es quebrado por la voz del sargento Molinari que, desde donde está, no puede ver lo que pasma a Lascano. Viene a comunicarle que el traslado de los detenidos ya se ha realizado. Sin apartar la vista de ella, el comisario le ordena que vayan adelante, que luego los alcanzará. Nuevamente solos, en silencio, la contempla sin salir de su asombro.

Oculta bajo la mesa de un quilombo de lujo, Marisa lo está mirando. Lascano ya no maneja la situación, no sabe qué hacer. Le toca el pelo sólo para cerciorarse de que es real. No puede llevarla presa, no puede dejarla libre, no puede pretender que no la ha visto. Cuando ella intenta hablar, sólo

atina a ponerse el índice sobre los labios. La toma de la mano para ayudarla a salir, la envuelve en su gabán y dejan la casa, sin cambiar una palabra. Afuera, brama la estupidez de los hombres y se mata por dinero.

La chica se deja llevar en silencio. De vez en cuando le dirige una ojeada rápida y furtiva a Lascano, tratando de adivinar sus intenciones. Teme, calcula sus posibilidades de fuga, pero no se decide. Nada puede deducir de ese hombre con edad suficiente para ser su padre, que fuma incesantemente y la trata como a una dama de la corte. Cuando toma Libertador, cree que la conduce a la Escuela de Mecánica de la Armada, pero siguen de largo. Piensa que van al Batallón 601 de Inteligencia, en Viamonte y Callao, pero doblan por Juan B. Justo. Se adentran en La Paternal y estacionan. No ve en este barrio nada que pueda parecer un chupadero, pero ¿quién sabe cuántos hay? Ya en la vereda, mientras él camina cinco pasos por delante, piensa en huir, pero ¿adónde? Deja de caminar. Él continúa adelante sin volverse. Asustada, intrigada y temblando, sigue al Perro hasta el interior de su departamento.

Dese una ducha caliente. Le va a hacer bien. Aquí tiene una toalla y una bata.

Lascano contempla al pájaro en su jaula. El animalito otea haciendo movimientos nerviosos con su cabecita y le lanza un piu de reconocimiento. Lascano sacude la cabeza y se mete en la cocina. Se siente algo mareado. Coloca una pava con agua sobre la hornalla. Con el mismo fósforo enciende el gas y el cigarrillo y deja flotar su mente, arrullado por el siseo del fuego. Poco antes de que hierva el agua, gira la perilla y la llama se extingue con una leve explosión. Prepara el mate según metódico ritual.

Está sentado en el sofá que alguna vez fue rojo, cuando ella vuelve de la ducha. Más Marisa aún que antes, más cotidiana. Le alcanza un mate.

¿Cómo se llama? Eva. ¿Tiene hambre?

Ella asiente con la cabeza. El Perro deja su asiento. Desde el sofá, Eva lo ve preparar la comida. No entiende nada. Al rato, emerge con dos platos humeantes de fideos en salsa de tomate y los coloca frente a frente sobre una inestable mesa ratona. Vuelve a la cocina. Sale con una botella de vino, dos vasos, cubiertos, y deposita todo desordenadamente sobre la mesa. Se sienta,

comienza a comer apurado y, con un ademán, le indica a Eva que haga lo mismo. Ella se sumerge en el plato. La comida pobre, simple, sabe deliciosa. Se demora en los sabores, sintiendo que el alimento le va reconfortando el cuerpo, ansiando más de esa sensación. Se echa un trago de vino, que de inmediato se le sube a las mejillas. Se instala en un clima de calidez que hasta ahora era tan sólo un recuerdo escondido entre los pliegues de un presente desolado. Se pregunta: ¿Cómo llegué hasta aquí? Lascano aprovecha para estudiarla mientras está concentrada en la comida. Le parece estar reviviendo la primera vez que le cocinó a Marisa. Sólo falta que le diga:

Hum, esto me reconcilia con la salsa de tomates.

Y que él le conteste:

Es el oficio.

Normalmente las respuestas agudas e ingeniosas se le ocurren varias horas, y hasta días, después de que sean oportunas, pero no en aquel tiempo cuando la risa surgía como por encanto entre los dos. Lascano sonrío para sí con tristeza. Un detalle que Eva no se pierde, ni entiende, ni falta que hace. Aquí está pasando algo. No sabe qué es, pero le gusta, la tranquiliza, la hace sentir como en casa. No sabe por qué, pero este hombre le inspira seguridad. Repentinamente, Lascano se pone de pie y se mete en su habitación, de donde sale enseguida con una frazada que arroja en el sofá junto a ella.

Para que no pase frío... Duerma ahora. Mañana vamos a ver qué hacemos con usted.

Regresa a su cuarto y se encierra. Eva permanece inmóvil unos segundos. Oye algunos ruidos. Luego silencio. Platos vacíos. Se levanta. Toma la vajilla, va a la cocina, lava, algo tiene que hacer. A los lejos tabletean las ametralladoras.

Lascano se adormece en su cama. Marisa le sonrío.

Se revuelve. El Perro desliza la mano sobre su cuerpo, lentamente, hasta llegar a su sexo dormido. Lo despierta y vuela hacia atrás como un colibrí, hasta ese lugar donde se encuentra Marisa. Abierta, indefensa y entregada y necesitada y tibia y hospitalaria y habita su cuerpo como si su cuerpo fuese su casa y se sumerge en el deseo de más y se derrama sobre sí mismo y se le cae

el corazón y llora y a lo lejos tabletean las ametralladoras.

Capítulo 6

Hay que caminar por el Once, el Barrio Judío de Buenos Aires, cualquier día cuando los comercios ya han bajado sus persianas y las veredas quedan inundadas por rezagos de tela, rollos de cartón y otros desechos abandonados por los comerciantes, para encontrarse con los hombres, mujeres y niños que revuelven los desperdicios a la pesca de materiales aprovechables, reducibles, que venderán al peso por monedas a los reducidos. Familias pioneras de una actividad que les permite sobrevivir a expensas de rebuscar en la basura. De ella se benefician los policías de la Séptima que obtienen su mordida, no a cambio de protección, sino sólo, por el momento, de hacerse los distraídos, permiso precario. Las familias judías ricas han comenzado un éxodo lento y sostenido y aunque mantienen sus negocios en el Once, eligen el Barrio Norte o Belgrano, zonas con mayor prestigio social, para instalar sus residencias. En los antiguos edificios de lujo de la época de oro van quedando los ancianos, fundadores de las fortunas que ahora hacen posible los grandes pisos sobre los jardines de Libertador, las vacaciones en Punta del Este, los colegios privados, dudosamente ingleses, los autos importados. A estas nuevas generaciones el afán de amarrocar no les quita el sueño y encuentran gozo en ostentar. Hijos de la afluencia que no han experimentado las privaciones de la guerra, las miserias de los pogromos, la fantasmagoría de los campos de concentración, se permiten obrar a lo grande. Piensan que gastar más es vivir mejor. Quedan no pocas excepciones. Elías Biterman es una de ellas.

Éste es uno de esos tiempos muertos en la vida de Biterman. Trata de evitar las horas vacías. Flancos descubiertos que las fuerzas de ocupación de la memoria aprovechan para asaltar el refugio de su presente. Se recuerda

muy joven, apiñado con cientos de paisanos custodiados por SS con ametralladoras, atravesando la campiña en un tren jaula. El paso del convoy, que no se detenía en las estaciones, era saludado por católicos polacos que le cantaban al Zyklon B y a los hornos crematorios. Su destino fue el campo de concentración cercano a Oswiecim que los nazis bautizaron Auschwitz. Cuando leyó *Arbeit macht frei*, el cartel que coronaba sus portones, y se encontró con los espectros en que se habían convertido sus habitantes, comprendió que debía evadirse cuanto antes, mientras le quedasen fuerzas y voluntad para intentarlo.

Su padre, Shlomo, sobreviviente de los pogromos de Ucrania, estaba muy alerta a cuanto acontecía en la Alemania de los años cuarenta. Obtuvo, a cambio de una fuerte suma que fue a parar a los bolsillos de un funcionario de la embajada, pasaportes argentinos.

Años atrás, durante la depresión, el viejo Biterman había rescatado a Heinz Schultz de la miseria. Le dio alimento, trabajo y vivienda sin pedirle mucho a cambio, hasta que fue tentado por una oferta de lo más nacionalsocialista: un puesto de guardia en Auschwitz. Antes de partir de la Alemania encapotada por la esvástica, se puso en contacto con él y compró su voluntad con una buena cantidad de *Reichsmarks* y la promesa de muchos más si facilitaba el escape de su hijo.

Schultz complicó a algunos camaradas con unos pocos de esos marcos y por la noche, a empujones, sacaron a Elías de la barraca que lo alojaba. El resto de los internos, acostumbrados a estas incursiones, lamentaron su suerte y, con vergüenza, se alegraron de no haber sido ellos. Biterman, escondido en el doble fondo de un camión de suministros, fue llevado hasta el bosque cercano. Allí, el chofer lo fotografió junto a un Schultz sonriente. Cuando Elías vio que sus captores se llevaban la mano a las cartucheras, no dudó un instante. Golpeó a Heinz en la nariz con todas sus fuerzas y se echó a correr bosque adentro, noche adentro, zigzagueando entre los árboles encendidos por los flashes de los disparos. No logró eludir todas las balas, una de ellas le atravesó la espalda y se le metió en el pulmón. Pero entonces era joven, fuerte y determinado. Siguió corriendo y corriendo hasta desplomarse en un claro. Schultz utilizó la foto para cobrarle a Shlomo el resto de lo pactado, y le aseguró que Elías estaba en un lugar secreto a la espera de poder salir del

país. El viejo Biterman duplicó el valor del rescate, con la condición de que le entregase otra importante cantidad a su hijo, para que él también pudiera comprarle un pasaporte a Vignes, el funcionario consular de la Embajada argentina. Con esa esperanza, y apremiados por el temor a las delaciones, Shlomo y su mujer iniciaron una penosa peregrinación hasta el puerto de Buenos Aires. Tres años más tarde, agotado por las persecuciones y las penurias, murió dejándola en el cuarto mes de embarazo.

Como es natural, Heinz se quedó con todo, y además utilizó la información sobre el cónsul para extorsionarlo. Con su pequeña fortuna montó un taller para fabricar cacerolas y utensilios de cocina. Sus contactos le suministraron trabajo esclavo de los campos de concentración y su empresita se convirtió en una de las fábricas que proveían al frente. Harto del olor dulzón a carne quemada que emanaban las chimeneas del crematorio, compró un certificado médico y fue dado de baja del servicio activo. Se hizo rico, pero el aroma se le quedó pegado en la nariz hasta el 28 de mayo de 1969, cuando metió el cañón de su Walther PPK entre los dientes y apretó el gatillo. Sus hijos lo heredaron y fueron, andando el tiempo, prósperos industriales muy preocupados por los estándares de calidad de sus productos, que exportan a muchos lugares del mundo.

Elías, por su parte, fue rescatado por un grupo de bandidos que tenían sus guaridas en lo profundo del bosque. Eran enemigos naturales del orden constituido, de cualquier orden. Instintivamente, tendían a considerar al fugitivo como uno de los suyos. El rescate y cuidado de Elías estuvo no sólo guiado por la lealtad a ese código jamás escrito, sino también por la utilidad que ese muchacho corpulento y decidido podía suponer a la pandilla. La política no les interesaba lo más mínimo, y sentían una aversión animal por los uniformes, fueran del color que fuesen. Esta banda de salteadores de caminos solía emboscar con eficiencia a patrullas aisladas del ejército nazi, para hacerse de armas y municiones. Sus golpes eran rápidos, certeros, y normalmente no dejaban a nadie con vida ni cadáveres de los suyos. En una de estas acciones fueron sorprendidos por un pelotón de las SS que venía siguiéndoles el rastro. Fueron diezmados. Elías fue uno de los pocos supervivientes. Por la madrugada llegó a una aldea dormida donde encontró su salvoconducto: una carretilla. Con ese disfraz perfecto, se lanzó a los

caminos. Iba calzado con la Luger obtenida en una de las incursiones contra los nazis. En caso de verse perdido, la utilizaría contra sí mismo. Estaba decidido a no regresar al campo. Cuando se topaba con soldados o patrullas, era tomado por un aldeano en sus tareas diarias y, en general, tratado con indiferencia. Si era necesario, se cuadraba al estilo alemán, alzaba la diestra y les dirigía el consabido *Heil Hitler!* Empujando siempre su carretilla, se dirigió al sur: atravesó Checoslovaquia, Hungría y Austria. En Trieste tuvo que abandonarla para colarse de polizón en un barco. En Dakar lo descubrieron y lo arrojaron al muelle sin más.

En total le llevó cinco años arribar al puerto de Buenos Aires, localizar a su madre, conocer el destino de su padre y a su hermano Horacio. Los largos años de soledad y de riesgo constante transformaron a Elías en un ser huraño y silencioso, preocupado únicamente por no volver nunca a la miseria. El pasado es una colección interminable de horrores que sólo merece el más completo de los olvidos; el futuro, una incógnita poco confiable que es preciso asegurar; el presente, el campo de batalla donde hay que garantizarse la vejez. Ahorrativo hasta el ridículo, todo le parece caro. Cuando debe comprar zapatos, calcula el precio de cada uno, y siempre, por cansancio, en toda transacción obtiene jugosos descuentos, mientras que no afloja un milímetro cuando se trata de sus ganancias. El poco dinero que le cedió su madre, en las manos de Elías se reprodujo y multiplicó cientos de veces, suministrándole a ella, a su hermano y a sí mismo un pasar en el que se ahorra mucho y no falta ni sobra nada. Hasta el día de su muerte, única vez en su vida que Elías lloró, Sara lo miró arrobada reconociendo en él la entereza, la visión y la templanza de su marido. Las mujeres son un capítulo yermo en la vida de Biterman. Huraño, jamás adquirió las habilidades necesarias para la seducción y el cortejo. Mientras fue joven, apaciguó el llamado del sexo con los servicios de putas baratas, ocasionales, apuradas y mal pagas. La chispa erótica se le apagó pronto, cosa que lo alegró pensando que podría disponer de todo su tiempo para las cosas que verdaderamente le importaban. La posibilidad de cortar un gasto siempre fue para él un motivo de alegría.

Elías oye llegar a su hermano. Su cara asomada a la puerta lo trae al presente. Horacio es exactamente su opuesto. Cuando va por la calle de un

lugar a otro, su camino es determinado por el rumbo que lleva alguna mujer apetecible que se le cruza. La sigue cuerdas y cuerdas tratando de seducirla hasta que ella acepta un café o él desiste tentado por otra. Con una particular aritmética, Horacio intenta levantarse a cualquier chica, es cuestión de poner la estadística a su favor: *si me tiro con veinte, treinta o cuarenta al día, es seguro que una o dos aceptarán mis invitaciones*. Así su agenda está siempre poblada de muchachas, y su vida, de problemas de polleras. Heredó de su madre los cabellos color zanahoria que le adornan la cabeza como una llamarada. Tiene la sonrisa fácil, los ojos soñadores, el porte digno, y cultiva una afición por la ropa fina, bien cortada, que luce con elegancia. Horacio es un dandy sin un cobre. Sus ingresos llegan con cuentagotas y salen como por una manguera de bombero. Aunque no se atreve con Elías, no vacila en robar, en estafar a sus conquistas con el cuento de los muebles para el casamiento y en recurrir a cualquier ardid para hacerse de unos pesos. Su programa predilecto es la tribuna oficial del Hipódromo de Palermo, donde se codea con los socios del Jockey Club, mientras espera el milagro del caballo de cuarenta pesos que se demora siempre en la llegada. Admira a las rubias, hermosas y ajenas, de la alta burguesía porteña, en las que sólo logra despertar un interés fugaz. Allí conoció a Amancio Pérez Lastra. Una versión *jet set* de él mismo. Se hicieron amigos de inmediato, las afinidades son muchas. Ansía acortar la distancia social que en el fondo los separa siendo indulgente con un comentario habitual de Amancio que lo irrita: *Vos sos mi amigo judío*.

Para ganarse su favor, Horacio pensó en presentarlo a su hermano, a fin de que le prestara los fondos que necesita con creciente urgencia. Especula también con la posibilidad de que le dé alguna comisión por traerle el candidato. Siente que merece mucho más de lo que la vida le da y, sobre todo, mucho más de lo que Elías le asigna como salario, a cambio del empleo de mandadero que no necesita. Se lo concedió a instancias de su madre, la única persona en el mundo que fue capaz de hacerle gastar un centavo en algo superfluo.

... ¿Entonces? Entonces nada. ¿Cómo que nada? Así, nada, nulo, cero. ¿No me vas a dar nada por el cliente que te traigo? Primero, yo ya te pago por no hacer prácticamente nada, y segundo, el tipo todavía no vino

y vos ya estás pidiendo comisiones. ¿Qué, acaso a vos no te sirve lo que yo hago? De la misma manera que a vos te sirve lo que te pago. Pero no me alcanza. ¿Tengo yo la culpa de que no te alcance? Si a vos nunca te alcanza nada. Tenés demasiados vicios. Eso es problema mío. Justamente, es lo que yo digo: problema tuyo. Y si me las tomo, ¿dónde vas a conseguir en quién confiar? Mirá. Mientras me afeito por la mañana me tengo bien vigilado, porque yo no confío ni en mi sombra. La manija la tengo yo y jamás la largo. Y en este mundo la manija tiene un solo nombre: Guelt. Pero Elías... A llorar al templo. Entonces tampoco me vas a dar nada por éste. Primero veamos el pescado, después decidamos cómo lo vamos a cocinar. El tipo tiene un campo que puede garantizar lo que le prestes. Esa parte dejámela a mí, que de esto sé algo más que vos. Bueno, pero después no te olvides. Yo no me olvido de nada. Sobre todo no me olvido de lo que ya me debés.

En el palier está Amancio con su mejor traje, su uniforme de robar como él dice, su sonrisa amplia, a la puerta de Biterman, presionando el timbre, sin notar que es espiado por una vecina a través de la mirilla.

Éste debe de ser tu amigo. Atendelo. Cerrá, lo voy a amansar un poquito. ¿Fuiste a ver el campito que tiene? Bastante bien, en realidad, lo único que quedó del campo es el casco. Deben de ser cuatro o cinco hectáreas. Está un poco abandonado, pero con poca guita se lo puede dejar bien. A mamá le habría encantado. Para vos todo es poca plata. ¿Cómo se llama la estancia? La Rencorosa. ¡Qué nombre! Me gusta. Hacelo pasar y que espere. Yo voy a atender un llamado del interior.

Biterman toma el diario de la mesa y, desabrochándose los pantalones, se mete en el bañito. Tiene serios problemas de estreñimiento, así que éste es un momento sagrado. Horacio sale, cierra, va hasta la entrada y abre. Con una rápida ojeada, Amancio mide el departamento. Es uno de esos sucuchos ciegos con paredes de papel, donde todo es mínimo. Uno no podría desperezarse aquí sin pegarle a alguna cosa. Los muebles, los escasos adornos, las cortinas, todo es barato y usado más allá de su vida útil, pero este

lugar huele a dinero.

Amancio. Adelante. ¿Qué hacés, pichón? Lo que se puede. ¿Tu hermano? Está con un llamado, ya te atiende. Llamó el otro, así que seguro va a hablar un rato. El hombre cuida lo suyo. Peso que cae en sus manos no ve más la luz del sol. ¿Estuviste en la estancia? Sí. ¿Y qué te pareció? La casa es buena pero está un poco destartada. Con veinte guitas de pintura y veinte de albañil, la dejás como nueva. Puede ser, pero andá a sacarle vos veinte guitas a mi hermano. ¿Por qué se llama La Rencorosa? Es una historia familiar. Mi madre heredó el campito de una tía solterona, pero no le gustaba, nunca iba. Mi padre se hizo cargo y se metió en amores con una minita de por allí. Una chinita del pueblo, pero tenía un cuerpo que te quitaba el hipo. Mujeriego el hombre. Y el abuelo y el bisabuelo y mi hermano y yo. Eso se lleva en la sangre, pichón. El asunto es que la preñó y la metió a vivir en el casco que entonces se llamaba El Vergel. Un mal día le fueron con el chisme a mi vieja. Ella agarró una escopeta, se subió al auto y se fue al campo, la encaró a la chinita y, como se le quiso retobar, la molió a culatazos hasta que escupió el aborto. Después la tiró a la calle. ¿Y tu viejo, qué hizo? Nada. Ni se dio por enterado. Lo único que dijeron sobre el tema, hasta el día de su muerte, fue cuando mamá le hizo cambiar el nombre. Papá le preguntó por qué le había puesto La Rencorosa. Ella le contestó: Para que sepas que la próxima de éstas que me hagas, los culatazos los vas a recibir vos. Papá metió violín en bolsa y acá no ha pasado nada... Che, ¿va a tardar mucho tu hermano? No creo. Familia brava la tuya. Nosotros no nos andamos con chiquitas. ¿Te conté del día que un peón se me insolentó y lo reventé a talerazos?

Elías aparece sonriente. Le ha ido bien.

Así que usted es el famoso Amancio. Mucho gusto. ¿Cómo anda todo? Dando la batalla, como siempre. Pase por aquí. ¿En qué puedo serle útil? Bueno, ando con algunas dificultades financieras. ¿Y cómo se llaman esas dificultades? Unos diez millones. Eso es algo más que dificultades. Bueno, la tasación de La Rencorosa dice que puede garantizar esa cifra, el campo vale diez veces más. Si usted lo dice...,

¿cómo la devolvería? Puedo darle cheques. A ver. Bueno, haga cuatro de tres millones y medio. Me está cargando un interés de locos. De locos es prestar sin aval. Pero yo le garantizo con un campo espléndido. ¿Y cómo sé yo que no está comprometido con otras deudas, que mañana se va a la quiebra y yo a la cola de acreedores? Pero, por favor, tiene mi palabra. ¿Usted cree que la podré depositar en el banco? Mire, la cosa es así. Tómelo o déjelo. Está bien. ¿Cuándo puedo tener los billetes? Despacito, primero me da sus datos y yo me hago informar, después usted pasa por lo del escribano Berún, Horacio le dará la dirección, y le firma una inhibición de bienes. Pero me parece que sería mejor que lo piense bien, porque debo advertirle que no soy un hombre tolerante con los incumplimientos. Si usted no cumple, yo lo demando. No me va a importar que sea amigo de mi hermano, la paciencia no es mi mayor virtud. Ni la mía. ¿Cómo hacemos? Una vez que haya hecho los trámites con el escribano, pasa por aquí a buscar el préstamo. Los gastos corren por su cuenta. Los cheques me los deja ahora. ¿Y quién me asegura que no se los guarda y no me da nada? Nadie. ¿Y entonces? Las condiciones son ésas, lo toma o lo deja. ¿A nombre de quién? Al portador.

Capítulo 7

Son las horas pálidas del alba. La hora de los fusilados. Desde hace varias noches no cumple sus funciones habituales al frente del grupo de tareas que tiene bajo su mando. Por la llegada del niño a la casa, le han concedido licencia. Giribaldi duerme en su cama con los brazos cruzados sobre el pecho y las manos en puño. No oye la sirena que atraviesa la ciudad. A través de las hendiduras de la persiana comienza a colarse la claridad del día. En la calle hay ruido de motores, órdenes, pasos apurados, movimientos de tropa. A su lado, Maisabé no duerme. Tiene la vista fija en el techo, le duelen los ojos porque casi no pestañea. No ha dormido en toda la noche.

Ay, Dios, yo que te pedí tanto y tanto un hijo, y ahora me mandaste este que me odia. Es pequeño para odiar, pero lo sé, me odia. Debe de llevarlo en la sangre. Y no, no son cosas más. Una madre lo sabe. Lo sé y no sé qué hacer. Cuando Giri lo trajo, ¿viste cómo me miró? Sí, me miró con los ojos muy abiertos. Y yo habría querido decirle que no tengo nada que ver, que lo voy a querer como su madre, más que su madre que no supo cuidarse, ni cuidarlo a él que lo llevaba dentro. Padre nuestro que estás en los cielos... Yo quiero quererlo. Pero no me sale. No me sale. Santificado sea tu nombre... Tan pequeñín y tan grande y tan sabiendo, tan dándose cuenta. Y Giri que no entiende, porque él es hombre de acción y no piensa, pero yo sí que pienso. Él dice que pienso demasiado. Venga a nos el Tu reino... ¿Y si cuando sea grande, cuando sea grande, busca venganza? ¿Y si él, que también es varoncito, cuando sea hombre, tampoco entiende como su padre y le sale todo ese odio? ¿Por qué? Hágase Tu voluntad... ¿Cuál es Tu voluntad? ¿Qué pague para siempre? Así en el cielo como en la tierra... ¿Entonces qué? Si

hemos hecho mal pagaremos, así en el cielo como en la tierra... Entonces debemos devolverlo. Pero ¿a quién? ¿Cómo, dónde buscar? El pan nuestro de cada día... El pecado no termina hasta que se devuelve lo robado. Lo hemos robado y no tenemos a quién devolvérselo. Dánosle hoy... Sí, hoy, hoy, hoy, mientras duerme en su cuna. Mientras camino hacia su habitación. Pero, Padre nuestro, si su madre está muerta, la única manera de devolvérselo es enviándolo con ella. Pero ella ¿dónde está? Las dudas, siempre las dudas. ¿En el cielo o en el infierno? Porque si su madre fue tan mala como dice Giri para merecerse su destino, entonces debe de estar en el infierno. Pero este niño no ha pecado, no es malo. Ni siquiera está bautizado. Entonces si muriese se iría al limbo, que es donde van a parar los niños muertos sin cristianizar. Ni aun así lo estaría enviando con su madre. Duerme. Tiembla un poco. Pero odia, entonces no es tan bueno, odiar es pecado. Entonces, puede que si apoyo esta almohada sobre él y resisto la piedad, se vaya al infierno de su madre, entonces sí lo habremos devuelto y el pecado habrá terminado. Y no nos dejes caer en la tentación... Claro que sí. Fuimos tentados. Caímos, pero podemos recuperarnos, volver a la gracia. Mas líbranos del mal. Vaya, niño, con su madre que lo estará esperando en una dura celda de Satanás. Perdón, Señor, sé que no debo nombrarlo, pero me tiembla la mano. No matarás. Oh. También eso. Pero, bueno, no estamos obligados a devolverle la vida al que se la hemos quitado. Y sé que voy a arrepentirme de esto. Como siempre me arrepiento de todo. Sí, Señor. Ésta es la solución. La muerte me limpiará del robo y la confesión me lavará la muerte. Dame la fuerza, Señor, dánosle hoy. Es tan sólo un instante, un ahogo y todo habrá concluido.

Maisabé apoya la almohada sobre la cara del niño dormido, y vuelve la cabeza al cielo en el momento de presionar. No quiere sentir las convulsiones que ya adivina, detener el correr de toda esa sangre que está dentro, pero que ella ya ve afuera. En el momento de afirmarse con todo su peso sobre la almohada, el niño se mueve y ella lo golpea con los nudillos. Se despierta sobresaltado con un berrido. Como por encanto, aparece Giri en la habitación, toma a Maisabé por los hombros, no entiende, y se la lleva y ella se vuelve, ya saliendo, y el niño, que ha dejado de llorar, tiene para Maisabé

una mirada más. Seria, de esas que sólo los muy pequeños pueden tener.
Amén.

Capítulo 8

Entrando a su casa, Lascano se pregunta si ella estará todavía allí. Lo desea y lo teme, por eso se demora ante la puerta, buscando las llaves que se han desprendido de la presilla y han ido a parar al fondo del bolsillo, donde se acumulan bolitas de pelusa. La introduce lentamente en la cerradura y con sigilo de marido infiel abre con delicadeza, para no despertarla, se dice, se engaña, porque en realidad teme despertar él mismo, y también se dice: *Vamos, Perro, si son las siete y media de la tarde*. Está a oscuras, en silencio. Aliviado y herido, comprende que ella se ha ido, está seguro, que todo vuelve a ser como antes, que nuevamente está a solas esperando la visita del fantasma de Marisa para que lo excite y lo apuñale una vez más. Pero la luz se enciende y allí está Eva-Marisa, sentada en el sofá, tal como la dejó, sólo que ahora se ha vestido con ropa de él que le queda cinco talles grande. Y a Lascano se le corta la respiración y enciende un cigarrillo para disimular, sin lograrlo, el miedo y la alegría. Eva lo observa como el ratón de laboratorio estudia su jaula, y se sorprende alegrándose de que haya regresado, cosa de la que Lascano no se da cuenta, ocupado en parecer casual.

Disculpá, tomé prestadas unas ropas tuyas. Está hecha un mamarracho. Bueno, tu closet no es precisamente de alta costura. Eso es verdad. Tenía un poco de frío.

El Perro tiene un momento de vacilación. Cree que va a enloquecer. No sabe bien si está hablando con Marisa o con Eva. Lo envuelve una especie de sueño en el que no puede evitar lo que dice y hacer lo que hace, y del que no logra despertar.

A ver..., creo que tengo algo para usted que le quedará mejor.

Lascano se encierra en su habitación sin saber por qué. Sus movimientos tienen algo de automático. Se dirige a su mesa de luz y revuelve el cajón buscando algo. Lo encuentra. Camina hasta el closet, mete la llave en la boca de la cerradura y trata de hacerla girar. A causa del desuso, el mecanismo está algo rígido, pero al fin, con pequeños movimientos, logra que ceda con un clac que se le figura un poco siniestro, como una sentencia. Toma aire profundamente como preparándose para lo que vendrá. En un impulso abre las puertas de par en par. El aroma de Marisa, concentrado tras meses de encierro, le cae encima como si lo hubiese atropellado el rápido de las diecinueve treinta. Allí está, intacto, todo su vestuario, tal como lo dejó la mañana en que salió de la casa para no regresar. Lascano tiene que aferrarse para no caer desvanecido. Nunca, desde aquella mañana, se había atrevido a abrir esa compuerta. Nunca había tenido el valor para enfrentarse con la segunda piel de su mujer. Siempre miró con aprensión ese lugar hermético, con un sentimiento de temor reverencial, y ahora lucha con la sensación de haberse encarnado en el cuerpo de un profanador de tumbas. Pero al mismo tiempo, dominado por un designio oscurísimo, es incapaz de detenerse. Fuera de su cuerpo, se ve a sí mismo en la cama, fumando, y a Marisa, en ropa interior frente al espejo, sin saber qué ponerse, como siempre, buscando en él, en su hombre, la aprobación necesaria.

¿Qué te parece, me pongo el rojo? Así estás muy bien. ¿Quieres que salga así? Tendría que llamar a la Brigada Antimotín. El rojo entonces.

Con una espléndida sonrisa, Lascano se entrega al espectáculo de su mujer vistiéndose y goza con anticipación del momento en que la desvestirá, al terminar la noche.

¿Cómo me queda?

Pálido como un enterrador, sale de la habitación con el vestido rojo en la mano y se lo entrega a Eva, que lo recibe con un murmullo de aprobación y se lo pone por encima del cuerpo. Da un giro gracioso y entra en el baño. El Perro se derrumba en el sofá. Al poco tiempo ella sale con el vestido puesto. Le queda perfecto.

¿Cómo me queda?

Todo el cuerpo le grita a Lascano que se levante, que la abrace, que le quite el vestido, un poco indignado por la usurpación, pero más por encontrarla plenamente y saborearla y quererla y sentirla y, más que nada, cogerla. El terror de sí mismo se apodera de él, se da cuenta de que no controla sus actos, y repentinamente la habitación se le convierte en una trampa donde no sabe lo que sería capaz de hacer. Entiende que debe salir de allí inmediatamente, que no puede quedarse solo con esa mujer un instante más, y se pone abrupto.

Tengo hambre. Salgamos a comer.

Eva percibe que el ambiente se ha enrarecido. Todo ha sido tan rápido que ni siquiera ha tenido tiempo de preguntarse por qué ese tipo tiene un vestido en su casa. Él ya está en la puerta, esperándola. Se calza los zapatos como puede y sale. Cuando Lascano está cerrando, el pájaro, en su jaula, le lanza otro piu agudo, esta vez incomprensible.

Él camina tres pasos delante de Eva. *¿Me está dando la chance de huir?* La noche comienza a enfriarse y ella a temblar. Lascano lo advierte y con galantería de película de mosqueteros, se quita el saco y se lo coloca sobre los hombros. Ella se acurruca dentro de la chaqueta que la envuelve también con el olor de él, combinado con el de los Particulares 30 que fuma sin cesar, y lo observa.

No es muy alto, de estatura normal en un país de petisos, pero tiene las espaldas anchas. No ha criado la típica pancita que echan los hombres a su edad, ni le han crecido pelos en las orejas y la nariz. Aunque se le han volado algunas chapas, no muchas, tiene apenas unas canitas incipientes en las sienes que prácticamente ni se ven. Luce bastante atlético, hecho que contrasta con la parsimonia de sus movimientos. Si fuera un poco más dinámico, se diría que aparenta diez o quince años menos de los que debe de tener. Sus ojos sólo dejan de investigar cuando se cruzan con los suyos, fugazmente, porque él los aparta de inmediato y parece que se sonroja. Si no se adivinara que tras su calma aparente hay un tipo fuerte, peligroso, diría que me teme.

Entran en una típica fonda de barrio y el mozo lo saluda con familiaridad

y un cierto asombro al verlo acompañado. Sin preguntarle, ordena el plato del día para dos, medio de la casa y soda. Ella trata de comprender lo que sucede, sin lograrlo en absoluto. Cuando llega la comida, Lascano la devora en cuatro bocados y espera que Eva dé cuenta de la suya. Cuando va por la mitad, él pide perdón y enciende un cigarrillo. No le ha prestado atención en ningún momento y a ella se le han ido las ganas de entender lo que está sucediendo. Cuando está pinchando el último bocado, el Perro pide la cuenta. Paga y salen. Él abre la puerta, le cede el paso y aprovecha la ocasión para contemplarla. El vestido le queda fantástico.

Con el aire frío de la noche, siente amainar el torbellino de su mente y comienza a recuperar el dominio de sí mismo. Se distrae pensando en la cantidad de recursos que tienen las mujeres para ser hermosas. No hay ropa capaz de esconder la sexualidad de sus cuerpos que la moda se ocupa en enfatizar. Piensa que, hoy en día, una mujer debe esforzarse para ser fea, que en realidad no hay feas, sólo distraídas, y que Eva no podría serlo aunque se esforzara, y ya no quiere pensar más. Enciende, cómo no, un cigarrillo. Tres pasos atrás, ella está feliz como una niña el día de su cumpleaños. Alcanza a Lascano, lo toma del brazo y se aferra a él que siente su pecho contra el bíceps y el sexo poniéndosele jugueteón y traicionero dentro de los pantalones. Así caminan de regreso a la casa. Lascano no sabe qué hacer para que se despegue de él o para que el camino no termine nunca. Eva canturrea por lo bajo y apoya, ahora también, la cara contra su brazo. Al Perro le llega con violencia su aroma cargado de feromonas. Siente la necesidad de ese otro cuerpo con intensidad superior a cualquier pensamiento, y aprieta los puños dentro de los bolsillos para no saltarle encima. Pero han llegado a la estrecha puerta y deben separarse para atravesarla. A punto de entrar en el departamento, Eva se apoya en la pared y lo observa buscando las llaves, pero no de cualquier modo. En sus ojos hay provocación, en sus pupilas no hay temor, y sus pechos se elevan y contraen con curiosidad al ritmo de su respiración. Él abre y le mira el culo al pasar. Ella sabe que la está mirando, él sabe que ella lo sabe y se pregunta cómo es que las mujeres saben que les están mirando el culo. Y oye, o cree escuchar, la canción tristísima que habla de amores perdidos. Y ella lo ve cruzar la sala, zambullirse en su habitación y cerrar de un portazo, pero no lo oye llorar, porque llora en silencio, pero

llora. Se duerme vestido. Esa noche no viene Marisa a visitarlo. Enojada, con toda seguridad. Pero al dormirse:

Estoy en el desierto. Es de noche. Su inmensa soledad transmite la misma sensación que el mar. Está vivo, más que presente. Es el todo. Me circunda y me anega. El desierto y yo comenzamos a ser un solo animal. Se me mete dentro. Estoy sentado intentando perforar la oscuridad y, al cabo, el desierto es espejo donde circulan todos y cada uno de los personajes de mi vida. Clarísimos y distintos. Todas las emociones vividas, una tras otra, sin descanso, mientras la luna rasga la noche como la barracuda al pez. Alquimia, transmutación: yo soy el desierto y el desierto es yo. Y de pronto me encuentro aullándole a esa misma luna. Afuera el sol resplandece y filtra con furia sus rayos en la estancia donde creo que soy un caballo, un zorro, un murciélago. Donde me pregunto: ¿Quién sos?, ¿sos un caballo, sos un zorro, sos un ratón?

Entonces despierta cocinándose en su propio jugo. Se levanta dando tumbos y sale. En el sofá duerme Eva. Ha doblado con esmero su ropa nueva y la ha colocado sobre una silla, primorosamente. Un brazo larguísimo le cuelga fuera de la manta. Se acerca, le toca levemente la mano. Sólo para cerciorarse de que ella no es parte del sueño, del desierto, sino que realmente está allí, viva. Está allí.

Capítulo 9

La una. Florida. La prisa. El galope inflacionario que se desboca en 1979 contagia a todos. Los oficinistas, los especuladores y hasta los mendigos son presa de una agitación frenética. El que tiene está apurado por gastar unos pesos que en poco tiempo no valdrán la tinta con que los imprimieron. El que no tiene, no tiene.

Aunque estamos transitando los fríos de agosto que se llevan a la mayor parte de los viejos, la sensación, sólo la sensación, es de primavera. No para Amancio que está enterrado hasta las orejas en deudas. La que más lo preocupa es la que mantiene con Biterman. El judío puede hundirlo en cualquier momento y destapar la olla en la que se cocina su futuro. Amancio ha garantizado fraudulentamente muchos préstamos con los mismos bienes, ocultando maliciosamente sus compromisos. El tema de los cheques es el agua que le está llegando al cuello. Todos los demás compromisos que ha firmado sólo pueden acarrear acciones ante la justicia civil, que a su paso de tortuga y con las debidas chicanas tardará diez años en dirimir, con buenas probabilidades de que terminen en nada. Pero los cheques lo pueden mandar derecho a la justicia penal. Si a Biterman se le ocurre pedirle la quiebra, la jauría de acreedores se le echará encima. El resultado no será otro que la bancarrota, y con toda seguridad la cárcel de Devoto. Situación que no puede concebir sino con una mezcla de asco y miedo que lo despierta cada noche, puntualmente, a las cinco de la madrugada. Al ruso hay que pararle los pies de alguna manera, y ahora se le ha ocurrido una idea genial para salir del brete: Giribaldi.

De joven, en los ratos libres que le dejaba el Liceo Militar, sus actividades en Tacuara, las arengas del padre Meinvielle en la librería

Huemul y las misas de los domingos, Giri jugaba de medio *scrum* en Atalaya, Amancio de tres cuartos. Se hicieron amigos con las cervezas heladas del tercer tiempo, las visitas a los quilombos de Carupá y las congas del Rowing Club o del Atlético de San Isidro en las que esos muchachones pendencieros y fumadores, vestidos con smoking, hacían alarde de fuerza. Las muchachitas del Jesús María, de la Anunciata o del Mallinkrodt adoraban excitar a los machitos, pero sentían una repulsión instintiva por satisfacerlos. Los chicos salían de esas fiestas calentitos y furiosos. La calle los recibía en banda con muchas ganas de pelea. La buscaban y la encontraban, siempre había algún palurdo desprevenido con quien agarrárselas y sacarse la leche que las chicas estimularon. Giri era, naturalmente, el jefe de la patota. Nadie le dio el título, él lo tomó de puro macho, a fuerza de crueldad y porque en el grupo no había quien se atreviera a disputárselo. Cuando alguno se le retobaba, Giri lo paralizaba con una mirada de halcón que le recordaba al atrevido la forma en que era capaz de ensañarse con sus víctimas en las trifulcas callejeras.

Ahora sentó cabeza, es hombre casado, un oficial del ejército argentino, un tipo empeñado a fondo en la lucha contra un genérico difuso que llama «la subversión». Las historias de las confesiones arrancadas a golpes de electricidad, de los fusilamientos de comunistas, de sus hazañas en la represión tienen en Amancio al único confidente.

A la sombra de esta camaradería prepotente, Amancio, como quien no quiere la cosa, le pedirá consejo sobre la manera en que debe tratar el tema de las deudas con Biterman. Espera que Giri le haga la gauchada de sacárselo de encima. Después de todo, los judíos y los comunistas andan siempre de la mano, y él manifiesta más odio por los hijos de Israel que por los herederos de Lenin. Tiene los medios y el poder para hacerlo desaparecer para siempre, y junto con él, sus mayores preocupaciones. Con ese propósito camina por Florida llevándose el mundo por delante. Va rumbo al Augustus, donde, café mediante, sueña con la posibilidad de eliminar al judío de su lista de problemas.

Traeme un café con crema, pichón. ¿Cómo andás, Giri? Como el culo. Maisabé está como loca. No sé qué mierdas le pasa. ¿Por? Vos viste que ella siempre quiso tener un chico. Pero bueno..., no puede. Mirá que lo intentamos todo. Nada. Una vez se embarazó pero al poco tiempo lo

perdió. Aborto espontáneo. Pero ¿no iban a adoptar ustedes? Bueno, ahí está la cosa. Hace una semana le traje un bebé. Rubiecito, sanito, precioso. Pero a ella le dio un ataque, lo ve como a un monstruo. Le tiene miedo, dice, y hace cosas raras. ¿Cómo qué? No sé, se la pasa dale que dale con Dios y el diablo. Pregunta quiénes son sus padres, dónde están. No entiendo. Mirá que viene jodiendo con lo del hijo y cuando lo tiene se pasa el día y la noche llorando. Ayer la encontré junto a la cuna. El pibe berreaba como un marrano y ella estaba ahí a su lado, inmóvil, como hipnotizada. Decime una cosa, viejo, ¿quién entiende a las mujeres? Nunca se puede saber qué carajos quieren. La tuve que cachetear para que se compusiera. La verdad es que me tiene enfermo. Mirá, lo principal es que te calmes vos. Las minas son así. Todas. No hay poronga que les venga bien. Está todo el tiempo dándose cuerda con la culpa y el pecado. Se me ocurre una idea. Mejor que sea buena. En San Martín hay un tipo que estuvo un tiempo en el Liceo hasta que descubrió su verdadera vocación y se hizo cura. Se llama Roberto, andá a verlo de mi parte. Es un tipo piola, que entiende. A él le podés contar todo y los va a aconsejar bien. Lo que Maisabé necesita es que alguien con autoridad le bendiga el hijo. Vas a ver como todo se arregla. ¿Te parece? Ponele la firma. ¿Y dónde lo encuentro al curita ése? Después te paso la dirección. No dejes de hacerlo. Ya que estás, hay un problema que te quiero consultar. A ver. Vos sabés que desde hace un tiempo mi economía anda de capa caída. También vos. Gastás lo que no tenés para tenerla a Lara contenta. Y ella nunca se conforma con nada. Dejate de joder. ¿Me vas a oír o te vas a poner a dar sermones? Está bien, hablá. Resulta que lo vengo mangando a un judío del Once y ahora me está apretando. ¿Qué le firmaste? Cheques. Una pila así. ¿Los presentó? Sí, y el banco los rebotó. ¿Y entonces? Ahora me puso plazo para que le pague, le entregue la estancia o me manda en cana. Apretalo y sacáselos. ¿Te parece? Estos rusitos son unos cagones. ¿Tenés un arma? Tengo la nueve que me regalaste para mi cumpleaños. Andá y ponésela en la cabeza. Vas a ver como escupe los cheques. ¿Y si arma despelote? Qué va a armar. Te lo digo, estos judíos de mierda ladran pero no muerden. A la hora de los bifés, se van al mazo. Si tenés problemas, llamame y vemos. Bueno. Una

mano lava la otra. No te olvides de pasarme la dirección del cura. Tengo que sacarme el despelote de Maisabé de encima como sea. Después te la paso. Me voy, ¿te hacés cargo del café? ¿Hay remedio?

Capítulo 10

En la oscuridad de la habitación, Eva se pregunta: ¿Qué quiere? Todo el mundo quiere algo. Decide poner a prueba a Lascano. *Veamos qué pretende o consigamos salir de aquí con un mínimo de seguridad*, se está diciendo cuando llega el Perro. Enciende la luz y se quita el gabán. Ella, hermosa y distante, está fijada en un punto indefinido de la pared.

¿Le pasa algo? No. Me da la sensación de que sí. ¿Esto es un interrogatorio? Pregunto no más. ¿Y qué te importa lo que a mí me pase? Bueno, no es que me importe... Y si no te importa, ¿por qué me tenés presa aquí? ¿Cómo? Cada vez que salís me dejás encerrada. ¿Quiere salir, quiere irse? Quiero saber qué es lo que querés conmigo. Mire, chiquita... Me llamo Eva. Perdón, Eva. Yo no quiero nada con usted. ¿Soy tu prisionera privada? No tengo por costumbre tener presos en mi casa. ¿Ah, no? ¿Y dónde los tirás? No los tiro en ningún lado, se los entrego al juez. No me vengas con cuentos, todo el mundo sabe muy bien lo que hacen los botones. ¿Ah, sí, qué hacen? Ah, ¿no lo sabés? Mire, chiquita..., perdón, Eva. Yo trato de mantenerme dentro de la ley. No jodas, ¿de qué ley hablás? Leyes hay, lo que falta es justicia. Pero ¿quién te creés que sos, el Llanero Solitario? Yo no me creo nada. Lo único que sé es que tengo un trabajo que hacer y trato de hacerlo lo mejor posible. ¿Desde cuándo laburan los canas? Yo desde los quince, ¿y usted? ¿Y yo qué? Nada. El comisario misterioso. ¿Qué le hice para que esté tan enojada? ¿Qué querés conmigo? La estoy protegiendo. No me pregunte por qué. Protegiendo. ¿Querés que te la chupe? Bueno, te la chupo. ¿Querés cogirme? Bueno, cogeme... Yo no quiero nada. No me hagas reír, vas a ser el primer cana que... Suficiente, ¿se quiere ir?, la puerta

está abierta.

Eva se levanta y va decididamente hasta la entrada.

Perdón... ¿Perdón por qué? Porque no me di cuenta. ¿De qué? Que la dejaba encerrada. Es por costumbre. Como muchas veces me dejo las llaves, siempre cierro para no olvidarlas. ¿Cómo? Si cierro con llave, no me las olvido al salir. Hace mucho que vivo solo. Bueno, me voy. Haga lo que quiera, pero sin un peso y sin documentos no creo que llegue muy lejos. Los milicos andan muy activos por la calle. Eso es problema mío. Es verdad. Bueno, entonces me voy. Vaya no más.

Lascano la ve salir con una mezcla de alivio por la recobrada soledad y angustia de ausencia. Camina tras ella, pero al llegar a la salida se arrepiente, para y enciende un cigarrillo.

Todo lo que no es útero es intemperie. La calle se le hace siniestra a Eva. Por debajo de la falda de verano se le cuele el frío entre las piernas y se estremece. En el bolsillo del vestido ha encontrado algunas monedas. Ahora, dar con un teléfono público que funcione es una verdadera proeza. La realiza, pero el resultado de sus llamadas es nulo, o peor. En el número de Domingo contesta una voz desconocida, de hombre. Eva da su clave y le dice cualquier cosa. Corta. Domingo está perdido o en fuga. Su segundo llamado no es atendido. El tercero lo responde una voz de mujer:

Ya llegamos. ¿Quién habla?

La respuesta debía ser ¿Qué tal el vuelo 505? Corta. Ya no le queda a quién recurrir. La célula ha sido desbaratada. En estos momentos, los chupados estarán tratando de aguantar veinticuatro horas sin hablar. Es el tiempo que se necesita para difundir la alarma entre los compañeros y para desaparecer antes de que los desaparezcan. Los milicos lo saben, el apuro los hace más salvajes todavía. La noche se cierra anunciando lluvia. Las calles están desoladas. Eva retrocede saliendo de la avenida, sumergiéndose en las sombras más oscuras de los plátanos de una calle transversal. Por la esquina cruzan dos Falcon cargados de gorilas, los cañones de sus Itakas asoman por las ventanillas. Están tras ella o de quien sea. Es noche de cacería y ella es la presa. Está desarmada y se siente desnuda. Tropieza con una baldosa floja

que le lanza un escupitajo de agua sucia entre las piernas. Es una señal. Camina cuadras y cuadras, llorando, el frío de la noche mordeándole las mejillas húmedas, el cuerpo pidiéndole tregua. No tiene adónde ir, pero el orgullo le dificulta regresar donde Lascano, si no el mejor, el único refugio disponible. Cuando lo comprende vuelve. Sin embargo, al llegar, vacila, trata de considerar otras posibilidades, pero no las hay. De pronto, la luz se enciende, un adolescente sale del ascensor y se dirige a la salida. Eva finge estar buscando las llaves cuando el chico abre y la deja pasar. Adentro, flota un aroma delicioso a milanesas caseras con ajo y perejil, y el frío se atempera. Un cocodrilo se le revuelve en el estómago. Frente al departamento de Lascano, vacila de nuevo brevemente, porque hay gente entrando o saliendo. Para evitar el timbre, da tres suaves golpes en la madera. Una parte de ella desea que Lascano no la oiga, pero él se ha quedado junto a la puerta, fumando un cigarrillo tras otro, pensando en ella, y los tres golpes le suenan directamente en el cuerpo antes que en los oídos. Abre como si estuviera esperándola desde siempre. El cielo provee los efectos especiales, relámpago, trueno y cae una de esas lluvias torrenciales de gota gorda, propia de un día caluroso de marzo.

¿Usted por aquí? Perdoname, soy una chiquilina. Acá no la vamos a desmentir. Ya sé que la calle está brava. ¿Puedo quedarme hasta que consiga mis documentos y algo de dinero? El que se va sin que lo echen vuelve sin que lo llamen. ¿Entonces puedo? Con una condición. Ya me lo imaginaba. Esta noche cocina usted. Te gusta vivir peligrosamente. ¿Tan mala es? La verdad es que no sé hacer ni un huevo frito. Bueno, le propongo algo. Yo le enseño. ¿En serio? Estoy muerto de hambre. ¿Comenzamos con las lecciones? Dale. Mi especialidad, fideos con salsa de tomate. ¿De nuevo? De nuevo. La primera lección: para cocinar bien hay que hacerlo con placer. Si no, la comida sale mal. Mi abuela decía que era con amor. Es lo mismo, y la cocina, como el amor, tiene algunos aspectos menos gratos que otros. ¿Por ejemplo? Las lágrimas, así que usted va a picar la cebolla. Ah, entonces a mí me toca la peor parte. Como a cualquier aprendiz. A la orden mi comisario. No se haga la payasa y pique. Bien finita... Como ordene. Esto es muy importante: para que la salsa no se ponga ácida siempre hay que agregarle un poco de

azúcar a los tomates. ¿Así está bien? Perfecto. ¿Le gusta el ajo? Me encanta. Maravilloso. No confío en la gente que no lo come. No me digas. ¿Sos raro, eh? Rarísimo. Ahora este diente de ajo, me lo corta en tiritas finitas... ¿Ve esa raicita verde que tiene adentro? ¿Ésta? Ésa. Sáquela. A veces es muy amarga...

En el estrecho espacio de la cocina, Eva y Lascano se relajan y se concentran, se acercan y se huelen. La comida va tomando forma mientras ellos se rozan sin querer y queriéndolo cuando se produce, envueltos en el aroma de las cebollas y los ajos friéndose. La cocinita toma temperatura de hogar y la contagia a los cuerpos, que se acomodan a esta tregua inmediatamente. El cielo tiene playas donde evitar la vida, la intemperie ha quedado suspendida, y bajo el cuchillo de Lascano sucumbe un morrón robusto, rojo como la sangre, que va a alborotar la fritanga que hierve con entusiasmo en la sartén. En tanto, el agua burbujea impaciente pidiendo espagueti. Las cebollas le pican a Eva en los ojos y la asalta el remordimiento, pero su necesidad de hogar, de alimentarse con un poco de alegría, es mayor, y manda a archivo, por el momento, el dolor, el miedo, la alarma incesantes. Manotea la botella del vino con que Lascano ha perfumado la salsa, sirve dos copas y brindan como debe ser, mirándose a los ojos. Ella siente que se le calienta el cuerpo. A Lascano lo recorre un escalofrío, como cuando el macho vertiginoso se atreve en los dominios de la viuda negra.

Capítulo 11

Amancio tiene clarísima la sensación de que su vida se está viniendo abajo pero, por momentos, lo asalta una especie de certeza loca de que todo va a cambiar. Esa idea no proviene de estar haciendo cosas concretas para mejorar su economía, apenas si puede administrar el naufragio. Sin embargo, a veces siente que el milagro está por suceder. Sueña despierto que presencia un asalto y en el tiroteo cae a sus pies un ladrón muerto con un maletín. De algún modo se las ingenia para escabullirse de la policía con el portafolios, y cuando lo abre, adentro hay un millón de dólares. O que aborda un ascensor con un hombre que también porta un maletín. Están los dos solos. Al sujeto le da un ataque, un infarto o lo que sea, y cae desplomado al piso. Comprueba que el tipo ha quedado fuera de combate y se lleva la valija. Cuando la abre, un millón de dólares. Pero éste no es momento de soñar, así que se levanta, se ajusta los pantalones, se controla en el espejo y sale del baño olvidando accionar la válvula del inodoro, cosa que a Lara le da muchísimo odio.

Siempre te olvidás, Amancio, siempre. A vos habría que trasplantarte un ojo en el culo para que veas las cagadas que hacés.

Lara termina de enjuagarse bajo la ducha. Amancio la pispea desde las sombras del corredor, creyendo que ella no lo ha notado. Aun con esa ridícula gorra de baño es hermosísima. Podría vestirse con andrajos sin que su belleza disminuyera lo más mínimo. Resaltaría por contraste. Cierra las canillas, se quita la gorra y sacude la cabellera con un movimiento circular que emboba todavía más a Amancio.

Se está haciendo tarde. La fiesta no empieza hasta que llego yo. Modesta la dama. Es la verdad. Con esos carcamales del Jockey Club no pasa

nada. Alcanzame la bata.

Lara se deja colocar la prenda sobre los hombros, pero cuando Amancio la va a abrazar se escurre con un movimiento ágil y calculado que certifica, una vez más, que siempre está un paso por delante de él. En la habitación, se cepilla el pelo frente al espejo, sentada como una diva de teléfono blanco, sin dejar de admirarse. Motivos no le faltan.

Amancio, ¿por qué no prepararás una copa?

En realidad no sabe si tiene ganas de beber, pero no quiere darle el gusto de verla desnuda, y de paso se ahorra el trámite de rechazarlo cuando se ponga cargoso y demandante. Rápidamente se pone la ropa interior. Provocativa sí, entregada nunca, o por lo menos no en esta ocasión, ni con éste. Cuando su marido regresa haciendo tintinear el hielo en los vasos, creyéndose muy canchero, Lara ya está calzándose el vestido negro que, en París, le costó a Amancio lo que cinco Hereford. Ese vestido, que es una noche estrellada pintada en el cuerpo de Lara, es la demostración palpable de la curvatura del espacio.

¿Qué hacemos? Vamos a la fiesta del Jockey. Eso ya lo sé. No entiendo. Pregunto por las vacaciones de invierno. No sé, ¿vamos al campo? Me aburrís, Amancio, ¿no se te ocurre nada mejor? ¿Como qué? Hace más de un año que no viajamos a ningún lado. ¿Dónde te gustaría ir? Ibiza no estaría mal. Las cosas no están para Ibiza, querida. A mí me parece que vos no estás ni para la laguna de Chascomús.

Mientras Amancio se retira de la escena, Lara se toma un buen trago de su vaso y le hace al espejo un encantador mohín de fastidio.

Pérez Lastra se aproxima al armero desolado: sólo le quedan la Sauer 12 grande que heredó de su padre y la 9 mm que le regaló Giribaldi para su cumpleaños. La Remington, el Winchester, la Skorpio de dos caños superpuestos y el resto emprendieron el camino del Banco Municipal de Préstamos, Amancio confiaba en rescatarlas antes del vencimiento de las boletas de empeño. Pero el ladrón o el *businessman* con el millón de dólares no aparecieron, y las armas pasaron por la base a manos extrañas, bajo el implacable martillo del rematador. Maldice su suerte. Se aleja ofuscado de la

vitrina y le grita a Lara que la espera abajo, en el auto. Lara repite su gestito con una variante pícara, el segundo trago le ha llenado los ojos de chispas y el ánimo de fiestas. Sabe que si quiere divertirse tendrá que poner a Amancio en caja.

Cuando llega a la vereda, debe sortear el camión recolector de basura y la admiración que despierta en los rudos, fornidos y sucios trabajadores.

Mamita, con ese culo debés cagar bombones.

Al escuchar el piropo, Amancio hace ademán de bajarse del auto. Lara lo ataja.

Tranquilo, nene, que no quiero terminar la noche en el hospital.

El viaje es corto y silencioso. Lara posa enfurruñada, con la cabeza vuelta hacia la ventanilla.

¿Estás molesta? Lo que estoy es harta. ¿Harta de qué? No te hagas el idiota, Amancio, lo sabés muy bien. Pronto se va a solucionar todo. Cambiá de disco, éste ya se te rayó. Es que vos todo te lo tomás a la tremenda. Lo que pasa es que vos no hacés nada para mejorar la situación. Para vos todo es un problema. Me olvidaba, perdón, el señor no tiene ningún problema. Tengo un asunto que va a resolver todo. Espero que no sea otra de tus ilusiones y que haya re-sul-ta-dos. Matate, idiota. ¿Me oíste?, quiero resultados. Con tu ayuda voy a obtener muchos resultados. ¿Qué dijiste? Nada, no dije nada. Me tenés enferma con tus murmullos. No te confundas, estaba cantando. Vos en cualquier momento vas a ir a cantarle a Gardel. Andá a cagar.

El salón está colmado de gente bien. Todos muy elegantes, los caballeros de smoking, las damas de *soirée*. Entre los civiles se mezclan unos cuantos militares en uniforme de gala, de coronel para arriba. En silencio, Lara y Amancio se sientan a la mesa adornada. Él consiguió una invitación especial para Horacio. Quiere impresionarlo y, a través de él, ganarse el favor de Biterman, el prestamista, para obtener mayor plazo y quizás más dinero. Cuando lo invitó se puso loco de contento, siempre había soñado con poner los pies en los salones que congregan a los burgueses de prosapia. Y allí viene, flotando por encima de los concurrentes, la cabellera roja de Horacio,

abriéndose paso atléticamente entre las bien cultivadas panzas de los terratenientes. Amancio se pone de pie para recibirlo.

¿Qué tal mi viejo, qué tal? Adelante, pasá. Te presento a Lara, mi mujer. Encantado. Su marido me había hablado de usted, pero me temo que se quedó corto. Amancio siempre se queda corto. ¡Lara! Es un chiste, tonto. ¿Nos servís champán? Por supuesto. Bueno, brindemos. ¿Y por qué brindamos? Nada me parece mejor que brindar por vos, Lara. Tu amigo es muy galante, ¿lo tenías escondido? Deberías visitarnos más seguido. No faltará oportunidad.

Lara se fija en Horacio. Lo que él interpreta como interés femenino es en realidad la veloz radiografía que ella le hace a cualquier hombre que se le cruza: para el caso, un pelagatos igual que su marido, aunque es buen mozo y tiene manos de pianista. Un revolcón con el crío es una posibilidad a considerar. Atisbando por encima de los dos hombres que la acompañan, la sonrisa de Lara se ilumina. Ha notado que se acerca Ramiro, medio primo, amante ocasional, siempre seductor, siempre elegante, siempre riquísimo, en todo sentido. Al pasar junto a Amancio, Ramiro le da una palmada en la espalda, un poco demasiado fuerte.

Nada más y nada menos que los Pérez Lastra. ¿Qué tal, viejo?

A Amancio nada puede caerle peor que Ramiro. Desde chicos siempre lo trató con desprecio, y aunque es diez años menor que él, nunca pudo ganarle a nada. Ramiro es un excelente deportista. Siente hincharse el viejo rencor cuando besa a su mujer en ambas mejillas, a lo francés, demasiado cerca de las comisuras, demasiado demorado en ellas.

Lara, cada día plus adorable. Y vos, cada día más joven. ¿Cómo hacés? La buena vida es mi fórmula. Hacer lo que uno quiere, cuando uno quiere y con quien uno quiere.

Advierte la presencia de Horacio, le tiende la mano con una sonrisa amplísima.

Ramiro Elicetche Barroetaveña, mucho gusto. Horacio Biterman, encantado. Biterman..., ¿con una ene o con dos? Con una... Bueno, si los

caballeros no se oponen... Lara, ¿me hacés el honor de bailar conmigo? Encantada.

Amancio los ve alejarse hacia la pista de baile, tomados de la mano y cuchicheando entre risas. Horacio lo saca del caldo en que ha comenzado a hervir, señalando a Lara con la cabeza.

¡Felicitaciones! Gracias. Aunque a veces... A veces ¿qué? Mirá, estar con una mujer tan joven y bonita, por momentos es como hacer la colimba. Tenés que estar pendiente de todos sus caprichos, de sus idas y venidas. Me imagino que tendrá sus compensaciones. Las tiene, pero con menos frecuencia de lo que tu fantasía sueña. Yo te lo digo, viejo. A todas las minas, jóvenes o viejas, suele dolerles la cabeza, o están indispuestas o qué sé yo, poné la excusa que quieras. La verdad es que el programa siempre parece el mismo. Tengo una amiga que sostiene que a las mujeres en realidad no les gusta coger. Yo creo que les gusta, pero no les gusta que les guste. Ahora, contame, ¿cómo hacés vos, que sos viejo, feo y pobre, para enganchar un minón como éste? Con paciencia, mi querido, con mucha paciencia. Pero bueno, vamos a lo nuestro. No sé qué hacer con tu hermano. ¿Y pudiste arreglar algo con él? Ni me hables. Tu hermanito, mi querido, es imposible. Ahora se las agarró con que quiere todo de un saque. Te apretó. Como a una naranja. Yo le dije que no podía pretender sacarle jugo a un ladrillo. Pero él se puso durísimo. Últimamente no sé qué le pasa. Está más miserable que nunca. La verdad es que me dieron ganas de estrellarlo contra la pared. A mí también me dan ganas muchas veces. No puedo creer que sean hermanos. Son tan distintos... Siempre fuimos muy diferentes. A él le gusta la guita por sobre todas las cosas. A mí me gusta vivir. Él no vive sino para amarrocar. No sé cómo agarrarlo. Ahora se puso con que me va a quitar La Rencorosa. Si hace eso, es mi fin. Si me hace juicio, se me va a venir todo el malón encima. Lo que pasa es que le tiene echado el ojo al campito. Un amigo me aconseja que vaya y le saque los cheques de prepo. ¿Así, de puro macho? Sí, que lo amenace, él asegura que Elías debe de ser un cagón. ¿Qué, lo conoce? No. ¿Y entonces cómo sabe? Qué sé yo, se lo imaginará por la descripción que le hice.

El entrelíneas le da a Horacio en los huevos: los judíos son cagones. Lo escuchó mil veces, en la primaria, en la secundaria. En su interior se le aprieta un nudo de rencor y desprecio: *Si este idiota supiera quién es Elías.*

La historia de su hermano y las pocas veces que lo vio furioso le bastan para inspirarle un temor absoluto. Debajo del prestamista calculador y medido hay una bestia lista para atacar. Un hombre decidido, alguien que ya ha matado y que está en condiciones de hacerlo nuevamente. Amancio cree que puede asustarlo con facilidad. Si lo convence para que amenace a Elías, el resultado sólo puede ser que uno de los dos, o los dos, terminen muertos. Si su hermano muere, él es su único heredero. Si muere Amancio, el mundo no perderá mucho. El riesgo es que la cosa salga mal y se descubra su complicidad, algo que siempre puede negarse. Lo más probable es que cuando lo apriete, Elías le salte encima y no le deje más alternativa que liquidarlo. En todo caso, es una ficha jugada al cinco, si sale el cinco, bien y si no sale, no va a estar mucho peor que ahora. El premio bien vale el riesgo, concluye.

Claro, la idea no es mala, pero tenés que darle un susto mayúsculo para que afloje. ¿Cómo? Mirá, Elías le tiene terror a las armas de fuego, es algo que le quedó de la guerra. Y entonces. ¿Tenés una pistola? Tengo. Andá a verlo y encañonalo. Yo a las siete me rajo. Así que si llegás después, lo agarrás solo y yo no me veo obligado a intervenir. ¿Te parece? Mirá, tengo otra idea: para que lo tomes por sorpresa, te doy las llaves. Entrás sin hacer ruido y le pegás un susto de muerte. Vas a ver cómo se achica. ¿Y si no se achica? Te digo que se achica. Es mi hermano, ¿no lo voy a conocer? ¿Y si se hace el loco? Bueno, estarás armado. Eh, mi viejo, ¿qué estás diciendo? A buen entendedor pocas palabras. ¿Estás loco? El que está loco sos vos, si creés que lo vas a convencer por las buenas. Él te va a arruinar. Te lo digo yo. Pero ¿te das cuenta de lo que estás diciendo? Si en el peor de los casos Elías muere, se resuelven todos tus problemas y, de paso, los míos también. No sé, viejo, me parece que...

Pam, pam, papam. El baile cesa repentinamente y, como si fuera la hora de Pavlov, toda la concurrencia se pone de pie. Unánime solemnidad ante los

acordes del himno nacional. Los militares se cuadran y ostentan patriotismo con tensas venias. Se canta el «Oíd, mortales», alguien saca a relucir un pretencioso registro de barítono. Lara y Ramiro aprovechan para acomodarse en el lugar más alejado de la pista, fuera de la vista de Amancio. Horacio está pendiente de alguien a su derecha. Con los repetidos juremos con gloria morir, finaliza el homenaje a la patria y hay estruendo de sillas mientras vuelve el caos de risas y voces. A Horacio la vista de la presa le despierta el instinto predador.

¿Viste quién está ahí? ¿Quién? La Quiroga, hace rato que le tengo hambre. Disculpame un momento. Está bien.

Horacio se acerca a la mesa donde se encuentra Isondú Quiroga, joven representante de la nobleza provincial, tres veces Reina de la Yerba Mate, hija del propietario del mayor yerbatal de Misiones. Tiene tanto de dama como de animalito cerril y sus ojos brillan como dos carbones encendidos sobre su piel aceituna. Está para comérsela, piensa Horacio ya sentado al lado de su sonrisa. Amancio, con no poca envidia carcomiéndole el alma, se ha quedado pensativo y solo en su mesa. De pronto recuerda a Lara. En vano recorre con la vista todo el salón, han desaparecido. Se sirve una copa de champán y la apura por su garganta. Recorre el lugar, revisa los salones contiguos, nada, vuelve a la mesa y se sienta nuevamente. Pasa una hora, dos, algún conocido habla ocasionalmente con él, que no deja de rastrear a su mujer. Pasa otra hora, los convidados comienzan a retirarse, la fiesta inicia su agonía. Amancio no ha dejado de beber y de buscarla, pero sus sentidos empiezan a traicionarlo. Horacio se acerca a despedirse, le susurra al oído...

Lo que hablamos. Si se te ocurre, ésta es la llave de abajo y ésta, la de arriba. Mañana va a estar hasta tarde. Pensalo. Mis cariños al bomboncito.

... y sale del salón tomado por la cintura con Isondú. Amancio observa las llaves que le entregó como si fueran un talismán. Cuando se convence de que Lara no volverá, se las mete en el bolsillo, se levanta y enfila hacia la calle. En la vereda se da cuenta de que está demasiado borracho para manejar, y toma un taxi hasta su casa. Su cabeza es un *maelstrom*. Horacio le

ha dicho que, si es necesario, mate a su hermano. Esa muerte sería la mejor solución a sus problemas. Pero matar a un tipo..., no sabe si se anima. Darle un susto puede ser, pero ¿matarlo? Por su imaginación pasa el cadáver de Biterman y la escena le repugna. Le oyó decir a Giribaldi que muchos, a la hora de morir, se cagan encima. Si el miedo no da resultado, siempre puedo pedirle a Giri que se haga cargo del ruso. Total, un muerto más, ¿qué le hace?

Amanece. Amancio, con su smoking desaliñado, duerme en el sillón del living. Y continúa durmiendo hasta casi las siete de la tarde, cuando el ruido de la puerta lo despierta sobresaltado. Es Lara que regresa agotada.

Llegó la señora. Ay, Amancio, no empieces. ¡Me querés decir de dónde venís! No me hagas acordar, que me vuelvo. Estuviste toda la noche y todo el día fuera de casa, me podés explicar qué pasó. Nada pasó, ¿qué va a pasar? Ramiro nos invitó a su yate y ya sabés cómo son esas cosas. Cuando te estás divirtiendo, el tiempo vuela. Claro, que la mujer de uno desaparezca un día entero es de lo más divertido. No te alteres, que te va a subir la presión y ya tenés suficientes problemas. La que no tiene ningún problema sos vos. ¿No te parece humillante que te pongas a coquetear descaradamente delante de mí y que después me dejes plantado frente a todo el mundo? No digas pavadas. Pavadas, naciste puta y morirás puta. Al menos yo sé lo que soy. Vos sos puto y no te diste cuenta. ¿Qué dijiste? Diez mil. ¿Cómo? Dije que diez mil. ¿De qué hablás? De lo que me resbalaste de la cartera la otra noche. No sé nada de eso. Mirá, yo habré estado dormida, pero no tanto. Me acosté con treinta mil pesos y me desperté con veinte. Pero ¿vos creés que yo necesito afanarte diez lucas? La otra vez me robaste cinco. Dejate de joder. Vos mejor producí algún resultado. Yo no te voy a bancar mucho tiempo más. Acá el que tiene que ponerse sos vos, ¿o no sos el hombre de este negocio? ¿Me entendiste? Lo único que te interesa es la plata. Mirá, mamá me enseñó que el que me desviste, me viste. Y no me vengas con tu tonito campestre, querido. En el fondo sos un vulgar cafishio. Cada uno tiene lo que se merece. Vos me engañaste con el cuento del estanciero, pero ya se te cayeron todas las caretas. Te aviso, tenés los días contados.

Mejorás la situación o en cualquier momento no me ves más la cara. ¿Así de simple? Así de simple es la cosa.

Lara desaparece rumbo al dormitorio dejando a Amancio masticando rabia e impotencia. Se sirve una copa de whisky y se la zampa como un latigazo, pero su estómago rechaza la bebida y lo obliga a ir a abrazarse al retrete en el baño de las visitas y vomitar hasta que no le quedan más que una docena de arcadas secas y dolorosas. Se levanta como puede, regresa al living y se derrumba nuevamente en el sillón. A eso de las once de la noche, despierta para ver a Lara a punto de irse nuevamente.

¿Qué hacés, adónde vas? Me voy a tomar un café con una amiga, ¿algún problema? No, porque si tenés algún problema, allí está la puerta. También está para vos. Sí, pero la que paga el alquiler soy yo. Así que me parece que la salida es tuya. Basta, Lara. Eso es lo que digo yo. Basta, no quiero pelear con vos. Me parece muy bien. No seas tan pesimista. Ya tengo suficientes presiones. No me agregues más. ¿No te parece que ya hace mucho tiempo que me vengo bancando todo? Teneme un poco más de fe. Yo te tengo toda la fe que quieras. Pero no va a ser la fe la que pague las cuentas, y con este asunto yo ya me estoy sintiendo la reina de las boludas. Vas a ver que pronto voy a solucionar todo. Más te vale.

Desolado y confuso, Amancio oye el ascensor al abrirse y al cerrarse, el motor distante en la azotea poblada de sombras. Como un relámpago, piensa que ha salido a encontrarse con Horacio. Aunque no, no han tenido oportunidad para arreglarlo. En ningún momento estuvieron solos. Pero el intercambio de miradas ardientes no le pasó desapercibido. Amancio está enamorado de Lara, metido hasta el cuello. Siente, sabe, que es mucho más de lo que se merece. El cuento de la amiga no se lo traga ni por un instante. Será Ramiro, entonces, o su jefe, ese Polaco con un apellido que tiene más consonantes que vocales. Y él no puede hacer nada para evitarlo, como tampoco puede impedir que la sangre se le suba a la cabeza y le anude el pecho. No tiene ningún poder sobre Lara, ninguna influencia, nada que a ella le interese como para endulzarle la actitud. Le ha puesto plazo y el reloj lo está corriendo. Se sirve y empina un Tres Plumas. La bebida es una manada

de gatos rabiosos que cae por su garganta. Se toma uno más para ahogarlos, y otro, y otro. Finalmente comienza a serenarse y la imagen de Lara desnuda, encima del Polaco, se desdibuja y pierde importancia. El cuerpo se le ha entibiado, el dolor anestesiado y el odio enfriado. Tras el quinto o sexto trago, hace añicos la botella vacía contra el piso y piensa que Biterman, los judíos, los polacos, son los culpables de que todo se esté acabando. Va hasta la vitrina, tiene en los labios una sonrisa boba. Abre el cajón, saca la 9 mm. La acaricia, está tan fría como él mismo. Abre la caja de balas con punta de acero, extrae el peine de la culata, carga uno a uno los ocho cartuchos y se la echa a la cintura. En la caja ha quedado un último proyectil, se lo mete en el bolsillo. Va al dormitorio, busca su chaqueta de Félix, que ya está empezando a sacar lustrina en las solapas, y se la pone. Se arregla la corbata de escudos y sale.

Yo le voy a enseñar a ese judío de mierda cuántos pares son dos botas.

Cuando abre y cierra las puertas del ascensor, y oye el motor arriba, piensa que él también puede irse, y se va con la sensación de que ahora todo cambiará. Que es el judío el que le trae la mala suerte. Siente que está al mando de la situación.

Capítulo 12

Parecía estar prisionero dentro de su cuerpo. Siempre apurado, como tratando de salirse de la carne. Siempre corriendo, siempre huyendo, siempre sediento, siempre al frente, siempre cruzando las calles sin fijarse. Eva se pasa todo el día pensando en Manuel. La falta de futuro. La clandestinidad tiene el efecto devastador de hacer que todo adquiera carácter provisorio, precario, turbio. La calentura que se les despertó, cuando aún eran militantes de superficie, en aquella manifestación frente al Ministerio de Bienestar Social, coreando junto a doscientas mil voces: *López Re López Re López Rega la puta que te parió*, no evolucionó en amor verdadero, si es que tal cosa existe. La causa fue más importante, y el futuro, una sentencia de ejecución postergada sin que se supiera por cuánto tiempo. Manuel nunca sería el padre de su hijo. Su muerte no es sino la confirmación de esa certeza. Las misiones los separaron y cada uno enfrentó convencido la singular tarea de cambiar el mundo por la fuerza, lo quisiera el mundo o no. Eran parte de una juventud violentamente catequizada por las palabras de los nuevos profetas, como el Che que para la breve historia de los jóvenes se expresaba con frases célebres: *Déjeme decirle, a riesgo de parecer ridículo, que el verdadero guerrillero está guiado por profundos sentimientos de amor*. La muerte y el sexo, que siempre vienen mezclados, se combinaron en ellos en proporciones desequilibradas. El resultado fue un cóctel letal. Aquella última vez que él la habitó, velozmente, como en un sueño, a las apuradas, en el aguantadero de Villa Martelli, no alcanzó para el orgasmo ni para que él se diera por enterado del atraso, de la ensoñación, de esa idea cada día más urgente de abandonar la lucha armada.

Eva no quiere morir, no quiere que le maten al niño que le crece dentro,

cuya presencia certifican mejor las sensaciones de su cuerpo que cualquier examen. Se alegra de que no capturaran vivo a Manuel, de que se hubiera entregado al enfrentamiento y con la muerte le escatimara su cuerpo al tormento de la parrilla, del submarino, a los golpes y a los simulacros de fusilamiento. Se odia por tener eso como único consuelo y lo odia por haberse inmolado. Y, por muerto que esté, no le perdona no haberse enterado, no ser el padre de su hijo, no haber estado más cerca. Ahora se le hacen gráficas las palabras de Nuria Espert recitando *Yerma* en un teatro de la calle Corrientes, sobre una lona tensada, cuando le pregunta a la vecina encinta, con la nostalgia de lo que nunca se tendrá:

¿Qué se siente estando embarazada? ¿Has tenido alguna vez un pájaro vivo en la mano? Es lo mismo, pero por dentro de la sangre.

Hoy el mundo le parece más distante y se siente menos responsable de él. Ahora desea vivir y sueña con el momento en que pondrá sus tetas, que ya comienzan a reventarle los corpiños, en la boca del niño que flota dentro suyo y que no sabe nada de la estupidez de los hombres. Siente una necesidad nueva, imperiosa, inmediata de ser abrazada. Está sola en esta casa extraña de la cual puede irse fácilmente, pero Eva ya no quiere escapar más, quiere estar así, tendida en el sofá, viendo cómo huyen las horas, gozando de este silencio o, al menos, de la amortiguación del estruendo del mundo. Sólo quiere empollar, y por momentos le da risa, le dan ganas de ponerse a cacarear o a llorar. La piel se le ha puesto más lisa, más suave, el pelo más brillante. Se imagina una niña. Haciéndole trencitas para ir a la escuela, no sea que los piojos... Se imagina un niño en el parque con una pelota roja. El mundo podrá no ser mejor para todos pero sí para mi hijo. Piensa, recuerda:

... He ido tan lejos en el lago de sangre que ganar la otra orilla es tan difícil como volver atrás...

... y sabe también que no quiere volver atrás, que no puede desembarazarse y tiene miedo. Se le hace patente que sólo hay dos clases de cobardes: los que huyen para atrás y los que huyen para adelante. Éste es el momento de planear la fuga, porque está cercada. Le parece oír el ladrido de los perros de la dictadura husmeando las calles en su busca, las bocas

babosas. Ellos pueden oler su sudor, su aroma de hembra preñada. Ahuyenta esos pensamientos porque de ningún modo va a permitir que se le metan dentro. Quisiera volver a ser niña, sentirse protegida, evadirse de la preocupación, y sueña con otra geografía, sueña con el mar y comienza a organizar su exilio.

Balance: estoy viva. Por el momento este refugio es perfecto. Estoy en la casa de un cana que no hace preguntas, que me intriga, ¿qué quiere conmigo? Dice que ayudarme. Las tres cosas que necesito comienzan con D: dinero, documentos, disfraz. Pongámoslo a prueba. Están los dos fajos de dólares que Tony Ventura dejó escondidos en el quilombo, que quedaron allí y Lascano no vio. Tengo que encontrar la manera de llegar a ellos. No puedo presentarme en la casa ante un eventual consigna y decirle que preciso buscar algo que me olvidé. Ni siquiera me atrevo a salir a la calle sola. Tengo que idear algo para que Lascano me abra esa puerta. Documentos. En esto sí me puede ayudar, el Departamento de Policía es el principal productor de documentación falsa, pero cómo pedirselo sin delatarme. El disfraz es lo más fácil. El tailleur tostado que está en el closet, aunque es de verano, me transformará, en cuanto me lo ponga y me haga el rodete, en una señora bien de Barrio Norte. Entonces tendré que operar sobre Lascano. Estudiemos sus movimientos. Me guarda una rara mezcla de admiración y temor. ¿Qué le pasa a este tipo? Cuando me encontró fue como si hubiese visto un fantasma. ¿Qué le pasa?, tengo que saber más.

Eva se pone de pie, va hasta la cocina y se prepara un té. Con la taza en la mano, dándole pequeños sorbos con burbujas al líquido caliente, gozando de la sensación de lengua estragada, como cuando era pequeña, camina por la casa. Se mete en la habitación, abre los cajones, los inspecciona cuidando de que todo vuelva al lugar y posición en que estaba. Calzoncillos, medias, camisas, pañuelos, corbatas. El fondo del cajón de la mesa de luz está forrado con hule. Hay varios paquetes de cigarrillos vacíos, papeles, una birrome agotada, una maraña de facturas viejas que revisa sin demasiadas expectativas, gas, luz, teléfono, cajitas ya sin fósforos, kipple. Cuando los regresa a su sitio, nota que algo abulta bajo la tela, la levanta y cree ver un

espejo, pero no, es una fotografía. Allí está ella misma en el Ital Park, abrazada a Lascano, ambos sonriendo a la cámara. Cae sentada en la cama, ahora es ella quien ve un espectro. Va al baño, se mira alternativamente en el espejo y en la foto. Comprende por qué este hombre la protege, la ayuda. Se da cuenta de que esa mujer lo abandonó o murió, seguramente lo último porque él tiene la expresión apagada del viudo prematuro, y entiende por qué no sabe qué hacer con ella. En ese instante todo se hace claro, vuelve a la cama de él y examina la foto más detenidamente. Se los ve felices, queriéndose, mientras, por detrás, en la montaña rusa, en el carrito que desciende a toda velocidad bajo luces fucsia, verde y amarillo, la gente se precipita aterrorizada y fuera de foco. Lascano tiene una bella sonrisa que ella nunca ha visto. La piel le brilla, en contraste con ese color de mate amargo que tiene ahora, y entiende su dolor, la dicha perdida. Una lágrima cae y corre sobre las sales de plata inmovilizadas para siempre sobre la placa. Se desploma, se abraza a la almohada que guarda su perfume y llora y llora su propio dolor hasta que se apagan las luces del día. Se duerme, y en el sueño se le confunden Lascano, su hijo creciéndole dentro, la mujer de la instantánea, y ella misma. Hay un parque donde el césped se encuentra con el mar, donde todo es amable, sincero y tibio.

Ruidos. Eva se levanta de un salto, esconde la foto y se escabulle mientras Lascano, de espaldas, está girando la llave. Ella finge que sale del baño con el corazón puñeteándola desde adentro y se le encienden las mejillas. A él se le insinúa una sonrisa que es como un fosfeno que apaga rápidamente como si de pronto hubiera recordado una grave y triste obligación. Sucede aquí ese instante en que los ojos de hombre y mujer se engarzan, ambos sienten que la cosa se ha puesto seria. Tratan de ocultarse esa revelación y se ponen en movimiento al mismo tiempo, los cuerpos tropiezan: el deseo les ha hincado el garfio y ya nos los va a soltar, aunque por el momento cada uno se haya recluido en su propia soledad. Ella al menos tiene al niño entibiándole la panza. Él no tiene nada más que la imagen que encuentra bajo la almohada sin preguntarse cómo habrá ido a parar allí, acostumbrado como está a que Marisa lo asalte en cualquier momento, en cualquier lugar. En la sala, Eva quiere reír y llorar mientras va quedándose dormida en el sofá. Mañana será otro día, decía siempre su

abuela, campeona de lo obvio, cuando le daba el tranquilizador beso de las buenas noches.

Capítulo 13

No lo oyó salir. Al abrir las celosías, por la ventana se derrama un jueves espléndido que la hace sentir llena de vida. El reloj le revela que durmió doce horas corridas. El cuerpo agradecido. Piensa en Lascano, en su tristeza, en su no saber qué hacer con ella, con esta réplica de su amada que se le apareció y cuida como si de algún modo estuviera protegiendo a su mujer muerta. El tipo tiene edad suficiente para ser su padre, pero no lo es. Siempre se sintió atraída por los hombres grandes. En la secundaria, cuando sus amigas cuchicheaban sobre los chicos de quinto, ella prefería fantasear con los padres de sus compañeras. Unas buenas arruguitas sonriéndole desde los costados de los ojos tenían para ella más poder de seducción que las poses afectadas de los adolescentes, siempre queriendo parecer más hombres, siempre tratando de que se les despegue lo nene. A Eva la seducía mucho más un maduro bien plantado, cuyo niño se expresara libremente pero a voluntad, y no a traición cuando menos se lo espera.

Tocada con un pañuelo floreado que la avejenta diez años y empujando el carrito de las compras, sale. Va al mercado que todos los jueves corta una calle cercana al estruendo de los automóviles. La libre importación derrama sobre los puestos frutas de todos colores: mangos, ciruelas, peras, papayas y melones en lo más crudo del invierno. Los verduleros en sus tinglados gritan sus ofertas, los carniceros piropean a las vecinas, distrayéndolas, mientras las trampean con la balanza. Es éste un mundo aparte, un breve recreo, un oasis de mandarina que dura medio día y llena los changuitos de ensaladas. Mire qué huevos, vocea pícaro el de la granja al paso de Eva. Y ella le mira los huevos y en verdad que son lindos. Marrones, grandes, lisos. Lleve, doña, son de doble yema.

La tarde es en la cocina. Mete en el horno un peceto mechado con panceta, ajo, perejil y zanahoria, y rodeado de papas, como hacía su abuela. Diez minutos de horno a fuego grande, para que se dore, luego baja a media llama y en una horita estará listo el manjar. Algo simple y sabroso con lo que quiere agasajar a su protector. ¿Por qué? Porque la cuida y porque, sabe, él será el salvoconducto que la alejará de esta pesadilla en la que se ha convertido esta patria en la que no quiere pensar, y también porque sí. Ahora quiere adelantarse, verse en la playa con su niña disfrutando del horizonte, y quererla y contarle de tal modo que ella no tenga que pasar por todo lo que su madre tiene que vivir. *¿Y si es varón?* Ahí la cosa se le pone más difícil, no logra imaginarse con un niño. *¿Cómo, de qué se le habla a un varoncito?* Así que para sus sueños, resuelve que será niña, si no ya veremos. La casa se llena de olor a comida. Tiene la sensación de que es domingo y se descubre ansiosa por la llegada de Lascano, que hoy está más demorado que de costumbre. La aprensión de que pueda haberle pasado algo le agujijonea el pecho, pero en ese momento la puerta se abre.

No mires. Tengo una sorpresa. ¿Qué es? Si te lo digo ya no es sorpresa. Cerrá los ojos y dame la mano. Chiquita, déjese de pavadas. No son pavadas, estuve trabajando toda la tarde. A ver. Ya podés abrirlos. ¿Y esto? Lo hice yo solita. Bueno, bueno, vamos a probarlo.

El Perro, con la precisión de un cirujano, parte en dos la rodaja de peceto que humea en su plato, justo por donde el amasijo de vegetales le aroma el corazón. Corta un triángulo que incluye parte de la verdurita, de la pulpa roja del centro y de la fina costra dorada y se lo lleva a la boca. No se ha equivocado la chiquita en la elección del corte. ¡Ah, carne argentina! Consistencia perfecta, no tiene la blandura dócil del lomo, al peceto hay que darle batalla, triturarlo con las muelas para que derrame sus jugos sobre la lengua con la gustosa complicidad del ajo y el perejil. Reconfortante la proteína le cae por la garganta alegrándole el alma. A la hora de comer vuelve a ser el niño que regresa del colegio. Lascano sirve vino. Eva espera su reacción.

¿Usted no come? Esto le ha salido perfecto. ¿Te gusta? Está delicioso.

Los ojos de Lascano saltan de la carne a las papas, a la copa, a Eva, a su boca, y sonrío francamente.

La verdad, chiquita, se lució. La carne no tiene secretos para usted.

A ella, la insinuación le sale sin aviso, como una traición.

Hablando de carne, todavía falta lo mejor. Ah, sí, ¿qué es? El postre. ¿También lo hizo usted? La idea es que lo hagamos entre los dos. ¿Con qué ingredientes? Misterio, silencio, la lluvia y el viento. ¿Y cómo se llama ese postre? Es francés, se llama petite mort. No sabía que hablaba francés. Hay muchas cosas que no sabés de mí. Eso es cierto. ¿No te da curiosidad? Un poco... ¿Cómo tengo que hacer para que te des cuenta de que estoy muerta con vos? Chiquita, la prefiero viva. ¿Te vas a hacer el estúpido mucho tiempo más? Todo lo que pueda. ¿Y por qué? Perdóneme, pero yo ya no estoy para esas cosas. ¿Para qué cosas? Esas cosas románticas, la cena, los mohínes, las insinuaciones. Todo el mundo está para esas cosas. El que no lo está es porque se murió y no le avisaron. Es probable que tenga razón. Tenés miedo. Yo ya sé cómo termina esto. ¿Ah, sí? ¿Y cómo termina, si se puede saber? En que uno de los dos acaba sufriendo, o los dos. ¿Y con eso qué hay? A lo mejor a usted le gusta sufrir. A mí no. Entonces, si pensás así, ¿por qué no te matás? ¿Y eso qué tiene que ver? Algún día te vas a morir, lo sabés. Todos nos vamos a morir un día. No amar por temor a sufrir es como no vivir por temor a morir. ¿Filósofa la señorita? ¿Cagón el señor? No se ponga así. ¿Y cómo querés que me ponga? ¿Creés que no me doy cuenta de cómo me mirás? Dale, viejo, si el deseo te sale por todos los poros. Usted dijo la palabra justa: viejo. Yo soy muy viejo para usted. Es verdad que me gusta, usted es muy linda, pero yo ya no ando para estos trotes. Pero ¿será posible? Me mato preparándote una sorpresa, no hago más que insinuarme y vos no te prendés en ninguna. ¿Qué, te doy asco? Pero no, ¿cómo me va a dar asco? Lo que pasa es que el amor es muy peligroso. Pero mirá un poco vos. Un tipo que se la pasa tratando todo el día con delincuentes y asesinos le tiene miedo a unos arrumacos. Esto sí que es una sorpresa. Mire, a mí un enfrentamiento armado, un tiroteo personal, me dejan frío como un pez, pero le tengo aversión a los

asesinatos en masa, a las catástrofes. ¿Y qué, el amor es una catástrofe? Perdóneme. Catástrofe. ¿No te das cuenta de que esto es lo único que tenés? No me mires con esa cara de tarado. Estamos vivos ahora, estamos solos, yo te gusto, vos me gustás. Vos estás caliente conmigo, yo estoy caliente con vos. Esto es lo único que existe. Mañana podemos estar muertos los dos. ¿Qué esperás, la carroza? Yo ya no espero nada. Entonces llorá solo, morite solo. ¿Está enojada? Sí, y mucho. ¿Esto es una pelea? No, un dibujito animado. Ésta es sólo la primera de muchas. La segunda. Yo, ahora, te digo, me pasaría la vida peleando con vos. ¿Lo ve?, ya estamos locos. ¿Y a quién le interesa estar cuerdo en este momento?

Silencio. Lascano, arrinconado en un extremo del sofá, simula estar curiosamente interesado en la punta de sus zapatos. En el otro rincón, a horcajadas sobre el brazo, Eva lo contempla. Cada uno de sus músculos está en tensión. Toma aire y se afloja, se deja caer blandamente hasta el asiento y, haciéndolo, lo pateo suavemente. No va a dejarlo escapar tan fácilmente. Él levanta la cabeza, sus ojos nublados la llenan con una mezcla de piedad y bronca. Lo que necesita ahora es un hombre. Se acerca, él dice: *Déjese de macanas*. Ella, *bueno*, y le pasa los brazos por el cuello y acerca su cara y se aprietan los labios cerrados, y mientras le suben a la cabeza los aromas de ella, *perra caliente, puta, madre, hermana, hija*, y se le incrustan los pechos en el torso y se le abre la boca para que ella lo penetre con su lengua, se le ablanda el cuerpo de caricias postergado, de noches solitarias, y se siente tocado por manos que no son las suyas, por manos llenas de sorpresas, *¿adónde irá ahora?*, con ritmos nuevos, con suspiros y le renace triunfal el sexo y quiere volar y le crecen alas dolorosamente y se aferra a ella que responde recitando...

*... y entonces yo le pedí con mis ojos que me lo pidiera nuevamente, sí
y entonces él me preguntó si yo querría, sí
y primero puse mi brazos alrededor de él, sí
y lo bajé hacia mí para que pueda sentir todo el aroma de mis pechos, sí
y su corazón se puso como loco*

y sí yo dije sí yo quiero sí...

... y él se siente hombre nuevamente, ahora es el momento, y ya están desnudos y las pieles se tocan se rozan se erizan y las bocas entreabiertas lanzan vapores y las luces se ponen más brillantes al punto que es necesario interrumpir el abrazo bajarlas porque en la penumbra se ven mejor y esa breve separación recuerda tantas otras y urge el reencuentro de los cuerpos salados y pide que la encastre rápido y siente cómo lentamente entra la carne armada en la carne amada suscitando la mueca de dolor dulce y la mirada de vampiro cuando el sexo se pierde y ¿quién es quién ahora?, machito mío hembra habitada muslos como tenazas rígidos los músculos todo es canción de venas y huesos de pelos y sangre que corre y quiero más y más y dame todo puta mía y le besa los labios y mete sus dedos entre las dos bocas para que las manos certifiquen el juego de las lenguas fluidos que van y que vienen y que crecen y se multiplican y de abajo emergen olores a mar a moluscos a tormentas repentinas y a la arena después de la lluvia y quieren perderse en el otro ir más profundo a recobrar el paraíso perdido y dice matame o me estás matando y sentirse morir y abrazame fuerte no me dejes estás aquí sos real no hay más realidad que este placer y este dolor y son la lluvia y la tierra la tierra que finalmente nos devorará a todos pero que ahora le canta a las humedades que son una y son dos espaldas que deben acariciarse porque han quedado a la intemperie cabalgando la recta final donde el desmayo y la confusión de los sentidos son uno solo cuando huelo toco siento me siento y acabo y lentamente se ablanda el abrazo para permitir que las almas regresen a sus respectivos cuerpos dejando en el otro cicatrices de amor huellas de soledad. No digas nunca te quiero.

Lascano, tengo algo que decirte.

Diga.

Estoy embarazada.

¿Tan pronto?

Capítulo 14

Amancio estaciona su camioneta en la calle lateral. El frío de la noche se asemeja al de la furia que le ha dejado la discusión con Lara. Camina despacio y con rabia hasta la esquina. Le llegan los latigazos de dos luces de emergencia. En la vereda opuesta, en doble fila, hay dos Ford Falcon verde estacionados con luminarias portátiles imantadas al techo. Retrocede dos pasos hasta quedar bajo la sombra de los plátanos. Junto a uno de los autos hay un hombre joven, vestido de civil, con una Itaka en la mano. Más allá, frente a una casa de departamentos, hay otro armado con una Pam.

Siente un escalofrío. Recuerda lo inestables y celosas que son esas ametralladoras, la vez que se le descargó una que Giribaldi lo llevó a probar en un polígono del ejército. Los tiros se escaparon repentinamente sin que él hubiera hecho ningún movimiento ni tocado el gatillo. La Pam se puso a escupir balas sin control. Fue por obra y gracia de Dios que no se diera un tiro él mismo o a cualquiera de los que allí estaban. Desde ese episodio, le guarda a esa arma una mezcla de respeto y rencor. Tampoco olvida las risas de los militares amigos de Giribaldi, burlándose del susto que se había pegado.

Del edificio salen cuatro tipos armados trayendo a la rastra a una pareja. El hombre va tanteando el aire como hacen los ciegos. A ella la introducen a empujones en el asiento trasero del segundo auto. A él lo sueltan frente al primero. El que parece dirigir la operación le grita imperativo: *Subí*. El tipo sondea nerviosamente el ambiente con sus manos, uno de sus captores lo empuja haciendo que se golpee contra la puerta. Todos ríen. A Amancio le llama la atención que haya un subversivo ciego, pero bueno, nunca se sabe. Finalmente, es arrojado en el piso del asiento trasero. El resto del personal se

sube y los dos Falcon parten. Antes de llegar a la siguiente esquina, las luces son retiradas de los techos. Amancio camina hasta la casa de Biterman y abre con la llave que le entregó Horacio. En el palier hay olor a comida. Algo frito que le repugna. El ascensor produce un bum bum rítmico al subir que parece acompañar los latidos del corazón de Amancio, cada vez más acelerados. Siente las sístoles y diástoles golpeándole el cuello y las sienas. Tiene la vista algo nublada, en parte por el alcohol que ha bebido para darse coraje, en parte por la bronca que le quedó de la discusión con Lara y su salida de la casa. Comprende que no está en las mejores condiciones para lo que piensa hacer, se siente inseguro. Respira rápida y ruidosamente para ventilarse.

Al llegar al cuarto piso, no se percata de que es vigilado por una vecina a través de la mirilla, que se cierra en cuanto ingresa a la oficina de Biterman.

El prestamista está sentado en su escritorio revisando sus cuentas cuando advierte la presencia de Amancio, pistola en mano. Sin inmutarse, lo espía por encima de sus anteojos de leer.

¿Qué hacés aquí, cómo entraste? Eso no te importa. Vine a cancelar mi deuda. Dame los cheques. Está bien. No te pongas nervioso. Los tengo acá. No hagas ninguna piolada. Abrí el cajón despacito con la mano izquierda, poné la derecha sobre tu hombro. ¿Querés los cheques?, te los voy a dar. Dale, sacalos.

Sin dejar un instante de vigilarlo, Biterman abre el cajón lentamente. Amancio siente que le hierve la cara. No puede ver bien lo que hay en el cajón. Se pone en puntas para controlar que el judío no tenga allí un arma. Biterman se da cuenta de que, al hacerlo, ha dejado de apuntarle y decide aprovechar la situación. La fiera se desata y suelta un rugido feroz que atornilla a Amancio en sus zapatos. Con un zarpazo, le hace volar la mano. Con otro golpe quita de en medio el escritorio provocando una lluvia de gigantesco confeti, se abalanza sobre Amancio con toda su fuerza y peso y lo derriba. Amancio intenta resistir, pero ha caído con las piernas torcidas y su contrincante lo inmoviliza con una dolorosa palanca. Ahora tiene muy cerca de la suya la enorme cara de búfalo de Biterman, que escupe cuando habla. Intenta librarse con movimientos desesperados que sólo provocan en Elías una leve sonrisa. Se siente una hormiga pisoteada. Las piernas comienzan a

acalambrarse.

¿Te creías que vos, cajetilla inmundo, me ibas a asustar con tu pistolita? Ahora te la voy a meter por el culo para que aprendas. Bueno. Bueno, pequeño idiota. Mocasín. Da gracias que soy un hombre de negocios. Si te mato, no cobro más.

Repentinamente, Biterman, con las dos manos, le da un golpe en las orejas para aturdirlo. Recoge la pistola, se pone de pie y le pateo las costillas. Amancio boquea como una sardina fuera del agua.

Ah, debo decirte que esto ha aumentado tu deuda al doble y ha extinguido el plazo. Te cuento lo que vamos a hacer. Mañana, bien temprano, lo llamás al escribano y le llevás la escritura de La Rencorosa. Desde ahora es mía. Pero Biterman... Señor Biterman para vos. Dejate de joder. ¿A vos te parece que estoy jodiendo? No. Así está mejor. Pero más vale asegurarse.

Lo mira como a un insecto y le da tiempo para que recupere el aliento. Finalmente, entre toses, Amancio logra incorporarse y sentarse en el piso. Desde su posición, Elías puede patearlo y golpearlo a gusto si se le ocurre intentar algo. Amancio está azorado por el cambio que se ha producido en el judío. Tiene los ojos encendidos de un animal salvaje, la boca se le expande en una extraña sonrisa en la que se entrevé una dentadura muy blanca y dos colmillos afiladísimos. La violencia implícita en su musculatura no se afloja ni cuando sus modales recuperan el sosiego de siempre. Intimidado, Amancio vigila sus enormes pies y sus manos mientras se frota las costillas fisuradas. Cuando Elías se agacha a juntar algo del piso, el otro tiene un reflejo defensivo. Biterman tiene la actitud seria del boxeador viendo al rival desplomarse sin remedio.

No te asustes, sólo quería alcanzarte estas hojas para que las firmes. Ponete cómodo y firmá, una página en un costado y la otra al final. ¿En blanco?, ¿y si me niego? Salís con los pies para adelante. ¿Acá? Ahí y ahí... Bien. Dámelos... ¿Contento?, ¿me puedo ir? Una cosa más. ¿Cómo entraste...? Imbécil, ¿no ves que te tengo en mis manos? ¡Contestá!, ¿cómo entraste? Horacio. El otro gusano. Lo imaginaba.

Biterman lo toma por las solapas y lo pone de pie. Con un empujón, lo hace rebotar contra la pared, se le abre una herida en la ceja de la que comienza a manar sangre sobre sus ojos. Lo hace girar como a un muñeco y lo empuja fuera de la habitación. Amancio, mareado, sale dando cómicos pasos de baile. Otro empujón lo voltea junto a la puerta, que Biterman abre con violencia golpeándolo con ella. Lo toma de los fundillos y lo arroja contra el muro del palier, el salpicrete le muerde la cara. Ganando la posición dominante, Elías le saca el peine a la pistola y se lo guarda en el bolsillo. Luego la frota cuidadosamente con un pañuelo. Su experiencia le enseñó a odiar las armas y su prudencia a evitar involucrarse con ellas. Cuando termina de borrarle todas sus huellas, se la arroja a la cara. Amancio atina a protegerse con las manos. Cae la 9 mm entre sus piernas.

Tomá, nene, andá a jugar a los vaqueros.

Los ecos del portazo se van reverberando por el corredor. Pérez Lastra, sentado en el suelo, siente todos los golpes que ha recibido mientras se pone de pie trabajosamente. A medida que lo hace, el miedo se le va transformando en bronca. Piensa ahora en todo lo que sucederá. Ha perdido La Rencorosa, y en pocos días, cuando sus otros deudores se enteren, y se enterarán, se destapará la olla y comenzarán a lloverle los juicios penales. Se le representa ahora Lara, haciéndole chaucito con la mano, mientras a él se lo llevan esposado. Da un paso, el resabio de la pierna torcida le produce un relámpago de dolor. Se reclina contra la pared, el salpicrete le peina el saco azul mal entrazado con un mechón de canas grises. Siente deseos de llorar y de gritar. Busca un pañuelo en su bolsillo para secarse la sangre de la cara. Su mano tropieza con la última bala de la caja. Recoge la pistola, corre el cerrojo y la inserta en la recámara. Luego, se quita el saco y envuelve el arma con él. Avanza medio metro y llama con dos golpes fuertes. Oye los pasos acercándose. Retrocede, se apoya contra la pared y levanta la pistola envuelta en su saco. La puerta se abre de par en par, el vano es ocupado por la imponente figura del judío. Amancio aprieta los párpados y tira del gatillo. Biterman se mira el vientre asombrado. Luego levanta la vista, da un salto y lo agarra por el cuello. Caen al piso. Amancio siente las tenazas en que se han convertido las manos de Elías cortándole la respiración. Lo golpea en los

costados pero la presión no afloja. Siente que las fuerzas comienzan a abandonarlo. Lo invade una especie de resignación y se va aflojando. Sabe que está a punto de desmayarse y parece haberse ido todo deseo de vivir. De pronto, Biterman abre los ojos desmesuradamente y un hilo de sangre comienza a escapársele de la boca entreabierta. Una expresión de asombro le transforma la cara, sus manos se aflojan, cae su cabeza sobre el pecho de Amancio, comienza a atragantársele la respiración. Emite un sonido grave y profundo, sus músculos se ablandan, da unas patadas espasmódicas y se derrumba. Con el cuerpo inerte sobre él, Amancio recobra un poco de aliento y dificultosamente logra sacárselo de encima. Como puede, se levanta. Se encienden las luces del palier. Jadeando, oye el ascensor yendo hacia la planta baja. Velozmente agarra a Elías por las piernas, lo mete dentro del departamento, cierra y se deja caer en una silla. Allí permanece no sabe cuánto tiempo contemplando el cadáver, tratando de recuperarse, con puntadas por todas partes. Cuando se siente un poco más compuesto, se levanta y va al baño. Tiene magulladuras y cortes en la cara. En el cuello le han quedado marcados los dedos del prestamista. Abre la canilla y se moja la cara una y otra vez. Con la toalla se limpia la sangre que sigue brotando de su ceja, presiona, y vuelve para cerciorarse de que Biterman es cadáver. Se sienta nuevamente. Piensa, piensa: ¿Qué hago ahora? Se le ocurre una solución. Vuelve al baño, se arregla como puede. Sale.

Con el aire frío de la noche recupera algo del poco dominio que tiene sobre sí mismo. Tiembla. Inspira y exhala rápidamente varias veces. Se aleja unos pasos y se sienta en el escalón de una casa para terminar de recobrar.

Enfrente, en el lugar de donde se llevaron al ciego y la mujer, hay ahora un Mercedes 1518 blanco. En las puertas, dos trozos de papel madera que parecen cortados a mordiscones tapan las insignias de la marina de guerra. Varios conscriptos entran y salen cargando muebles, heladera, televisor, valijas y enseres domésticos que van colocando en la caja del camión, supervisados por el soberbio capitán rubio. Amancio comienza a sentirse algo más repuesto, se pone de pie, camina hasta la esquina. Se cerciora de que su auto está todavía donde lo dejó, cruza la calle, entra al café y se dirige al teléfono público. El gallego que pasa mecánicamente el trapo rejilla por el mostrador de formica lo detiene.

No pierda tiempo. Hace tres meses que pedí el arreglo. Si me paga la llamada, le presto éste. Muchas gracias.

El camarero pone el aparato sobre el mostrador y piensa que el tipo tiene la facha típica de alguien que ha recibido una paliza. Pero como no es cosa suya, haciendo alarde de discreción, se retira a repasar las mesas del salón, como si lo necesitaran.

Hola, Giri... Amancio... Nada... Todo mal... El ruso no era tan cagón... Se la tuve que dar... Sí... ¿Qué hago?... No jodas, te necesito... ¿Podés pasar por acá?... En un bar, en la esquina de Irigoyen y Pichincha. Sí, cerca de la plaza... Metele. Te espero... Dale.

Busca una mesa que da a la vereda desde donde puede controlar la casa de Elías y el trajín de los conscriptos cargando el camión. Ahora transportan cuadros, alfombras, ollas y cacerolas. Pide una Bols que el gallego le sirve a rebalsar en una copita de vidrio grueso. La bebe de un sorbo y pide otra. El brebaje le calienta el esófago y paulatinamente va dejando de temblar. Los dolores se le hacen más localizados, menos generales, lo ataca una jaqueca que cree va a combatir con su tercera ginebra. A no ser por los marinos de la mudanza, la calle está vacía. Piensa con satisfacción que Elías ya ha comenzado el proceso por el cual va a ir pudriéndose, llenándose de gusanos hasta desaparecer. Hacerlo desaparecer, ése es el problema que debe enfrentar. Podría dejarlo allí y que mañana Horacio se haga cargo del embrollo, después de todo... Pero no confía en él. Está seguro de que, en cuanto la policía lo apriete, cantará o se hará el inocente echándole todo el fardo. Por otro lado, si no hay cuerpo del delito, no habrá condena, aun cuando lleguen a él. Sí, el judío tiene que desaparecer. Con su muerte, Pérez Lastra se ha librado del problema de los cheques. Ahora que lo piensa, tiene que volver a buscarlos y también esas hojas que le hizo firmar. Se tantea el bolsillo, suspira aliviado, aún conserva las llaves que le dio Horacio. Giribaldi sabe qué hacer con un muerto.

Mientras tanto, con la cuarta copa, lo envuelve una modorra tibia. Se le aparece Gretschen, que a los catorce tenía ya unas tetas para un festival. Paseos a caballo en el campo de los tíos en Tapalqué. Su prima al galope por

la cañada, los pechos rebotando en sus ojos de doce años. Recostados en el trébol, ella le permitía que se los tocara y que le diera unos besos en la boca con los labios cerrados, y le decía que eran novios en secreto, porque los hijos de primos salían tarados, nadie debía enterarse. Por la noche, con el sol del día ardiéndoles aún en la piel, en el comedor, intercambiaban miradas pícaras y, más tarde, mientras las sábanas iban calentándose, Amancio se tomaba el sexo con las puntas del pulgar y del índice y se masturbaba lentamente imaginando que Gretschen, en la habitación contigua, hacía lo mismo pensando en él. Y luego, con cierta alegría, en el trozo de papel higiénico traído del cuarto de baño dejaba millones de hijos que nunca tendría.

Se sobresalta. Giri, en uniforme de fajina, golpea la vidriera. Amancio le hace señas para que entre. El militar se sienta frente a él, pide un submarino y repara en el camión de la armada.

Parece que alguien se está mudando. Parece.

Giribaldi nota las marcas en el rostro de Amancio.

¿Qué pasó? Cuando vio el arma se puso como loco y se me tiró encima. Estos judíos, cada vez más insolentes. No jodas. ¿Qué hago? Mirá, yo ahora no te puedo ayudar porque tengo algo que hacer. ¿Y? Dejame pensar. ¿Estás en auto? Lo tengo acá a la vuelta. Bien. Cargá el fiambre y lleváelo a dar una vuelta un rato. ¿Ubicás la ruta que corre al lado del Riachuelo? Sí, la que usábamos para ir al Autódromo. Ésa. Bueno, allí vamos a trasladar a unos perejiles. En un momento vas a ver una chocita de chapa medio destruida. Al lado hay una huella. Metete por allí, es como un pajonal. Vas a ver unos zurdos tirados por ahí. Dejá a tu judío junto a ellos. Y después, ¿qué hago? Te vas a tu casa. Yo me encargo de hacerlo desaparecer. No sabés cuánto te lo agradezco. Y los amigos, ¿para qué están? Me tengo que ir. Ojo, que no te vea nadie. Éstos ya están terminando. En cuanto se vayan cargate al ruso y llevalo a pasear. A eso de las siete tiralo donde te dije. Dalo por hecho. Con cuidado, ¿eh? No te preocupes. Preocupate vos. Me debés una. Estamos. Chau, mi viejo. Se te puso bravo el rusito, ¿eh? Prestame algo para pagar esto. Además tengo que darte guita. Dale, no jodas. Acá tenés, me debés dos.

Enfundado en su uniforme impecable, Giribaldi sube a su auto y sale arando. Los soldados terminan de cargar el camión. Amancio pide la cuenta, paga y sale. Una ráfaga lo azota mientras cruza la calle para entrar con un escalofrío al inmueble donde está Biterman muerto.

Siente un poco de asco al pensar que deberá tocar el cadáver. Arranca la cortina de un tirón, envuelve trabajosamente al muerto y con las sogas de la corredera hace un paquete. Se sienta. La tela comienza a teñirse de sangre. Se levanta. Sale al palier. Pulsa el botón del Otis. Cuando llega, lo abre. Vuelve. Con mucho esfuerzo arrastra el cuerpo hasta el ascensor y, también con grandes dificultades, logra meterlo adentro. Cierra y empieza el descenso. Tiene la impresión de que Biterman se ha movido. Cree oír un quejido. Aterrorizado, comienza a patear el bulto donde supone está la cabeza. Llega al nivel cero. Apaga la luz. Baja. Cierra el enrejado interior. Con una mano libera el mecanismo de seguridad que debe mantener la puerta trabada, mete la otra entre las rejas y presiona un botón. Retira la mano velozmente y se asoma para verlo subir. Suelta el mecanismo, el ascensor frena entre dos pisos. Con la culata de la pistola tuerce la planchuela que bloquea la puerta cuando el ascensor está en otro piso, sin advertir que ha quebrado la catcha. Cierra. Sale a la calle. Se da cuenta de que ha empezado a temblar nuevamente y se dice que es a causa del esfuerzo que le ha demandado mover el corpachón. Va hasta la esquina. Dobla. Se sube a su auto, pone marcha atrás, su pie patina del pedal de embrague, el coche da un salto y choca contra el camión estacionado detrás. Baja. Comprueba que le ha hecho un bollo al portón y que ha roto una de las luces de posición. Vuelve al volante, sale, da la vuelta y estaciona. Baja. Entra. De un tirón abre la puerta del elevador. Acciona con una mano el mecanismo de seguridad y con la otra presiona la llamada. El ascensor desciende. Llega. Abre. Oye un ruido en la calle. Se mete adentro. Cierra y sostiene el picaporte para que no se pueda abrir. Ruido de pasos. Alguien, un vecino, trata de abrir, golpea. Finalmente se va por la escalera refunfuñando. Amancio se asoma, escucha, arriba cesa el ruido de pasos. Va hasta la puerta de la calle, la abre y la traba con un broche de tender la ropa que encuentra por allí. Sale hasta la vereda, el barrio está desierto. Abre el portón de la Rural. Trasladar el cadáver y colocarlo en la parte trasera le provoca una puntada en el pecho, un instante de pánico, cree

que le va a reventar el corazón. Con la lona que utiliza para cubrir el auto en las noches de invierno, en el campo, cubre el paquete. Regresa, retira el broche, la puerta se cierra automáticamente con un bufido. Sube al auto. Arranca y sale. Los latidos de su corazón le retumban en los oídos. Está transpirando, ojos desorbitados en el espejo. Abre la ventanilla. El aire invernal le da de lleno en la cara. Cae en un bache que comprime los amortiguadores hasta el tope. El volante le transmite la desidia municipal.

Sale a Entre Ríos, circula lentamente por el centro de la avenida. Inspira profundamente, cuenta hasta diez, larga el aire, otra vez. *Los cheques, los cheques. ¡Putá madre, me olvidé los cheques!* Comienza a amanecer. Controla la hora. Llega a Vélez Sarsfield, rodea el puente, ya está junto al río estancado. Toma el pañuelo perfumado del bolsillo, conduce con una mano y con la otra se lo aplica sobre la nariz para paliar el olor a podrido. Recuerda que su padre, siempre que atravesaban el Riachuelo, hacía el mismo chiste: Respiren fuerte, chicos, que es bueno para la tos. La mañana está gris, no puede ver a más de diez metros, la niebla es como una pared que refracta las luces de su auto. Las apaga, baja la velocidad. Con esta visibilidad no sé cómo mierdas voy a encontrar la chocita. En ese momento la ve. Es como una pincelada marrón, planchada sobre el manto gris. Frena. Da marcha atrás lentamente hasta que la alcanza. Gira cruzando la avenida y se mete por la huella muy lentamente. A poco recorrer, divisa unos bultos. Hay un par de cadáveres en el suelo. Vientos encontrados comienzan a barrer la neblina. La chica tiene la cabeza destrozada a balazos, parte de su cerebro se ha derramado por lo que queda de su cara. Siente una arcada, se vuelve. Ya no quiere ver más. Abre el portón y encara la penosa tarea de extraer el cadáver. Quita la lona. Con el movimiento, la cortina que envuelve al muerto se ha descorrido dejando a la vista la panza del judío empapada en sangre. Cuando tira, comprueba que uno de los brazos ha ido a encajarse debajo de la rueda de auxilio. Amancio tiene la impresión de que el muerto no quiere separarse de él. Forcejea y sólo consigue que el brazo se encaje más. Con la llave cruz, suelta el tornillo que la mantiene fija. Finalmente consigue destrabar el brazo y sacar medio cuerpo fuera del auto. Lo toma por el cinturón y tira. La hebilla se rompe. Arroja con furia la lonja de cuero a un costado. Agarra a Elías por las piernas y logra sacarlo del auto. Cuando desata la sogá y lo desenvuelve,

para no dejar allí la cortina, advierte que el cuerpo ya va poniéndose rígido. Recupera el aliento. Hace un bollo con la tela y la arroja al río. Las aguas la embeben, la manchan. Se hunde lentamente, se convierte en un fantasma y desaparece. Sube al auto y desanda la huella marcha atrás. Cuando va alcanzando la avenida, ve que se acerca un coche con las luces encendidas. Toma el mismo carril y se aleja a toda velocidad. En el espejo, las luces del otro vehículo se van achicando rápidamente hasta que dejan de verse. Baja la velocidad y sigue recto hasta la General Paz. En lo único que piensa es en un whisky, un baño y una cama.

Capítulo 15

Cuando el personal ya se apura para irse, Lascano llega al Departamento de Policía. Quiere revisar prontuarios, expedientes, en el momento en que ya no queda casi nadie en los archivos y puede hacerlo sin testigos y sin dejar constancia de los antecedentes que investiga. Trabajo de oficina, el que menos le gusta.

Cinco horas de lectura le han nublado la vista, y los cigarrillos fumados en cadena le han dejado los pulmones llenos de hollín. Camina desde el Departamento hasta la última cuadra de Diagonal Norte, donde dejó su auto. Cuando está llegando, se mezcla con la gente que sale en grupo de la última función del Cine Arte. Ve de reojo el afiche de Pasqualino Setebelleze y se está abriendo paso entre la multitud cuando un griterío convoca la atención de todos.

Enfrente hay un Ford Falcon estacionado en doble fila, junto a él está parado un sujeto con una escopeta. Otros dos salen de una vivienda con sus pistolas desenfundadas, llevando a la rastra al muchacho, que grita nuevamente y se suelta de un tirón. Uno de ellos intenta golpearlo, pero erra. El joven corre, en mitad de la calle, entre los espectadores y sus perseguidores, tropieza, cae y es reapresado. El chico grita su nombre. Uno de los hombres se abalanza sobre él y lo golpea en la cabeza con su pistola. Lo cargan entre dos, lo llevan hasta el Falcon y lo meten adentro. El de la escopeta le apunta a la audiencia y gruñe algo que no se entiende, pero que todos comprenden y comienzan a dispersarse. Lascano, solo en la vereda, ve el Falcon desaparecer rápidamente cuando tuerce por Libertad.

Donde muere la Diagonal, detrás de los frondosos eucaliptos de la plaza Lavalle, se alza el solemne Palacio de Justicia, ciego, sucio y mudo.

Capítulo 16

A Lascano le agradan los suburbios. Le traen aromas de su infancia. Conoce estos lares y estas gentes como nadie. Acá las personas no han perdido su aire provinciano, pero lo tienen condimentado con la radiación escéptica que emite la ciudad, a veinte minutos por la Panamericana. Charcos, perros vagabundos, un bar donde se juega tute cabrero y el quinielero toma apuestas ilegales, el pregón del ropavejero. Pero no lo traen las nostalgias por aquí. Sobre la arcada de planchuelas nerviosas que adornan el ingreso, han colocado el cartel de chapa que, con pretenciosa letra sombreada, reza: «Aserradero La Fortuna». Es la única pista que le ha brindado el cadáver del hombre panzón plantado en la escena del fusilamiento. Como protagonizando una película policial, el Perro saca la tarjeta y corrobora que es el lugar donde busca la punta del hilo para desenmarañar la madeja del crimen. Y no se equivoca.

Esquivando los baches llenos de agua podrida con restos de viruta que dejan los camiones de carga, avanza resueltamente. Lo guía el chillido que hace la sierra al cortar un tablón, manipulado por un hombretón rubio vestido con mameluco. Al índice de su mano derecha le falta la última falange y una de sus pupilas está cubierta por un nubarrón blanco. El tipo no parece haber advertido su presencia, concentrado en el borde de la madera recién aserrada. Repentinamente, sin abandonar su obra, le habla.

¿En qué puedo serle útil, comisario? Buenos días.

Lascano saca la foto de Biterman y la arroja sobre el banco.

¿Sabe quién es?

El hombre cierra el ojo nublado y con el otro contempla la fotografía

indiferente.

Biterman. ¿Perdón? Biterman, un prestamista. Lo conoce. ¿Está muerto? Tan muerto como Gardel. ¿Cuál es su relación con él? Cuando estaba muy ahorcado me cambiaba cheques. Lo mataron por fin. ¿Cómo lo sabe? Si se hubiera muerto de gripe usted no estaría aquí. ¿Sabe quién pudo haber tenido motivos para asesinarlo? Sí. ¿Quién? Yo... y la mitad de la guía telefónica. El tipo era un miserable. La verdad, me alegro de que esté mirando la raíz del perejil. ¿Usted lo mató? Para mi fortuna, alguien se me adelantó. ¿Dónde estuvo el martes por la noche? ¿Vio el bar que está enfrente? Vaya y pregunte. Estuve viendo la biaba que le dio Galíndez a Skog. Además de los dueños y el mozo, había como veinte personas. Nos quedamos hasta tarde. ¿Qué, la televisaron? Ahora que lo pregunta, no, en realidad escuchamos el combate por la radio. Lo que pasa es que este locutor... Cafaretti. Ése, Cafaretti, relata tan bien que a uno le parece que está en el ringside. ¿Tiene la dirección de este... Biterman? La tengo. ¡Gladys! ¿Qué pasa? Dale acá al señor la dirección del ruso. Muchas gracias.

Lascano se aleja rumbo a la chica que lo aguarda en la puerta de la «oficina». A sus espaldas resuena el vozarrón del carpintero.

Si encuentra al que lo mató, dígame que yo le pago el abogado.

Capítulo 17

¿A qué se debe tanto misterio? Una sorpresa. ¿Otra sorpresa? Ésta es distinta. Vamos. ¿Adónde? A donde me encontraste. ¿Al prostíbulo? Precisamente. ¿Me va a decir de qué se trata? Cuando lleguemos. Cuánto misterio. Me tenés que jurar una cosa.

Ella está hermosa y él, en tren de prometerlo todo.

Voy a mostrarte algo que descubrí cuando ustedes reventaron el quilombo y yo me escondí. Ajá. Lo que encontré es muy importante. ¿Qué es? Dejame hablar. Todavía no hiciste el juramento. Hable. Quiero que me prometas que será para los dos. Sólo para los dos. ¿Y qué es? Prometémelo. Está bien, lo prometo. Bueno, vamos entonces.

La calle está desierta. Bajan rápidamente, Eva cruza y arranca las fajas pegoteadas sobre la puerta verde del burdel de Tony Ventura.

Eso es un delito, Eva. Haberte conocido a vos es un crimen.

Lascano la sigue escaleras arriba hasta la habitación donde está el tomacorriente falso.

Cerrá los ojos. ¿Otra vez? Que los cierres. Bueno, los cierro. ¡Sorpresa!

Lascano abre los ojos, las manos de Eva agitan dos fajos de dólares.

¡A la mierda! ¿Y esto qué es? Alimento para los canarios. Deben de tener mucha hambre. Famélicos. Chiquita, esto hay que entregarlo. Vos me lo prometiste. ¿Entregarlo a quién? No sé..., a la justicia. ¿A qué justicia? No me venga con eso, no es nuestro. Mirá, acá lo dice, el dinero es al portador. Es del que lo tiene. No sé. Yo sí sé, guardala vos, pero acordate

que es de los dos. Bueno, después vamos a ver qué hacemos con esto. Asegurarnos el futuro. Déjeme pensarlo. Pensá todo lo que quieras. Ya me las voy a arreglar para que entres en razón. Ahora tengo que ir a ver a tu amigo, el que me va a hacer los documentos. ¿Quiere que la lleve? No, si me voy a ir caminando.

Capítulo 18

Al terminar de cruzar la calle, Lascano aprieta la colilla entre el pulgar y el índice y la arroja con fuerza al pequeño torrente que fluye junto al cordón de la vereda. El portero es un provinciano hermético que enseguida se ha dado cuenta de que es policía. Lascano sabe inmediatamente que ese hombre ha estado preso y decide no interrogarlo por el momento. Pasa a su lado, se ignoran sin dejar de vigilarse. El edificio está en silencio. Sube al ascensor. La puerta tijera se traba cuando intenta cerrarla. Hay algo en la guía que no permite que corra suavemente. Con un pequeño tirón, logra descorrerla. Se agacha para recoger el pequeño trozo triangular que obstaculiza el cierre. Es un pedacito de plástico rugoso en el que ha quedado un cuarto de orificio, donde obviamente va un tornillo de fijación. Está seguro de que pertenece a la cachapa de una pistola. Se lo mete en el bolsillo. Comprueba con satisfacción que ahora la puerta se desliza con fluidez.

Buen día, soy el comisario Lascano. Buen día, comisario, ¿en qué puedo ayudarlo? ¿El señor Biterman? Servidor. ¿Usted es Biterman? Así es. Yo busco a otro Biterman. Será mi hermano. ¿Se encuentra él? Todavía no llegó. ¿Puedo pasar? Adelante. ¿Cuándo fue la última vez que lo vio? El martes por la tarde.

Mientras Horacio cierra la puerta, Lascano saca la foto Polaroid de su bolsillo, se vuelve y la planta frente a él observando su reacción.

¿Éste es su hermano? ¿Qué pasó? Lo asesinaron. Pero... ¿cómo... por qué... quién? Yo espero que usted me conteste esas preguntas. No sé quién pudo haber hecho una cosa así. Era un tipo querido, que no se metía con nadie. ¿A qué se dedican aquí? Finanzas. Ya veo. ¿Les va

bien? Modestamente, no nos podemos quejar. ¿Usted era socio de su hermano? Empleado. ¿Le importa si echo una ojeada? ¿Es necesario? Puedo traerle una orden de allanamiento o diez policías más, como prefiera. No, no hace falta, pase no más.

Con las manos en los bolsillos, para evitar tocar cualquier cosa, a Lascano le da la impresión de que la oficina está demasiado ordenada. Algo le dice que este lugar no es normalmente así. Sobre el escritorio hay una chequera del Banco de Crédito Comercial. Nota que una esquina está astillada y que el golpe fue reciente, porque de la rotura brotan unos pelitos de viruta fresca. En la pared hay una mancha negra que han tratado de limpiar. Le gustaría comprobar si todavía está húmeda, pero Horacio lo está estudiando con mirada de conejo y se abstiene. Pasa junto a él en silencio. La corredera de la cortina está caída y de ella pende un jirón de tela.

¿Tenía familia? Sólo yo. ¿Enemigos? Que yo sepa, no. Bueno, no quiero molestarlo más en este momento de dolor. Pero seguramente voy a necesitar hablar nuevamente con usted. Cuando guste. ¿Podrá ir a la Morgue a reconocer el cadáver? ¿Cuándo quiere que vaya? ¿Mañana a las once le viene bien? Sí. ¿Sabe dónde queda? No. Viamonte 2151. Allí estaré. ¿Su hermano era rico? Digamos que tenía un buen pasar. ¿Y usted? Me las arreglo. Mañana a las once, entonces.

Cuando abandona la oficina de los Biterman, Lascano ya sabe que Elías fue asesinado allí. Horacio no tiene ninguna señal de pelea y además se le ve muy pusilánime, pero no duda de que sea instigador, cerebro o cómplice. Como siempre, la pregunta es: ¿quién se beneficia con esta muerte? Horacio. Pero hay alguien más metido en el asunto, tengo que identificarlo antes de darle el apretón al hermanito. Mientras estas ideas le rondan la cabeza mientras aguarda la llegada del ascensor siente un ruido al costado. Finge un tos y con un golpe de vista pesca a la vecina curioseando a través de la mirilla. Cuando comienza a caminar hacia allí, se cierra de un golpe. Llama con los nudillos suavemente, por debajo de la puerta se cuelga la sombra de dos pies. Sonríe. La puerta se abre inmediatamente y aparece una mujer que andará por los setenta años, menuda, enérgica y tensa. Sus manos duras aferran un trapo rejilla immaculado. Huele a lavandina, viste un batón y calza

pantufas. Parece salida de una publicidad de detergente.

Buenos días, señora. Soy el comisario Lascano. ¿Cómo dice? Que soy el comisario Lascano, de la Policía. Ah, disculpe, es que estoy un poco sorda, el Pami todavía no me autorizó el audífono. Para lo que hay que escuchar hoy en día... ¿Puedo hablar un momento con usted? ¿Y cómo sé que es de la Policía?

Lascano chapea.

¿Satisfecha? Pase, por favor.

Es un dos ambientes parecido al de Biterman. Todo habla de una habitante obsesionada con la limpieza. A través del vano de la puerta del dormitorio, puede ver la funda de plástico que cubre la tele, rematada por un gallito de vidrio que predice el clima cambiando de color. El piso brilla. Si no fuera porque detrás de toda esa pulcritud puede adivinarse una vida mortalmente aburrida, o precisamente por ello, el lugar es de lo más tranquilizador.

Disculpe la molestia. No es molestia. Tome asiento, por favor. Gracias, ¿vive sola? Sí. Soy viuda. Mi hijo vive en Comodoro Rivadavia. Es ingeniero. Qué bien. ¿Conoce a sus vecinos, los Biterman? Conocerlos, lo que se dice conocerlos, no los conozco. Me los cruzo en el palier de vez en cuando. El menor es más simpático. El grandote nunca saluda. Siempre está como en otro planeta. ¿Qué me puede contar de ellos? Bueno, no viven aquí. Tienen la oficina. Pero si quiere saber a qué se dedican, le digo que no tengo ni idea. Lo que sé es que viene bastante gente. A veces me tocan el portero a mí. Se confunden. Ya veo. Y estos visitantes, ¿cómo son? Personas grandes, apuradas. Nadie se queda más de diez o quince minutos. De qué hablan, no me pregunte, porque no soy de meterme en la vida de nadie. Cada uno con sus cosas, es lo que yo pienso. Lo que sí sé es que estos dos se llevan muy mal. No me diga. Sí le digo. Ya ve cómo son estos departamentos modernos. Las paredes parecen de papel. Aunque una no quiera, se oye todo. Y eso que estoy medio sorda, así que imagínese. ¿Qué oyó? A cada rato andan a los gritos. Yo no presto atención, pero más de una vez les tuve que golpear la

pared para que dejen de gritarse. ¿Para tanto? La otra noche tuvieron un pelotera terrible. Yo ya estaba acostada. Para mí que se agarraron a trompadas. La verdad es que me dio miedo. ¿Cuándo fue eso? Déjeme ver..., el martes por la noche. ¿Está segura? Sí, porque ese día fui al dentista. ¿Y pudo ver algo? Cuando me levanté, miré por la mirilla, pero ya se había calmado todo... Me quedé tan nerviosa... Tuve que tomar la pastilla para volver a dormir. Muy bien. Muchas gracias por su ayuda. ¿Pasó algo grave? No sabemos. Tuvimos una queja y estamos investigando. Pero no debe haber sido más que una disputa entre hermanos. Sí, claro. Bueno, no la molesto más. No es molestia. Ah, una cosa más. Le pido que por el momento no le comente a nadie nuestra conversación. No se preocupe. Si necesita, estoy a su disposición. Muchas gracias. Buenos días. Buenos días.

Capítulo 19

Al despacho de Marraco se llega a través de un intrincado laberinto de estanterías colmadas de expedientes, en el sexto piso del Palacio de Tribunales. Lascano cree que la justicia casi siempre queda enredada en este mar de papeles que van y vienen, plazos, términos, oficios, cédulas, notificaciones, días de nota, casilleros, pase a la fiscalía, pase a los asesores, días que pasan, expedientes que crecen, abogados que suman más y más escritos, documentos, pruebas, traslados, pericias, trámites y más trámites hasta que nadie recuerda cómo comenzó todo o a nadie le quedan ganas de leerse un expediente de tres o cuatro volúmenes. El delincuente que tenga medios suficientes para alquilarse un abogado ducho quedará libre. Si carece de recursos, terminará contando los días que le faltan para salir, mientras aprende de sus errores y hace tiempo en «la escuelita», como llaman sus habitantes al penal de Devoto, porque allí se aprenden muchas cosas.

El juez está indicándole a un meritorio la forma de agregar los escritos a los expedientes y ubicar éstos en los anaqueles que están a sus espaldas. Es un muchachito de unos diecisiete años, un estudiante de Derecho que trabaja gratis para ir abriéndose paso en el escalafón judicial. Vivaz y curioso, ha estudiado rápidamente a Lascano. Hay entre ellos un reconocimiento familiar inmediato. Le cae bien el pibe. Lascano se sienta frente al juez y, mientras conversan, admira los movimientos precisos del joven clasificando y acomodando.

Comisario, tengo que felicitarlo. La operación de Gaspar Campos fue un éxito. Así que algunos se fueron caminando. Dos. ¿De dónde eran? Un coronel y su asistente. Bien, pero usted no vino para que lo felicite. No, vine por este otro asunto que también le cayó a usted. Los tres NN. Dos

NN...

Marraco le pide al pinche que le alcance el expediente. Lo abre, pasa dos o tres folios y señala un renglón con el dedo.

Acá dice tres. Pero hay uno que dejó de serlo. Se llamaba Biterman, Elías Biterman, era prestamista. Cuénteme cómo va ese asunto. Recibí una llamada porque un camionero informó sobre dos cadáveres tirados cerca del Riachuelo. ¿En qué quedamos, no eran tres? Ahí vamos. El tipo dijo dos. Ajá, ¿y entonces? El asunto es que cuando llego al lugar, una hora más tarde, me encuentro con tres cadáveres. Puede haber visto sólo dos, o haberse confundido. Es posible, pero me parece poco probable. ¿Por qué? Dos de ellos eran jóvenes y tenían la cabeza destrozada a balazos. ¿Y eso qué significa? Eso significa Fuerzas Armadas. ¿Cómo es eso? Bueno, en sus incursiones, todos los integrantes del grupo de tareas son obligados a dispararles a las víctimas a la cabeza. En fin, para que ninguno quede afuera del hecho... Mire usted... Bueno, lo cierto es que desde un principio me llamó la atención este Biterman. Tenía la cabeza intacta, los otros dos eran mucho más jóvenes y había grandes diferencias en el vestir. Por otra parte, mientras que los chicos estaban mojados por el rocío, Biterman estaba completamente seco. Bueno, unas cuantas diferencias... Pero eso no es todo. Cuando estaba llegando al sitio, vi un auto que se alejaba. Entonces no me llamó particularmente la atención, pero después me puse a pensar si no habrían transportado el cuerpo de Biterman en ese auto para plantarlo allí. Parece razonable. ¿Qué hizo entonces? Lo de siempre, los llevé a la Morgue. Usted es un policía de alma, Lascano. ¿Es un piropo? Un reconocimiento, cualquier otro en su lugar habría enterrado a los tres y olvidado el asunto. Pero usted no, se puso a investigar. ¿Qué averiguó? Bueno, en principio pude establecer la identidad. También interrogué, suavemente, al hermano de la víctima, un tal Horacio, y a una vecina de ellos. ¿Y? De una cosa estoy seguro. Horacio está metido hasta el caracú en la muerte de su hermano. ¿Por qué lo cree? Biterman era rico. Horacio era su empleado. Biterman era muy amarrete. Horacio es una especie de playboy. Se llevaban muy mal y es su único heredero. Tenemos el motivo. ¿Y la oportunidad?

Todavía no se estableció la hora de la muerte. Pero me juego la vida a que Horacio tiene una coartada de hierro. Me montó una escenita de hermano acongojado de lo más sospechosa. ¿Usted qué piensa? No creo que él lo haya matado, es muy delicado para eso, tiene que haber por los menos un cómplice. Sigo trabajando, todavía tengo algunas cuestiones que aclarar. ¿Por ejemplo? Está el tema de quién trasladó el cuerpo, y quien lo haya hecho, ¿cómo supo que en ese lugar iban a tirar a los otros dos? Puede ser casualidad. Me extraña, doctor, que justamente usted hable de casualidades. En un momento se me ocurrió que tal vez los militares hubieran estado tirando cadáveres en ese lugar con frecuencia y que el asesino tuviera ese dato. No está mal pensado. Pero después descarté la idea. ¿Por? Porque me habría enterado. Usted piensa entonces que a Biterman lo mataron en otro lado y lo tiraron allí para hacer creer que murió por acción de las Fuerzas Armadas. Lo que creo es que fue alguien que participó en la operación el que trasladó el cuerpo, o alguno del grupo le pasó el dato a Horacio o a su cómplice. Puede ser. Ahora, Lascano, usted, yo, todo el mundo sabe lo que está sucediendo con esto de la subversión. Por todos lados se está matando gente. Los guerrilleros ponen bombas, asesinan. Los militares también hacen lo suyo. En ese tema, lo sabe mejor que yo, nosotros no podemos hacer nada. Pero el caso de Biterman es distinto. Estamos de acuerdo, pero si en el asunto hay involucrado personal militar la cosa se puede poner fea. La muerte de Biterman no tiene nada que ver con la subversión o lo que sea. Es posible. Muchos en su lugar se olvidarían del asunto. Con tantos cadáveres por todos lados, ¿a qué preocuparse por uno más o menos? Es mi trabajo. La verdad es que los tiempos que corren son terribles. Me parece que la confusión es total. Yo también, lo confieso, estoy confundido y muchas veces no sé qué pensar. Pero ¿sabe qué?, haciendo mi trabajo me concentro, tengo objetivos. Si no lo hiciera, creo que me volvería loco. Mi única recomendación, Lascano, es que no intente hacerse el héroe. Este asunto puede ponerse muy desagradable. ¿Quiere que abandone la investigación? Al contrario, quiero que siga investigando. Pero le voy a pedir algo. Usted dirá. Seamos prudentes en este asunto. Le pido discreción. Todo lo que averigüe, háblelo conmigo

antes de hacerlo con nadie. Vamos con cautela, ¿de acuerdo? Usted manda. Me asombra la velocidad con que está avanzando en este caso. La verdad es que no sé si los asesinos son muy chambones o si se sienten impunes, porque han dejado los dedos por todos lados. Son unos chambones que se sienten impunes. Bueno, lo dicho. Manténgame al tanto. Creo que en pocos días dejaré el caso resuelto.

Se saludan con un apretón de manos. En realidad, el apretón corre por cuenta del Perro porque la mano de Marraco es como un agua viva con uñas de manicura. Saluda con un *chau pibe* al meritorio, que responde con una sonrisa que lo hace sentir como un padre. Marraco, pensativo, agarra el expediente.

Che, pibe, andá a comprarme cigarrillos.

Abre un cajón del escritorio, mete el expediente y lo cierra con llave.

Capítulo 20

¿Tenés los cheques? Tranquilo, Amancio. Anduvo un cana por acá. ¿Qué quería? Encontraron a Elías. Pero ¿cómo? Yo qué sé. ¿Qué hiciste con el cuerpo? Eso a vos no te importa. Pero lo puse en un lugar más que seguro. Parece que tan seguro no era. ¡La reputa que lo parió! No entiendo qué pudo haber pasado. ¿Qué hacemos? ¡Qué mierda sé yo qué hacemos! Dejame pensar. Tranquilo, loco. Pensá todo lo que quieras. Yo tengo que ir a la Morgue a hacer el reconocimiento. Allí me voy a encontrar con el cana éste. ¿Cómo se llama? Lezama. Lezama, ¿eh? Bueno. Vos no digas nada. Viejo, el fiambre es mi hermano, no puedo quedarme callado. Además, al tipo éste no se le pierde una. Se hace el boludo, pero es un radar que detecta todo. La verdad, me parece que el asunto está empezando a oler a podrido. Callate, no seas cagón. ¿De quién fue la idea de que viniera a apretarlo a tu hermano?, tuya. ¿Quién me dijo que le tenía terror a las armas de fuego?, vos. Y cuando lo encaño, me salta encima como un animal. Me mentiste, hijo de mil putas, sabías lo que iba a pasar y te la jugaste a que terminaba matándolo. Pero, Amancio, te juro que... A mí no me jures nada, ustedes son más falsos que una moneda de plomo. ¡Judas, vos lo entregaste! Pero no, te digo que... Haceme el favor de cerrar la boca, en ustedes no se puede confiar, eso es seguro como que hubo un Cristo, al que ustedes mandaron matar. Pero ¿qué estás diciendo?, acá el único que mató fuiste vos. Y vos tenés la lengua demasiado larga, Caín. A ver, dejame pensar..., a ese Lezama dejalo por mi cuenta que yo lo arreglo. Vos cerrá el pico. Ya te voy a decir lo que hay que hacer. Está bien. Bueno, dame los cheques y lo que firmé en blanco que tengo mucho que hacer. Mirá,

estaba pensando en quedarme con los cheques un tiempo más hasta que pase todo este merengue. ¡Vos me los das ahora mismo! Después de ir a la Morgue. ¡Ahora! Después. ¡Mirá, judío de mierda, me das los cheques ya o te mando a hacerle compañía a tu hermanito! Eh, viejo. No te pongas así. Está bien. Acá los tenés. Así está mejor. Vos te quedás calladito y esperás mis instrucciones. ¿Entendido? Entendido.

Amancio enfunda la pistola y sale dando un portazo furioso. Mientras espera el ascensor, la vecina curioseosa sigilosamente por la mirilla. Horacio abre la puerta y asoma la cabeza.

Amancio. ¿Qué pasa? Mirá que a las once tengo que estar allá. Vengo o te llamo antes. Te espero.

Capítulo 21

Fuseli está en el patio de la Morgue entretenido con el cielo desde hace un rato. Hoy fue uno de esos días de invierno con un solcito de lo más alentador. Luego, como sucede en esta época, repentinas nubes de lluvia se alzaron sobre la urgencia de la ciudad, evidenciada en la impaciencia de los automóviles que se embotellan por Viamonte, tras los portones. Por allí aparece la conocida figura de Lascano con su andar de oso. Se alegra, siempre le da gusto ver a su amigo. De alguna manera considera su obra el hecho de que esté vivo, de que haya podido atravesar la catástrofe que se le vino encima con la muerte de Marisa. Él fue el puerto de aguas profundas desde el que Lascano pudo salir adelante, esto sin entrar a preguntarse ¿hacia dónde? No está hoy de ánimo para asuntos existenciales. La vida es ahora este descanso que se ha tomado en el patio, este amigo que llega, que tiene con él una deuda, dulce, de las que nunca habrán de pagarse sin que nadie se sienta agraviado.

Salud, conde Drácula. ¿Cómo va la represión, Perro? Cada día mejor. ¿Me conseguiste lo que te pedí? Acá la tenés, me dijeron que es colombiana de la mejor. Vos dirás. Hum, parece una auténtica red point. ¿Es buena? Vamos a probar.

Lascano se fija en las manos de Fuseli enrollando la picadura en un finísimo papel Gentelman. Sus dedos de artesano maniobran con agilidad. Humedece la laminilla engomada con su lengua, termina de cerrarla y hace girar con sus yemas un cilindro perfecto, liso y delicado. Lo pasa repetidamente sobre la llama de su viejo Monopol hasta que la mancha oscura de la saliva desaparece por completo. Se lo pone en la boca y lo enciende, aspira profundamente y contiene un hipo. El patio se llena de un

aroma acre que hace picar la nariz. Observando los adoquines brillantes, Lascano tiene la sensación de que están frente al mar, pescando.

¿Qué pasa, yo fumo y te pega a vos? ¿Y qué tal es? Buenísima. ¿Querés? No, gracias. Decime, ¿por qué fumás esa porquería? Mirá, Perro, yo me paso el día trabajando con la muerte, cara a cara, y ¿sabés?, la muerte es lo único que no admite réplica, el único hecho que no puede tergiversarse ni interpretarse. Es la verdad última, y la verdad, qué querés que te diga, no es para cualquiera. Entonces tengo que tomarme algún recreo, éste es mi recreo. Un porrito y arriba. Es verdad que se te nubla un poco la cabeza, pero estimula los sueños. En definitiva, todos necesitamos algún tipo de anestesia, ésta es la mía. Y ya que estamos, hace tiempo que te lo quiero preguntar: ¿cuál es la tuya? Yo, viejo, vivo sin anestesia, pero hay algo que te quiero contar. Cuento no más. Hace unos días organicé un allanamiento para reventar un quilombo en la zona norte. Ajá. Bueno, resulta que me los llevé a todos, salvo un par de pescados que tuve que largar. Me quedé dando unas vueltas por la casa para ver qué encontraba. ¿Y qué encontraste? Una mina escondida bajo una mesa. ¿Y? Casi me muero del susto, la mina es igual a Marisa. Ah, entonces estás grave con las alucinaciones. Yo también creí que era una visión. Pero no, es idéntica. ¿Es? Es. Creo que me volví loco. ¿Y qué hiciste? ¿Qué querías que hiciera?, no estaba muy seguro de si era real o el fantasma. Imaginate, no la podía meter presa, tampoco podía tirarla a la calle. Me la llevé a casa. Esto se pone bueno, ¿y? Nada, está allí en este momento. ¿Viviendo con vos? Sí. ¡A la mierda! La otra noche me la cogí, bah, me cogió. ¿Y? No sé, estoy con un despelote en la cabeza que no sé si cagar o darle cuerda al reloj. Te enamoraste. No sé, qué sé yo, no creo, ¿a vos que te parece? Que estás perdido, ¿qué sabés de ella? Esto es lo peor. Ayer averigüé que estuvo metida en una célula del ERP que desbarataron hace poco. ¿Y cómo fue a parar al quilombo? No tengo idea. ¿No le preguntaste? No, es más, no quiero saber. Tenés miedo. Tengo. Te digo, loco, vos estás enamorado. ¿Te parece? No me parece, estoy seguro. ¿Y qué hago? El enamoramiento es una psicosis pasajera, pero el amor es eterno mientras dura. Si fueras un verdadero cagón, saldrías corriendo, pero como no lo sos, no te queda más remedio que

apostar, aun cuando sepas que vas a perder. Ahora ya dejé de entenderte. No importa, flaco, la vida te está dando una tregua en brazos de..., ¿cómo decís que se llama? Eva. Eva, bueno, en brazos de ella. Subite a la calesita y tratá de agarrar la sortija, a lo mejor te ganás otra vuelta. Pero está sospechada de andar en la guerrilla. En este momento somos todos sospechosos. Ella anda fugada. ¿Quién sabe que está con vos? Sos el único. Mantenelo así. ¿Y qué hago? Disfrutala mientras dure. ¿Y Marisa? Marisa está muerta, ¿volvió el fantasma? Ahora que lo preguntás, no, desde que vino Eva no volvió a aparecer. Ahora es Eva. Pero vos no te das una idea de cuánto se parecen. Buscale las diferencias, entretene con eso. La verdad es que te envidio. Hace tanto que una mujer no me mueve un pelo, creo que me sequé. No sé qué decirte. No digas nada. Te la voy a presentar, cuando la veas te vas a caer de culo. Quedate tranquilo. Tengo un montón de cosas para contarte de Biterman, vení, vamos para adentro.

De un tirón, Fuseli destapa el cadáver, que ahora tiene una costura que le parte en dos el esternón.

Al tipo lo mataron en otra parte, y diría que entre siete y nueve horas antes de que lo trajeras. En general la hipostasia se fija entre quince y dieciocho horas después de la muerte, en este caso había depósitos de sangre en varios lugares distintos, señal indudable de que el cuerpo fue movido. Esto es concluyente. Le dieron un tiro con una 9, desde una distancia de entre cincuenta centímetros y un metro. La bala entró por el vientre y siguió un recorrido bastante previsible: atravesó la piel, los planos musculares, el peritoneo, el intestino y terminó alojándose en el páncreas. Aquí está el plomo, lo voy a mandar a balística, pero te digo que el arma y el calibre no tienen nada que ver con las heridas de los otros dos. A éste le tiraron en un ángulo de cuarenta y cinco grados, más o menos, respecto de la línea de los hombros. A los otros los fusilaron en ángulo recto, de frente. De ellos recuperamos tres balas. Les tiraron casi a quemarropa en el lugar donde los encontraron, acá las hipostasias están bien fijas. O sea que murieron en distinto momento. Hay por lo menos diez horas de diferencia. En ambos casos las lesiones interesaron

las meninges y la sustancia cerebral, muerte instantánea. Biterman debe de haber vivido algún tiempo después de ser herido. No creo equivocarme si te digo que en esos instantes agredió a su atacante. Fijate en las manos, aquí hay escoriaciones típicas de una lucha, sin embargo no tiene huellas en ninguna otra parte del cuerpo. Esto quiere decir que el otro fue el que la ligó. Tiene algunos golpes, pero como no hay hemorragia, resulta evidente que se los dieron después de muerto, seguramente cuando lo trasladaban de un lugar a otro. Detalle: encontramos restos de piel bajo las uñas, el asesino es 0 negativo. ¿Qué más? En realidad le hicieron un favor al matarlo. ¿Por? El tipo tenía un cáncer de hígado bastante avanzado. En poco tiempo era fiambre igual. Le ahorraron el sufrimiento. Eso no hace menos asesino al asesino. ¿Conclusión? Tus sospechas están en lo cierto. El calibre, el tipo de heridas y los otros indicios prueban que los dos pibes fueron fusilados en el lugar y que Biterman murió en una pelea en otra parte. Tu hombre debe de tener unas cuantas marcas. Otro detalle, a este Biterman lo balearon una vez antes. ¿Cómo? Esto debe de haber sucedido hace muchos años, tiene una vieja herida de arma de fuego en la espalda que le atravesó el pulmón y le pasó a cinco milímetros del corazón. Se salvó de pura suerte. Parece que la suerte se le acabó.

La puerta se abre y un consigna les anuncia la llegada de Horacio. Fuseli vuelve a cubrir el cadáver. Lascano nota que Horacio viene vestido con ropa flamante.

Éste es el doctor Fuseli. ¿Está listo para el reconocimiento? Listo.

Deliberadamente, se han colocado junto a la camilla dejando a Horacio enfrente, para controlar mejor sus reacciones. Fuseli lo distrae, Lascano está atento.

Le advierto, señor Biterman, que lo que va a ver no es agradable. ¿Está preparado? Sí.

Con un ademán, Fuseli descubre el cuerpo. Horacio muestra un instante su estupor. Se tapa la boca con la mano, baja la cabeza y solloza sin mucha convicción. Lascano y Fuseli cruzan una mirada escéptica.

Elías, ¿qué te hicieron? ¿Reconoce el cuerpo de su hermano, Elías Biterman? Sí. Es él. Bueno, muy bien, hay formularios que debe firmar. ¿Cuándo me lo entregan?... Tengo que ocuparme del entierro. Eso depende del juez. Hay estudios que practicar para determinar la hora y lugar de la muerte. Gracias, doctor. Por nada. Lascano, no se me olvide de mi remedio. Tengo unas preguntas que me gustaría hacerle.

El Perro toma a Horacio por el brazo y lo conduce de regreso al patio.

¿Dónde piensa enterrarlo? Él siempre quiso que lo cremaran. Entiendo. ¿No le interesa saber cómo murió? Claro que sí... Es que estoy muy impresionado, todo fue tan repentino... Por supuesto. Dígame, usted es su único heredero, ¿verdad? Bueno, en el caso de que hubiera algo para heredar. Su hermano prestaba, ¿no es cierto? Me imagino que esa actividad podría hacerlo poco simpático para algunos de sus clientes. Elías era muy precavido y nunca prestaba sin garantías. En más de una ocasión me imagino que habrá tenido que ejecutar esas garantías. Supongo que sí. ¿Cómo que supone?, usted debe saberlo, trabajaba con él. Esas cuestiones las manejaba solo. Yo le hacía algunas diligencias. ¿Por ejemplo? Llevar y traer, trámites bancarios, esas cosas. ¿A qué piensa dedicarse ahora? Bueno, es muy pronto para contestarle esa pregunta. Primero tengo que liquidar los asuntos de mi hermano. Luego veré. ¿Podría suministrarme un listado de sus clientes? ¿De todos? Sólo de los que le debían. Me fijaré a ver qué encuentro.

Horacio se retira, Lascano repara en la suela de sus zapatos, están nuevas.

Capítulo 22

Hable... Qué tal, Amancio... ¿Quién es Horacio?... ¿Quién?... ¿Lezama dijiste?... ¿Cuándo?... ¿Y qué le dijo?... No entiendo qué pudo haber pasado... ¿Y él qué sabe?... ¿Qué sabe de mí?... Bueno... No. No hagas nada. Dejame a mí... Sí... Yo te llamo... Te dije que me dejes a mí, ustedes los civiles no sirven ni para espiar... Vos te quedás callado, sin moverte de tu casa hasta que yo te lo diga, ¿entendiste?

Giribaldi lanza con furia el tubo contra la horquilla. Rebota y cae ululando al piso. Repentinamente, pasa de la agitación colérica a una calma contenida. Se agacha lentamente, recoge el aparato y lo coloca suavemente en la horquilla sin soltarlo. Permanece así uno o dos minutos. Por su cabeza comienzan a caer las fichas de las personas a quien debe tocar para resolver el entuerto que armó el imbécil de Amancio. Vida regalada, como lo llamaba él en la adolescencia. En el fondo, Giribaldi, que viene de una familia de clase media baja, desprecia a Amancio. Le parece blando y torpe, sin ningún propósito en la vida. Se considera a sí mismo un producto de su propio esfuerzo, todo se lo ganó con sacrificio, mientras que a Amancio todo le vino de arriba. Fortuna, posición social, la mujer, las mujeres, propiedades, todo gratis. Con un solo llamado a su amigo Jorge, averigua que el policía que anda metiendo la nariz en el asunto Biterman no se llama Lezama sino Lascano. Se entera también de que los cadáveres han ido a parar a la Morgue y que el médico que hizo el informe es Antonio Fuseli. Le parece oportuno, antes que nada, pegarle una visita al tal Fuseli.

Por la entrada de Lavallo, desciende a los sótanos del Palacio de Justicia, sede del Cuerpo Médico Forense. El encargado de la mesa de entradas no pone reparos a que pase sin anunciarse. Entra al despacho sin llamar a la

puerta. Encuentra a Fuseli sumergido en una pila de informes. Cuando Giribaldi le da el «buenos días», el médico levanta los ojos por encima de sus gafas, sorprendido de que alguien entre de ese modo.

¿Sí? ¿Doctor Fuseli? El mismo. Soy el mayor Giribaldi. Mucho gusto, ¿en qué puedo serle útil? Tengo entendido que usted está interviniendo en el caso de tres subversivos que fueron muertos en un enfrentamiento en el Riachuelo. ¿Tres subversivos? El caso lo investiga el comisario Lascano. Ah, usted se refiere a Biterman y los dos NN. Correcto. Bien, ¿qué necesita? Ver su informe. Lamentablemente fue girado hace unos momentos al despacho del juez que entiende en la causa. ¿Quién es el juez? El doctor Marraco, tiene su despacho en el último piso. Cuénteme qué encontró. La verdad, mayor, con todo respeto, esa información se la tiene que pedir a él, si se la quiere dar, por mí no hay objeción.

Giribaldi se sienta frente a Fuseli. No dejan de medirse ni un instante. No dicen una palabra ni hacen movimiento alguno. Fuseli rompe el silencio.

¿Puedo servirlo en algo más? Sí, ¿conoce al comisario Lascano? Lo conozco. ¿Qué opinión le merece? Si hubiera más policías como él, todo andaría mucho mejor en la fuerza. Sin embargo, por algunas averiguaciones que he realizado, no parece muy querido por sus superiores. Lo que yo decía, si hubiera más como él... ¿Es su amigo? Conozco su trabajo. ¿Nada más? ¿Qué más quiere saber? Me han dicho que está sospechado de ideas de izquierda. Hoy la mitad del país está sospechado de eso. ¿Usted incluido? No lo sé, yo ya tengo edad para ser equidistante. A mí no me engañan izquierdas ni derechas. ¿No le parece que el momento exige cerrar filas contra la subversión? Mayor, ¿quiere que le sea franco? Por favor. Mire, ustedes están completamente equivocados en la manera en que están enfrentando el problema de la guerrilla. ¿Ah, sí? Sí. Se lo han planteado exclusivamente en el terreno militar y, como disponen del aparato del Estado, lo más probable es que terminen ganando la batalla. ¿Entonces? Pues que la van a ganar con los medios y el método equivocado. Disculpe la franqueza. Está disculpado, pero continúe, me interesa su opinión. No han tomado en cuenta las causas que han dado origen a la guerrilla y se limitan a atacar los

síntomas con la metodología más corta de vista que haya visto jamás. ¿Cuáles serían esas causas? La causa es el pueblo, mayor. Los pueblos, cuanto más desposeídos, más de izquierda son. ¿Por qué?, porque la izquierda promete repartir la gaita entre más gente. Y, por poco que repartan, siempre estarán mejor que ahora. El que nada tiene, tiene todo para ganar, el que lo tiene todo siempre corre el riesgo de perderlo. Tome el caso de los bárbaros. ¿Qué pasa con los bárbaros? A ellos no les importaban nada las posesiones, hacerse de una casa, un castillo o riquezas. Eso habría significado asentarse y utilizar sus energías en defender sus propiedades. Lo único que ellos querían era asaltar, saquear, violar, incendiar. Pero los pueblos no son bárbaros, se mueven siempre por sus intereses. Si usted no les da nada, entonces son bárbaros, pero en cuanto se hacen de una posición, se convierten en burgueses. O sea: la necesidad los lleva a la izquierda, la satisfacción, a la derecha. La verdad es que no lo entiendo. Esta problemática, mayor, se puede ver desde dos perspectivas distintas. Por un lado está el enemigo armado, a ellos los enfrenta con las leyes y la justicia y, si es necesario, con las armas. Por el otro lado se halla el pueblo. Para que la delincuencia no haga pie en él, hay que darle cosas que valore, que pueda conseguir y que quiera defender. La gente sólo aspira a vivir bien, comer todos los días, educar a sus hijos e irse de vacaciones de vez en cuando. A mí me parece que usted lo mezcla todo. Es que está todo mezclado. ¿No se da cuenta de que no hay tiempo para tantas contemplaciones? Ahora es el momento de la acción. Tiempo..., es precisamente el factor tiempo el que no están teniendo en cuenta. ¿Ahora me viene con el tiempo? Sí, el tiempo pasa, las situaciones cambian y los errores que están cometiendo ahora les van a explotar en la cara en algún momento. Usted tiene ideas muy raras. Es verdad. Y muy peligrosas. Lo admito, no hay nada más riesgoso que estar en lo cierto cuando todo el mundo está equivocado. Pero ya estoy acostumbrado a ello. Vea, doctor, yo no tengo su instrucción, pero de una cosa estoy seguro, lo que proponen los comunistas no es lo que yo quiero para mis hijos. ¿Tiene hijos? No..., sí. ¿Tiene o no tiene? Sí, uno. Es muy afortunado, yo perdí al mío hace muchos años y no he dejado de extrañarlo un solo instante. Al menos

pude enterrarlo. Muchas veces me pongo a pensar en todas las madres y padres cuyos hijos están siendo muertos y desaparecidos. ¿Qué será de sus vidas, cómo harán para sobrellevar el dolor? Se lo digo por experiencia, la muerte de un hijo es algo que nunca se olvida. ¿Qué me quiere decir con eso? Nada, no me haga caso, es esta pérdida que nunca abandona a un padre. En fin, mayor, si esto es todo, debo seguir con mi trabajo.

Giribaldi se pone de pie de un salto, como obedeciendo una orden. Las palabras del forense lo han confundido. Odia sentirse confundido. Rápidamente transforma esa sensación en ira, y la ira, cree, vuelve a poner todo en su lugar. Ridículamente golpea los talones y reprime el movimiento de hacerle la venia al médico. El «buenos días» se le atraganta y le sale tímido a su pesar. Gira y se va. A Fuseli lo recorre un escalofrío. El miedo que emana ese hombre se queda flotando como un churrasco quemándose en la parrilla.

Durante toda la mañana trata de localizar a Lascano por teléfono, pero no logra dar con él.

Capítulo 23

Mientras espera que lo reciba el gerente, Lascano se entretiene con el trajín del banco. Ya ha estado aquí en otra ocasión. Fue hace un año, cuando tuvo que investigar el abuso de confianza que involucraba al gerente y al tesorero de entonces. Los tipos habían cometido la estafa perfecta. Un lunes no aparecieron. Llegado el mediodía, alarmados, de la casa central enviaron un supervisor a abrir el tesoro. Estaba limpio. Inmediatamente denunciaron el asunto. Un perito contador determinó que faltaban cinco millones de dólares. Se puso en marcha la investigación y se supo que los empleados habían salido del país por Puente del Inca-Caracoles el sábado por la tarde en un coche alquilado y allí se les había perdido el rastro. Cuando todavía estaba fresca la tinta del pedido de captura internacional, los dos se entregaron mansamente a los carabineros en Santiago de Chile. En un trámite veloz, los trajeron esposados a Ezeiza y de allí fueron directamente al despacho del juez. Frente a su señoría, ambos manifestaron su arrepentimiento, dijeron que se habían visto tentados pero, pensándolo bien, se habían dado cuenta de lo errado de su proceder y, poniendo hechos a las palabras, revelaron el lugar donde habían ocultado el botín. Los millones fueron recuperados por un oficial de justicia custodiado por media docena de policías encabezados por Lascano. Con todo, ligaron una sentencia corta, en suspenso y en poco más de cuarenta días quedaron en libertad. Perdieron el empleo, por supuesto. A Lascano le llamó la atención que los directivos recibieran la fortuna recuperada sin que les cambiara el malhumor. Poco trabajo le costó averiguar la verdad. En el banco trabajaba Fermín González, un conocido de Lascano que tenía un pasado algo turbio. Cuando lo entrevistó, no necesitó amenazarlo con revelar su prontuario a los empleadores; al verlo llegar,

Fermín le propuso encontrarse fuera y le contó cómo había sido la cosa. En el tesoro no había cinco millones, había quince. Pero los otros diez pertenecían a una mesa de dinero paralela. Los directivos no tenían manera de justificar ese capital negro. Tesorero y gerente vieron la oportunidad de quedarse con él sin mayores complicaciones. Fermín concluyó que si él hubiera estado en su lugar habría hecho lo mismo, después de todo, *¿quién es más ladrón, los empleados infieles o el banco?* El Perro se limitó a encogerse de hombros y darle un consejo.

Mirá, Fermín, no sé si estás enterado, pero la muerte cotiza como cualquier otro servicio. ¿Sabés cuánto cuesta hoy en la calle hacerle la boleta a alguien? Ni idea. Quinientos dólares, servicio profesional de primera. Así que si algún día se te presenta la oportunidad, pensá también en esto.

Y aquí está Fermín, haciendo buena letra. Cuando ve a Lascano le sonrío y se pone un dedo en la sien. En ese momento, una secretaria lo hace pasar al despacho del señor Giménez, el gerente.

Mucho gusto. Encantado. ¿Qué lo trae por aquí? Estoy haciendo averiguaciones en relación con un cliente suyo. ¿De quién se trata? Elías Biterman. ¿Está en problemas? El problema ahora es mío. A él lo mataron. No me diga. Le digo. Bueno, usted sabe que no puedo revelar información de mis clientes sin una orden judicial. Si insiste, puedo conseguirla. Pero temo que si me demoro se escape el asesino. No necesito por ahora nada escrito. Sólo le pido que me informe de los últimos movimientos de sus cuentas, extraoficialmente.

Giménez carraspea y se inclina hacia el intercomunicador.

Graciela, por favor, alcánceme los estados de cuenta del señor Biterman.

El gerente adopta un tono de confianza.

Bueno, puedo asegurarle que hay mucha gente que se va a alegrar por esta noticia. Eso tengo entendido. Acá entre nosotros le digo, Biterman era un vampiro.

Graciela le trae una carpeta.

¿Necesita algo más? Eso es todo, muchas gracias.

Espera a que la secretaria salga, abre el legajo, se calza los anteojos y lee.

Veamos... Bueno, tiene un saldo de casi setenta millones... Bonita suma. Si tenía eso guardado acá, no quiero pensar lo que tendría escondido... Últimamente depositó varios cheques que fueron rechazados. En total suman algo más de catorce millones de pesos. ¿Quién los libró? Amancio Pérez Lastra.

Jiménez hace girar el extracto y le alcanza un anotador y una lapicera a Lascano.

Acá tiene, anote los datos que yo estoy distraído.

Lascano garabatea la dirección, arranca la hoja y se la mete en el bolsillo.

¿Qué más hay? El resto son depósitos y retiros en efectivo, más comisiones del banco y esas cosas. Nada significativo. Bueno, ha sido de gran utilidad. Si puedo servirlo en algo más... Ya que lo menciona, sí. Estoy necesitando una caja de seguridad. Tengo algunas cositas personales que me gustaría poner a resguardo. Cómo no.

El gerente pulsa el botón del intercomunicador repitiendo exactamente el gesto de antes.

Graciela, allí va el comisario que necesita una caja de seguridad. Por favor, ábrale la cuenta inmediatamente. Después tráigame los formularios que yo se los viso.

Jiménez deja su asiento y camina con el Perro hasta el salón.

¿Puedo autorizar a mi sobrina para que la use? Por supuesto. Dígaselo a Graciela. Usted es muy eficiente. Muchas gracias.

En pocos minutos, Graciela le abre una cuenta y le habilita una caja de seguridad en la que Lascano guarda los dos fajos de dólares recuperados del quilombo de Tony Ventura. Más adelante verá con qué argumentos convence a Eva de darles un destino honesto. Ahora tiene el nombre y la dirección de este Amancio que le debe un montón de guita al muerto. El tipo vive en Barrio Norte y el olfato le dice que está sobre una pista más que firme.

Decide hacerle una visita al tal Pérez Lastra, a ver qué tiene que decir.

Capítulo 24

Por la mañana, el Perro había dejado el Falcon en manos de Tito, el jefe de taller de la Federal, para que le arreglara el varillaje. Se toma un 61 destartado y se entretiene unos minutos con el paisaje cambiante. En cuanto el tránsito se embotella y la marcha se hace más penosa, saca su libretita y relee las anotaciones que hizo la noche que se puso a revisar prontuarios en el Departamento. Allí, con letra imprecisa, está resumida la versión policial de la historia de Eva. Media hora más tarde, el colectivo lo deja a las puertas del Palais de Glace. La cuesta de Ayacucho no es apta para fumadores empedernidos, de modo que se lo toma con calma y la emprende lentamente, inhalando todo el aire que cabe en su disminuida capacidad pulmonar. El Alvear Palace está embanderado y muy agitado con la llegada y salida de automóviles oficiales. El asfalto está regado de pequeñas obleas celeste y blanco con una leyenda: «Los argentinos somos derechos y humanos». Sacude la cabeza y cruza la avenida. Atraviesa Quintana, Guido y Vicente López, hasta la formidable edificación, obra del arquitecto Bustillo. Allí vive Amancio. A la puerta, vestido con un conjunto Ombú gris, se encuentra el portero baldeando la vereda. Lascano se acerca. No necesita decir una palabra para que el hombre con ojitos de ratón reconozca su autoridad. En cuanto lo ve, se apoya en el mango del escurridor y lo saluda con la sonrisa servil de un cazapropinas.

Buenos días. Buen día, dígame, ¿acá vive la familia Pérez Lastra? Sí, caballero, tercer piso. ¿Quiere que le abra? ¿Sabe si está el señor? Debe de estar, porque yo no lo vi y no es de salir temprano. A menos que se haya ido al campo, pero no creo porque su camioneta está ahí.

El hombre cabecea hacia la vereda de enfrente. Lascano sigue el ademán.

Invadiendo la zona de parada del transporte público, hay una Rural Falcon. El Perro cruza la calle y el portero retoma su tarea. Le da la vuelta al auto inspeccionándolo detenidamente. Se aleja unos pasos, saca su libreta y anota el número de las placas. En ese momento, Amancio sale con un paquete en la mano. Lascano guarda su anotador y lo ve arrojar el envoltorio junto al asiento del conductor, entrar y poner en marcha el coche. Pocos metros más atrás, una mujer de unos ochenta años sube lentamente a un taxi. Lascano trota hasta allí, llega cuando ella está a punto de cerrar la puerta y se lo impide, se mete en el vehículo y saca su chapa de policía.

Disculpe, señora, pero ésta es una emergencia policial. Por favor, siga a esa Rural.

A la mujer, de pronto, los ojos le brillan.

¡Como en las películas! Perdone el contratiempo. No se preocupe, estoy encantada, por fin un poco de emoción. ¿Es un asesino? Sólo un sospechoso. ¿En serio? Disculpe la curiosidad, ¿de qué está sospechado? No se lo puedo decir. Claro, secreto de sumario. Efectivamente. Ay, cuando se lo cuente a las chicas, no van a poder creerlo.

El chofer es hábil y se pone a la cola de la Rural. En pocos minutos están en Esmeralda y Viamonte. Amancio saca la mano por la ventanilla, indicando que va a entrar en un estacionamiento.

Déjeme acá. Señora, perdone nuevamente. Por favor, un gusto, aunque no haya pasado nada.

Lascano pone dos billetes en la mano del conductor, baja y se mezcla con la gente que va y viene. Amancio sale, cruza la calle y entra en el Banco Municipal de Préstamos, Lascano, detrás de él. Mientras Pérez Lastra se acerca a un mostrador, el Perro simula interés por los objetos de los anaqueles, desde donde puede vigilarlo cómodamente. Amancio habla con un empleado, abre el 9 mm. El dependiente la inspecciona y saca un paquete mientras habla. Amancio asiente con la cabeza. El oficinista coloca la pistola en una caja de madera y comienza a llenar un formulario con los datos del arma. Sigue conversando con Amancio quien saca su billetera y le muestra su documento de identidad. El empleado anota rápidamente, hace girar el

talonario y le da la birome. Amancio firma y se la entrega. El funcionario firma a su vez y estampa un sello en las cuatro copias. Arranca la segunda y se la extiende señalándole las cajas, al otro lado de la sala. Amancio toma la copia y se coloca en la fila que aguarda el turno para cobrar, mide el largo de la cola, saca del bolsillo un ejemplar de la *Palermo Rosa* y se pone a leer. Lascano, sin perderlo de vista, se acerca al mostrador dando la espalda a las cajas. Disimuladamente chapea al empleado.

Dígame, ¿qué operación hizo el hombre que atendió recién? ¿Quién, ése?

Levanta la mano para señalar en la dirección de Amancio. Lascano, rápidamente, lo toma por el brazo y se la hace bajar.

Sea discreto, por favor. Sí, disculpe. El tipo empeñó una pistola. Permítame verla.

Saca la caja de madera y la pone sobre la mesa. El Perro la toma, se lleva el cañón a la nariz. El olor a pólvora está muy fresco. Le falta el cargador. Saca del bolsillo el pedacito de plástico que encontró en el ascensor y lo compara con el trozo de cacha que le falta. Encaja perfectamente. Copia en su libreta los datos fundamentales del formulario. Se despide del oficinista. Amancio aún está en la cola. Lascano sale a la calle y toma un taxi.

Al Hipódromo de Palermo, por favor.

Se ubica cerca del acceso al palco oficial. Quince minutos más tarde hace su entrada Amancio con aires del sha de Persia y se aleja rumbo a la confitería. El Perro sonrío con suficiencia. Espera unos instantes y sigue el mismo camino. Al llegar, lo detecta sentado a una mesa junto a una mujer joven, bellísima y distante, con la actitud de las chicas bien a quienes todo les parece lo más natural del mundo. Demasiado consciente, quizás, de lo que su atractivo provoca. Se sienta junto a la ventana, desde allí puede vigilarlos sin riesgo. Una figura conocida se acerca a ellos. Saluda y conversan brevemente. Los parlantes anuncian la largada de la tercera carrera. Horacio se despide y sale. Amancio estudia el programa de las carreras y Lara se aburre. Por la ventana, Lascano tiene a la vista a Horacio, junto a la verja que separa al público de la pista. *Hora de entrar en acción*, se dice, y se dirige a

la mesa de los Pérez Lastra. Exhibe su chapa y se sienta con ellos.

Buenos días. Buenos días. Soy el comisario Lascano. ¿Usted es el señor Pérez Lastra? El mismo. Mi mujer, Lara. Encantado. ¿En qué puedo serle útil? Estoy haciendo una investigación relacionada con un conocido suyo y necesito hacerle unas preguntas. Pregunte no más. Elías Biterman. ¿Biterman?, sí, claro que lo conozco. ¿Cuál es su relación con él? Comercial. Me cambia cheques o me presta efectivo. ¿Le debe mucho? Sí, creo que le estoy debiendo algo. ¿Cuándo fue la última vez que lo vio? ¿Está en problemas el ruso? Conteste mi pregunta, por favor. No sé, hará una semana. ¿Dónde se encontraron? En un café de la calle Florida. ¿Recuerda cuál? En la Richmond. ¿Para qué lo fue a ver? Para arreglar los pagos de lo que le debo. ¿Cuánto le debe? Bueno, no lo tengo presente en este momento. Aproximadamente. No sé, un millón, más o menos. ¿Y qué arreglaron? En realidad nada. Él quedó en que me iba a mandar un resumen y una propuesta con su hermano Horacio, pero no lo hizo. Ya veo. ¿Me podría decir dónde estuvo el martes por la noche? ¿El martes?, estuvimos cenando en casa, ¿no es cierto, mi amor? Pse. Sí, nos acostamos temprano. ¿Cómo se lastimó la cara? Me caí del caballo, en el campo. ¿Tiene auto? Sí. Una Rural Falcon 74. De qué color. Gris. ¿Dónde la tiene? Rural Falcon. Está acá, en el estacionamiento del Club, ¿quiere verla? No es necesario. ¿Cuál es su grupo sanguíneo? Soy 0 negativo. ¿Me puede decir qué es lo que está pasando? Biterman fue asesinado. ¿Qué? Lo que oye. No pensará que... Por ahora no pienso nada. Estoy investigando a todos sus deudores. Comprendo. Bueno, eso es todo. Quizás necesite volver a verlo. Buenos días, señora, disculpe la molestia... nos días.

Lascano se pone de pie, les dedica una breve reverencia y se va.

¿Y ahora qué cagada te mandaste, mi amor? Ninguna, parece que mataron a un tipo que yo conocía. Eso ya lo escuché, ¿fuiste vos? Pero ¿cómo se te ocurre? El martes yo llegué a casa a las siete de la mañana y vos no estabas. Eso ya te lo expliqué. Sí, a mí ya me lo explicaste, pero al policía le mentiste.

Capítulo 25

La mañana es clara. Giribaldi se impacienta al volante de su auto. Se pregunta por qué Maisabé tarda tanto, si cuando él salió hacia el garaje ya estaba lista. Por fin aparece llevando al chico medio escondido. Giribaldi le abre la puerta trasera. Por el retrovisor nota que tiene la cara desencajada y que ha estado llorando. *¿Quién la entiende?* Decide que lo mejor será ir por el bajo. Toma la 9 de Julio, dobla por Diagonal Norte y desemboca frente a la Casa de Gobierno. Un grupo perteneciente a las Madres de Plaza de Mayo, con sus pañuelos blancos en la cabeza, da vueltas alrededor de la Pirámide.

Maisabé repara en esas mujeres silenciosas, mientras el auto las bordea por Hipólito Yrigoyen. El semáforo de Defensa les corta el paso. Quedan en línea recta con ellas. Una de las madres ha detenido su marcha y mira hacia el lado donde se encuentra Maisabé, que se siente descubierta. La mujer comienza a caminar hacia el auto con gesto duro. A Maisabé el miedo le cierra la garganta, le atenaza los músculos y no se da cuenta de que está apretando al niño con excesiva fuerza. El bebé se pone a llorar. Giribaldi pregunta qué le pasa. Suena una bocina detrás, las luces han cambiado, pone primera y arranca. Maisabé se vuelve, la madre está ahora junto al cordón, saludando y abrazando a otra mujer. Maisabé comienza a temblar y a sollozar.

¿Se puede saber por qué llorás? Por nada, Leonardo, por nada, dejame.

Continúan viaje por Leandro Alem hacia el norte, sin más alternativas que el caótico tránsito de un día cualquiera a las diez de la mañana. Giribaldi hace un alto en The Horse, bajo las vías de ferrocarril, en Juan B. Justo y Libertador. Deja a su mujer y al niño esperando y va al encuentro de Amancio. Está sentado a una mesa revolviendo ansiosamente el café. Ser

blando, despreciable, demasiado preocupado por la esposa. Una putita, por más apellidos que gaste. Siempre pidiendo, siempre ahogándose en un vaso de agua, aunque en su caso sea de whisky. Es lo que sucede siempre con los civiles, tienen más vacilaciones que fuerza de voluntad. Se acerca a la mesa de Amancio y le habla desde arriba, haciéndole sentir su mayor estatura, su superioridad. Amancio le dedica lo que cree es su mejor sonrisa.

Giri, me parece que esto se está poniendo muy mal. ¿Y ahora qué hay? Me vino a ver el policía. Me hizo un montón de preguntas sobre Biterman. ¿Lascano? Ése. ¡Pedazo de boludo!, la otra vez me dijiste Lezama, me tuve que romper el culo para descubrir quién era. ¿Yo te dije Lezama? Sí. Perdón, me equivoqué. Vos siempre te estás equivocando. Lo que tenés que entender ahora es que te metiste en un juego de grandes y en esto los errores se pagan muy caro. Tenés razón, perdoname. Dejá de pedir perdón todo el tiempo, ¿querés? ¿Qué quiere Lascano? Es el mismo que fue a ver a Horacio. ¡Me cago en diez!, ¿qué le dijiste? Nada, pero me hizo mil preguntas. El tipo sospecha. ¿Cómo llegó a vos? Y qué sé yo. ¿No habrá cantado ese Horacio? No sé, puede ser. ¿Sabe algo de mí? ¿Quién? ¡Horacio!, ¿quién va a ser? Ni una palabra. ¿Seguro? Pero ¿vos te creés que soy boludo? Y... la verdad que un poco boludo sos.

Levanta la vista y ve que su mujer se ha bajado del auto y acuna nerviosamente al bebé, que manotea y berrea. Amancio cree que él ha provocado el malhumor que se pinta en la cara de Giribaldi.

Bueno. Me tengo que ir a lo del curita ese que me recomendaste, a ver si a Maisabé se le pasa la locura que tiene con el crío. Y yo ¿qué hago? Vos agarrás ya mismo a la putita esa que tenés, cerrás tu casa y te vas al campo hasta que yo te avise. Y, cualquier cosa, mantené cerrado el pico. Si te agarran, me tenés que avisar enseguida. Vos decí que por un tema de seguridad tenés que comunicarte con el mayor Giribaldi. ¿Está claro? Como el agua.

Capítulo 26

En la sacristía, sin darse cuenta de que el bebé se ha quedado dormido, Maisabé continúa meciéndolo frenéticamente. Giribaldi se distrae con las imágenes dolorosas afichadas en las paredes. El Sagrado Corazón, coronado de espinas, vierte gotas de sangre sobre el mundo. A un lado, san Sebastián, atravesado de flechas, sufre el martirio con expresión un poco maricona. Junto a él, san Jorge, feroz, ensarta al dragón que se retuerce en el suelo, entre las patas de su caballo. El padre Roberto abre la puerta. Es joven, viste jeans y polera, podría pasar por un estudiante de Ingeniería o Ciencias Económicas, tiene una sonrisa amplia, como de niño, y modos pausados, algo amanerados. Habla con suavidad.

Mayor, tanto gusto, y usted debe de ser Maisabé. Y el chiquitín, ¿cómo se llama? Se llama Aníbal, padre. No me llame padre, mi nombre es Roberto. Lo que usted diga. ¿Qué anda pasando?

Roberto pesca al vuelo el recelo de Maisabé sobre Giribaldi que parece estar vigilando a un prisionero peligroso.

Mayor, ¿no se ofende si le pido que me deje un momento a solas con su mujer? ¿Cómo?, no, no, claro que no, estaré afuera. Muchas gracias...

El mayor vacila un momento y sale como quien va a cumplir una penitencia.

Bueno, cuénteme, Maisabé, ¿qué le sucede? No sé si usted sabe, padre... perdón, Roberto, que este niño en realidad... No me explique nada, ya sé todo. Dígame qué le sucede a usted, me parece que no la está pasando muy bien con su nueva maternidad. Creo que me estoy volviendo loca.

Pero ¿por qué? Este chico me odia. Pero ¿cómo la va a odiar este angelito? Me mira de una forma... ¿De qué forma? Como si me acusara de lo que le pasó a su madre, de haberlo robado. Pero no, ésas son cosas tuyas, Maisabé, es su imaginación. ¿Sabe?, cuando nace un niño, las madres suelen ponerse un poco nerviosas. Está bien que usted no parió a este hijo, pero lo ha deseado tanto que, creo, le está pasando algo parecido. ¿Usted cree? Me parece que sí. La otra noche pensé que estaba en pecado por haberlo robado. Usted no robó nada, Maisabé, usted salvó a este niño. Sí, pero la madre... La madre no fue capaz de protegerlo y se metió en cosas que no debía. Usted no es culpable de lo que le haya pasado. La única culpable es ella misma, debería haberlo pensado mejor antes de meterse en lo que se metió. Pero ¿no es que uno sigue en pecado si no devuelve lo robado?

El cura le pasa la mano por la cabeza y la toma por el mentón con dulzura.

¡Maisabé!... eso es para las cosas, no para las personas. Piense un poco, ¿qué sería de este pobre ángel si se criara en un hogar subversivo? Dése cuenta de que acá Dios intervino para poner este niño en sus manos. La Providencia se apiadó de su destino y le dio un hogar cristiano, donde va a ser criado en los valores verdaderos. Usted y su marido representan esos valores, por eso están aquí.

Avergonzada, Maisabé baja la cabeza. La mano de Roberto se demora en su cuello.

Padre, la otra noche pensé en matarlo, para que volviera con su madre. Bueno, entiendo sus remordimientos, eso habla de que usted es una buena persona. A veces nuestras mejores intenciones nos llevan por el peor camino, pero ahora está viendo la luz y ese pecado del pensamiento está perdonado. ¿En serio, padre... Roberto? Por supuesto, Maisabé, venga conmigo...

La conduce hasta un reclinatorio donde se arrodillan. Le entrega una estampita de la Virgen de la Inmaculada Concepción rodeada de querubines, con su mano en alto, los ojos vueltos al cielo y una pancita incipiente. Le

pasa el brazo por los hombros y se coloca la otra mano, cerrada en puño, contra el pecho.

Rece conmigo la «Oración de los niños perdidos».

Abrazada por Roberto, sosteniendo al pequeño en sus brazos y contemplando fijamente la imagen, Maisabé repite en voz queda las palabras del cura.

¡Oh, Señor!, que todo lo ves, vela por este niño perdido, que ha sido hallado.

¡Oh, Señor!, que todo lo puedes, deja que todos los niños encuentren el camino hacia Ti.

¡Oh, Señor!, que Tu infinita piedad proteja a este niño.

Con Tu mano misericordiosa, como a Moisés, sálvalo de las procelosas aguas.

Dale una vida limpia llena de Vos, para Tu mayor gloria.

En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Amén.

Aníbal, Maisabé, yo los bendigo en el nombre de Dios. Vayan en paz.

Giribaldi no puede creer lo que ve cuando Maisabé sale de la sacristía seguida de cerca por Roberto. Da la impresión de que sus pies no tocan el piso, su rostro ha cambiado y parece iluminado por una luz de serena armonía. Sus manos aferran al pequeño con amorosa delicadeza, y al pasar a su lado le dirige una sonrisa tenue como si hubiera sido transportada a otro mundo. Giribaldi siente y reprime un potente deseo de llorar, que inmediatamente da paso a una sensación de terror.

¿Volverá algún día Maisabé de ese otro mundo o se quedará allí colgada para siempre?

Capítulo 27

Lascano pasa por el taller a buscar su auto. Tiene que presentarse ante su superior inmediato, que lo citó para las diez. Se zambulle en el tráfico de la ciudad.

A su jefe lo llaman Dólar Azul porque hasta el más boludo se da cuenta de que es falso. Lo intriga qué se traerá entre manos. Sabe que debe tener mucho cuidado con él. Corre la voz de que mandó a varios policías a una encerrona de la cual no salieron vivos. Se dice que ésa es su manera preferida de sacarse de encima a quienes lo molestan, especialmente a aquellos que meten la nariz en sus negocios. Dólar Azul maneja los fondos provenientes del sistema de adjudicación de las comisarías. Si un comisario quiere ser titular de una, debe pagar el valor llave. Las distintas seccionales tienen, por supuesto, diferente precio. La Primera es la más cotizada y apetecida. Por su ubicación en plena City, es la que mejores negocios produce. Allí hay de todo y corre guita para tirar al techo: putas, bares, discotecas, traficantes, homosexuales, banqueros, empresarios, todos tienen algo que ocultar, algo para conseguir, algo que simular. Todo eso significa dinero a raudales. Lascano se ha mantenido siempre alejado de ese sistema, por el cual nunca demostró mayor interés, cosa que complace pero que también despierta suspicacias entre quienes están en la tranza.

A la altura de Congreso consulta la hora, está llegando a tiempo. A las diez menos tres minutos atraviesa la puerta de Moreno del Departamento de Policía. Rodea el patio de palmeras, sube hasta el segundo piso y, a las diez en punto, golpea la puerta del despacho de Dólar Azul. Allí se encuentra el jefe acompañado por otro tipo, lo sabe enseguida, es milico, y a Lascano una burbuja ácida le revienta en el estómago.

Buenos días, señor. Buen día, Lascano, permítame presentarle al mayor Giribaldi. Mucho gusto. Así que usted es el famoso Perro Lascano. ¿Famoso? Todo el mundo lo conoce. Eso no es muy bueno en mi trabajo, yo prefiero pasar desapercibido. Estoy seguro de que sí. Bueno, Lascano, acá el mayor tiene que hablar con usted, así que si me disculpan tengo un asunto que atender, ustedes conversen tranquilos. Como usted diga. Gracias, Jorge.

El jefe se pone la gorra y la entallada chaqueta de su uniforme y deja el despacho. Giribaldi toma su lugar en el escritorio.

¿En qué anda, Lascano? En lo de siempre, trabajando. ¿En qué está trabajando? Homicidio. Biterman. ¿Cómo lo sabe? Yo sé muchas cosas. Ya veo. Usted levantó tres cadáveres cerca del Autódromo. Así es. Los llevó a la Morgue. Correcto. Bueno, para su información, esos cuerpos eran de tres subversivos que se enfrentaron con mis hombres. No lo sabía, pero me llamó la atención uno de ellos, Biterman, que era mucho más viejo que los otros. ¿Y usted qué cree, que todos los subversivos tienen veinte años? No, me enteré incluso que hubo algunos de quince, de doce y hasta de un año. ¿Se está haciendo el gracioso? De ninguna manera, le digo lo que sé. ¿Qué más sabe? Que a Biterman lo mataron en otro lado y lo plantaron allí. ¿Y eso a usted qué le importa? Soy policía. Y si es tan policía, ¿por qué no investigó los otros dos? Porque no puedo, usted lo sabe muy bien. Al menos uno tendrá justicia. No me rompa las bolas con la justicia. Los tiempos no están para ponerse a pensar en boludeces. Yo le digo que a Biterman tampoco puede investigarlo. ¿Me entiende? ¿Es una orden? Es una orden...

El militar lo estudia callado, con los dos puños tensamente apretados sobre la mesa. Suelta un suspiro y se reclina en el asiento.

Vea, Lascano, usted es un tipo valioso, un policía muy perspicaz. Pero hay cosas que me parece que no está entendiendo. ¿Como qué? No importa, no voy a ponerme a dar explicaciones ahora. Déjese de joder con el caso de ese judío de mierda. Tiene más para perder que para ganar. ¿Ah, sí? Mire, le propongo algo. Véngase a trabajar conmigo. Le

voy a mejorar el rango y el sueldo. Pero antes se toma unas buenas vacaciones con esa novia que tiene en su casa. Prefiero quedarme como estoy. No aprovechar lo que le estoy ofreciendo sería muy estúpido, y yo no creo que usted sea estúpido. Déjese de joder, Lascano, y haga lo que le digo. Le conviene. Tendría que pensarlo. Piénselo..., pero pronto. ¿No será zurdo usted, no? ¿Zurdo? No, yo trato de ir por derecha todo lo que puedo. Esa ironía algún día va a ser su perdición. Quiero su respuesta para mañana, transmítasela a Jorge, yo me encargaré de buscarlo. Cómo no, ¿algo más? Puede retirarse. Gracias, buenos días.

El Perro no espera el ascensor, baja por las escaleras a toda velocidad. La burbuja de su estómago se transforma en una bola de fuego. Teme que lo levanten en la misma puerta del Departamento. Marcha hasta la esquina, se sube a su auto y parte de inmediato. Dos cuadras más adelante, coloca la sirena chupete sobre el techo y atraviesa la ciudad como un demonio, sin detenerse ante ningún semáforo, serpenteando entre el tránsito enloquecido de la mañana y sin prender un solo cigarrillo en todo el trayecto. Cuando llega a su casa, estaciona en cualquier lugar, sin perder tiempo siquiera en cerrar con llave. Irrumpe como una tromba en su departamento.

En ese momento, dos hombres, uno alto y fornido, con una buena panza de bebedor de cerveza, y otro bajito, gris y amargo, entran en el edificio de Biterman. Llegan al cuarto piso en el instante en que Horacio sale cargando un maletín. Lo llaman por su nombre, y cuando responde que sí, que es él, Gris saca su pistola y le mete un balazo en la cara. Horacio inicia un breve vuelo, dejando los zapatos donde había estado parado, que finaliza cuando sacude la cabeza contra la pared y se derrama sobre el piso con los ojos abiertos. Enseguida comienza a borbotearle un torrente de sangre. Cuando se apagan los ecos del disparo, Panza de Cerveza oye claramente el ruido que hace la mirilla de la vecina al cerrarse. Gris le hace un ademán con la cabeza. Panza se dirige hasta la puerta sacando y amortillando su pistola. Llama. Enseguida se abre el visor y se oye la voz de la vecina preguntando quién es. Panza coloca el cañón de su arma en la mirilla y tira del gatillo. Del otro lado de la puerta se oye el ruido que produce el cuerpo de la vecina al dar contra el suelo. Cuando se vuelve, Gris ya está metido en el ascensor. Panza lo alcanza y se van.

Eva se sobresalta por el portazo que da Lascano al entrar.

Eh, ¿qué pasa? Chiquita, no tengo tiempo para explicarle. Tenemos que irnos ya. ¿Adónde? Después le cuento todo. Prepare una valija con sus cosas y las mías. Lo mínimo imprescindible. No se olvide de los documentos. Pero ¿qué pasa? Confíe en mí. Después le explico todo. Ahora no hay tiempo. ¡Tenemos que irnos ya! Está bien.

La reacción de Eva es inmediata y absolutamente eficaz. Localiza y guarda rápidamente todo lo que mínimamente necesitan. La experiencia de años de clandestinidad le va dictando las prioridades y el orden con que va metiendo todo dentro de un bolso. Odia el regreso de esta sensación de huida vertiginosa. Mientras se dedica a esa tarea, Lascano toma el teléfono.

Sí... El doctor Fuseli, por favor... Vamos, vamos... Sí, con el doctor Fuseli... Hola, sí, ¿Fuseli...? Perro... Mal, todo mal... Se levantó la perdiz... No me digas, ¿cuándo? Sí, ya se que anda detrás de mí, pero no sería raro que se la tome con vos también. Me parece que la cosa se puso muy negra... Por supuesto que lo debe de saber, y si no lo sabe lo debe de estar averiguándolo en este momento... Creo que se nos vino la noche... Yo me estoy rajando en este momento... Para nada... Tomátelas ya... ¿Tenés adónde ir?... Está bien, no me lo digas... ¿Tenés guita?... Bien... Sí, pero ya mismo, ¿me entendiste?, ya mismo... Suerte... Chau... y perdoname haberte metido en este embrollo... Gracias... Chau... cuidate.

Eva, sosteniendo el bolso, aguarda con la mano en el picaporte.

¿Todo listo? Listo. Rajemos.

Corren a la salida. Lascano se detiene.

¿Qué pasa? Nos estamos olvidando de algo. ¿De qué?

El Perro gira sobre sus talones y se acerca a la jaula del pájaro. Abre la reja, lo toma muy delicadamente con la mano, va hasta la ventana, la abre y lo suelta.

Hay que dejarlo en libertad, si no se va a morir de hambre. Sos un

sentimental, te quiero.

La casa queda en silencio. El pájaro se posa con sus pequeñas garras en la baranda. Salido de ningún lugar, veloz como un rayo, un gato da un salto, lo atrapa con sus zarpas y le clava los colmillos en la cabecita con un crac, como el que hacen las nueces al partirse.

Capítulo 28

Las torcazas revolotean por los eucaliptos. La mañana es espléndida. El invierno aún no ha apagado totalmente la brillante sinfonía de ocres del otoño. Amancio está sentado en el porche de La Rencorosa, vestido con bombacha de campo, alpargatas, blusa corralera, pañuelito rojo al cuello y campera de gamuza. Goza de sus primeros momentos de distensión en los últimos tiempos y se entretiene leyendo los obituarios de *La Nación*. Sólo le queda esperar hasta que todo el asunto de Biterman se calme. Giribaldi se encargará de poner al cana en su lugar y él podrá regresar a sus asuntos en la capital. Planea encender el fuego para el asado con los cheques y los papeles que le había firmado a Biterman. Cuando está en el campo, se apodera de él un sentimiento rural que se le pega hasta en el lenguaje. A su lado, Lara, como de costumbre, se pule las uñas. Para ella el campo es un lugar espantoso donde los pollos se pasean vivos, y, a modo de protesta, se viste y se arregla como cuando sale de compras por Santa Fe. No entiende por qué tienen que quedarse allí, Amancio no le ha dado muchas explicaciones ya que teme que algún día ella las use en su contra. Doña Lola llega desde la cocina con las pilchas del mate y las coloca en la mesita entre los dos. A Lara el mate le da asco.

No sé cómo podés tomar esa porquería. Me gusta, querida, no te olvides que soy hombre de campo. ¿Y por qué no te quedás a vivir acá, con tus gallinas?

Se hace el desentendido y disfruta del placer de tenerla allí, de algún modo cautiva, sin lugar adonde ir, sin posibilidad de encontrarse con el Polaco, con Ramiro o con quien sea. Por la avenida, la brisa juega a hacer remolinos con las hojas caídas. Amancio levanta la vista. Junto a la tranquera

se ha detenido un Ford Falcon con dos hombres adentro. No necesita más datos para reconocerlos como gente de Giribaldi. Con toda seguridad, vienen a comunicarle que ya está todo en orden. Llama a doña Lola y le ordena que vaya a abrirles. Se pone de pie en pose de patrón de estancia. La mujer trota por el bulevar secándose mecánicamente las manos con el repasador. El auto pasa la tranquera, se detiene junto a doña Lola, el conductor le habla brevemente. La mujer permanece allí sin cerrar. Llegan hasta el porche, el acompañante desciende, da la vuelta por detrás del auto y se acerca a cinco pasos de Amancio. Lara se ha subido la falda unos centímetros para que los visitantes puedan apreciar sus magníficas piernas.

¿El señor Amancio Pérez Lastra? Servidor, a ustedes los debe mandar Giribaldi. Así es. Bien, ¿cuál es el mensaje?

Por toda respuesta el hombre saca una pistola y hace fuego. Una bandada de palomas se echa a volar abandonando las ramas del formidable eucalipto. Amancio se desploma arrastrando la pava, el mate y el convoy con la yerbera y el azúcar. Lara está paralizada, se le ha caído la mandíbula y su hermoso rostro se pinta con una pátina de asombrada imbecilidad. El asesino dirige entonces el cañón contra ella y dispara. Con la fuerza del impacto, la cabeza de Lara hace un movimiento circular, revolea su magnífica cabellera como si fuera un anuncio de champú, y cae con silla y todo entre los malvones. El matador se acerca a los cuerpos caídos y les reparte un tiro a cada uno en la sien. Vuelve al auto que el conductor ya ha enfilado hacia la salida, se sube y salen. En la tranquera, doña Lola, aterrada, inmóvil, pálida como un fantasma, se aferra al repasador. El Falcon llega a su lado y frena, el conductor saca un arma por la ventanilla, ella levanta el trapo como si fuese un escudo. A través del repasador, el hombre la fusila y la remata cuando ya está caída sobre una matita de tréboles. El auto atraviesa la tranquera y se va por donde vino.

Lentamente vuelven los trinos de los pájaros, el viento a jugar con las hojas, las torcazas a sus nidos, y va aplacándose la nube de polvo que las visitas han levantado en su carrera.

Capítulo 29

Chiquita, se pudrió todo con una investigación que estoy haciendo. ¿Qué pasa? Un homicidio, me puse a averiguar cosas y me metí en el chiquero de los milicos. ¡Putá madre que lo parió! Eso digo yo. Lascano, vos sabés que yo... No me diga nada, Chiquita, sé todo sobre usted. ¿Y? Y no cambia nada. Si tuviera su edad, probablemente haría lo mismo. ¿Qué harías? Tratar de sacar del poder a estos hijos de mil puta que nos están reventando a todos. Lascano, no parás de sorprenderme. Ahora tenemos que salir del país si no queremos que nos sorprendan a nosotros. ¿Cuál es la idea? Mire, yo tengo que cerrar este asunto. No me pregunte por qué. Le voy a dejar a un juez las pruebas del homicidio. ¿Y eso para qué? Allí termina mi trabajo. Sos un iluso, Lascano. Hago mi trabajo. ¿Y? El plan es entregar esto, luego al banco a retirar los dólares que encontramos en lo de Ventura y de allí a Aeroparque a tomarnos el primer avión a Iguazú. Atravesar la triple frontera es un paseo. Después, adonde usted quiera. ¿Brasil? Brasil. ¿Bahía? Bahía.

Lascano estaciona el auto junto al monumento a Lavalle. Apoya un cartel de la Policía Federal contra el parabrisas, cruza corriendo Tucumán zigzagueando entre los colectivos. Desaparece un momento en la mar de abogados que pululan como aves. Reaparece en la escalinata del Palacio de Justicia y vuelve a desaparecer entre las columnas. Eva siente que se le encoge el corazón y se calza un par de Ray-Ban que encuentra en la guantera.

Marraco está en su despacho atendiendo una audiencia. Lascano se sienta en uno de los bancos del corredor que balconea sobre el patio. Abajo se encuentra el conjunto de calabozos donde se aloja a los procesados cada vez que tienen que cumplir un trámite judicial. Allí, los reos esperan ansiosos que

los vengán a buscar para conducirlos esposados al juzgado, donde recibirán la pena, la libertad o se enterarán de que están hasta las bolas. Los presos se ponen impacientes y nerviosos en estas circunstancias, y se pasean de un lado a otro en las celdas, taciturnos y ensimismados. De ahí que ese lugar reciba el nombre de La Leonera. El Perro está muy quieto en su banco, pero por dentro se pasea también como un león enjaulado. Pasa una hora hasta que finalmente el pinche del juzgado le hace señas para que entre. Marraco está sentado adelante de su escritorio con su aspecto pulido de siempre y el notable malhumor que le produce la montaña de resoluciones, órdenes, sentencias y proveídos que tiene para firmar, en lugar de estar jugando al golf. Lascano arroja un sobre manila grande encima del expediente que está leyendo.

¿Y esto? El caso Biterman. Está resuelto. Bueno, qué eficiencia. Si todos los policías fueran como usted... Cuénteme. Amancio Pérez Lastra es el asesino. Lo mató porque le debía mucha plata. Biterman, la víctima, se defendió. Amancio tiene marcas en la cara y se encontró piel suya en las uñas del muerto. Ajá. Horacio fue el entregador. ¿El hermanito?, qué bien, pasan cosas lindas en una familia. Y ahora, la mejor parte. A ver. El cadáver fue plantado en el Riachuelo, junto a dos pibes que fusiló el grupo de Giribaldi. Por algún motivo, el mayor decidió que mandaría retirar los cuerpos más tarde. Pero, antes de hacerlo, un camionero tropezó casualmente con los muertos y lo denunció. Me comisionan a mí para que investigue, pero antes de que llegue, Amancio planta allí el cadáver de Biterman. Por eso, cuando me presento, en vez de dos, encuentro tres. El mayor Giribaldi le dio el dato a Amancio, luego su gente lo haría desaparecer como NN junto con los otros dos. ¿Y todo eso lo tiene probado? Está todo allí. Tengo localizada también el arma homicida, una 9 mm que Pérez Lastra empeñó en el Banco Municipal de Préstamos, los datos están en el sobre. Muy bien, Lascano, muy bien. Deje todo por mi cuenta. Mañana allanamos a Pérez Lastra. Ya mismo me pongo a trabajar en esto. En la orden, agregue el secuestro del auto de Amancio, el cadáver fue transportado en él y es seguro que ha dejado rastros. No sería mala idea requisar la estancia La Rencorosa, por las dudas. Toda la información la tiene en el sobre. De acuerdo.

El Perro sólo piensa en salir de allí y volver con Eva lo antes posible. Se despide rápidamente. Atraviesa la puerta del despacho y se encuentra de cara con el pinche que simula estar entrando. El chico le ofrece una sonrisa generosa que Lascano retribuye acariciándole la cabeza.

Chau pibe, cuidate.

En la Morgue, Fuseli está terminando de guardar sus cosas apresuradamente. Desde donde está puede vigilar los portones por donde ingresa un Ford Falcon del que descienden dos hombres. Sabe que son ellos, que han venido a buscarlo. Mete el bolso debajo de una mesa, se acuesta encima y se tapa completamente con una sábana. Los tipos entran, recorren la sala y vuelven al portón. Fuseli los ve hablando con el policía de guardia, quien señala hacia su derecha. Los asesinos salen a la calle y doblan en dirección a Junín. Fuseli se pone el saco y saca su reloj de bolsillo. Espera un minuto, que es el tiempo que calcula les ha llevado llegar hasta la Administración, y sale.

¡Chaparro! Sí, doctor. Venga un momento. Doctor, hay dos que lo andan buscando. Sí, los estaba esperando, pero no sé dónde se habrán metido. Como no lo encontraron, yo pensé que estaba en el 760. Hágame el favor, vaya y dígales que vengán para acá. Los espero en la sala. Voy enseguida. Gracias.

El policía sale disparado por la puerta. Fuseli vuelve a la sala rápidamente, recoge su bolso y sale a la calle. Se sube al primer taxi que pasa. Cuando llega a la esquina ve a Chaparro regresando con los dos hombres que lo buscan.

¿Adónde señor? A la estación Retiro, por favor.

A pocas cuadras de allí, Lascano vuelve a su auto y lo pone en marcha. Eva está muy serena en apariencia, pero por dentro es el volcán de Krakatoa cinco minutos antes del estallido. El Perro toma aire profundamente y se incorpora al río de lata que es el tránsito por Tucumán. En unos minutos están en la puerta del banco. Lascano saca del bolsillo una llave y se la entrega a

Eva.

¿Y esto? Es la llave de una caja de seguridad de este banco. Pregunte por Graciela, dígame que es mi sobrina y que necesita buscar algo. Tráigase toda la gaita de Tony Ventura. Ya vuelvo.

Eva lo mira a los ojos y le da un beso que se demora unos instantes, luego se baja sin decir palabra. Lascano la ve entrar al banco y dirigirse al mostrador. Saca un cigarrillo y lo enciende. El indicador de combustible denuncia que en el taller le han soplado toda la nafta del tanque, tendrá que cargar pronto si quiere llegar a algún lado. En el banco, Graciela conversa con Eva, quien se vuelve y le sonríe. Todo está bien. Graciela sale de detrás del mostrador e invita a Eva a que la siga, ambas desaparecen por una escalera lateral rumbo al sótano, donde se encuentra el tesoro. Un agente de calle se acerca canchero, agitando un talonario de infracciones en la mano. Lascano le da una larga pitada a su cigarrillo y baja la ventanilla. No necesita decir nada ni identificarse para que el vigilante se de cuenta de que está ante un superior. El Perro se lleva una mano al mentón y con el índice le indica que se retire sin hacer preguntas. El agente sigue su camino. Lascano lo ve alejarse por el retrovisor. Por la esquina gira un Falcon a toda velocidad. El corazón le da un brinco y se lleva instintivamente la mano a la sobaquera. El Falcon se cruza delante de su auto, se abren las puertas, dos hombres descienden rápidamente, pistola en mano, y comienzan a dispararle. Lascano abre la puerta, se arroja a la vereda y gira sobre sí mismo mientras saca su pistola. La gente de la calle sale corriendo o se tira al suelo. Lascano se pone de pie de un salto y, con la técnica del índice paralelo al caño, apunta a la cabeza del hombre más cercano y tira. El impacto lo hace rotar poniéndolo de espaldas. El Perro, en tiro rápido, dispara dos veces más. La fuerza de los balazos lanzan al hombre contra el capot de un coche, rebota y cae de boca al piso como una bolsa de papas. Cuando Lascano va a apuntarle al segundo, siente como si le dieran una trompada en el pecho y cae sentado en el suelo detrás de la puerta abierta de su auto. El tipo que lo bale o lo pierde de vista. Da dos pasos al costado buscándolo para rematarlo. Cuando vuelve a ver a Lascano, éste lo tiene enca onado entre los ojos. Sin vacilar el Perro tira del gatillo y le pone el proyectil en medio de la frente. El hombre cae fulminado

sobre el pavimento, sus piernas se estiran en un último espasmo. A Lascano, una punzada feroz le atraviesa el pecho, su camisa comienza a empaparse de sangre, se le nubla la vista, se siente muy cansado y cae de costado en cámara lenta. Con la cara contra el piso, ve que a pocos centímetros humea el cigarrillo que había estado fumando. Estira su brazo lentamente, lo toma, se lo lleva a la boca y aspira profundamente. De pronto comienza a hacérsele de noche.

La puta madre, cómo duele esto.

Alrededor de Lascano y de los otros dos caídos comienza a juntarse gente curiosa. Eva sale del banco aferrando su cartera. Se queda paralizada. El agente de calle regresa corriendo, se agacha junto al cuerpo de Lascano, le pone dos dedos en la yugular y hace una mueca de abatimiento. En ese instante chillan las gomas de un patrullero frenando junto a él. Un oficial y un sargento se acercan a los cuerpos y los observan como cosas. Dos policías se dedican a dispersar a los curiosos. Del banco sale Graciela junto con otros empleados. La empleada ve a Lascano caído, le parece reconocerlo y luego a Eva, congelada a su lado, que reacciona y comprende que debe alejarse de allí inmediatamente. Parte en dirección contraria a los policías, camina hasta la esquina. Para un taxi, se sube y le indica que la lleve al primer lugar que se le ocurre, el Rosedal.

Sentada frente al monumento a Sarmiento, Eva recuerda los dos primeros versos del himno escolar y canturrea como un lamento: *Fue la lucha tu vida y tu elemento, la fatiga tu descanso y calma.* Y los repite mecánicamente como un mantra, hipnotizada, quieta en el banco de la plaza, con las piernas heladas. Así se queda durante horas sin ver a las parejas que pasan abrazadas, los patos nadando en las aguas estancadas del lago, las glicinas desnudas en la pérgola, los chicos que están soplándose la clase y disimulan sus libros y guardapolvos entre sus ropas, el guardián municipal manco y malhumorado, ni los atrevidos que osan meterse a pedalear en esas extrañas balsas de lata a veinte pesos la hora. En ese estado pasa Eva el resto del día. Cuando el sol inicia su descenso por el lado del Hipódromo, se pone de pie y empieza a caminar. Lentamente al principio, pero a medida que avanza sus músculos comienzan a calentarse y ella a apurar el paso. Pasa corriendo junto al caballo

güevón de Urquiza, el Planetario, los puentes del ferrocarril. Le da toda la vuelta al final de la pista de Aeroparque, emboca por la Costanera, indiferente al río que se ha ennegrecido, y continúa trotando hasta que llega al aeropuerto, donde compra un pasaje para el primer vuelo a Resistencia.

Capítulo 30

El pinche del juzgado está ordenando los expedientes que Marraco acaba de firmar, para reponerlos en los casilleros donde pueden consultarlos los abogados. El juez está terminando de hablar por teléfono.

Sí... No hay problema... De acuerdo... No se preocupe por nada... No faltará oportunidad... Bueno... bueno... cuando guste... Perfecto... Hablamos entonces... Un gusto... Igualmente.

Che, pibe. Sí, doctor. Dejé todo lo que estás haciendo y llevé este sobre. Ahí tenés la dirección. Apurate, lo están esperando. ¿Y los expedientes? Decile a Marcos que siga él. Andá, apurate. Sí, doctor.

Giribaldi se entretiene un buen rato encendiendo la chimenea. En los campamentos, de joven, había desarrollado una técnica extraordinaria que le permitía prender una fogata hasta en las condiciones más adversas. Cuando era la hora de preparar el fuego, los otros estudiantes del Liceo Militar decían, *que lo prenda Giri, que lo prenda el campeón*. Porque Giri es el campeón de las llamas. Ahora, aun en la seguridad de su casa, aun en su chimenea, Giribaldi prepara todo como si se encontrara en Zapala, en invierno, con vientos de cuarenta kilómetros. Le complace hacer canutos con papel de diario y encastrarlos por las puntas formando aros. Luego los pone uno encima del otro creando una pirámide. Coloca astillas de madera a su alrededor y, concéntricamente, troncos de tamaño cada vez más grande. Ahora, el resultado arde en su hogar. Sobre el fuego vigoroso planta un fornido quebracho que las llamas lamen con apetito. El gemido de la madera

es una música que arrulla al mayor, hipnotizado por el baile de las lenguas de fuego. En el sillón floreado, Maisabé acuna al niño con la sonrisa beatífica que se le ha estampado en el rostro desde que el padre Roberto los bendijo. En la cocina, a baño de María, se están recalentando lentamente los ravioles que sobraron del domingo. Suena el timbre. Giribaldi se levanta y va hasta la puerta. Maisabé lo oye hablar brevemente con alguien y lo ve regresar enseguida.

¿Quién era? Me vinieron a traer algo. Nada importante.

El mayor rasga el sobre. Allí está la foto de Elías Biterman muerto, los informes del forense, de balística, del laboratorio, y un largo escrito firmado por Lascano, en el que describe los pasos y resultados de su investigación. Giribaldi piensa que es una lástima que ese tipo, tan brillante para investigar, no hubiera estado del lado de los justos. Pero bueno, muchas veces las mentes brillantes son las que se extravían con mayor facilidad. La gente, cuando piensa demasiado, termina yéndose a la mierda. Comienza a arrojar al fuego todos esos documentos. Va colocándolos uno a uno sobre los troncos ardiendo y contempla fascinado el espectáculo: el papel blanco va cambiando de color, amarronándose, después, cuando alcanza los doscientos treinta y dos grados se enciende con una levísima explosión. Las llamas lo van devorando, ennegreciéndolo, cambiando su sustancia, su esencia, pero en esa masa oscura puede verse todavía lo escrito. El calor la retuerce hasta que la materia que sostiene todas esas palabras se volatiliza, se deshace en miles de partículas, algunas se elevan y desaparecen, el resto se incorpora a la masa quemada, allí donde todo es uniforme, donde nada vive, allí, exactamente, donde mueren las palabras, donde sólo quedan las cenizas, inertes, asépticas, calladas, únicos vestigios de los hechos que son un canto a la purificación. Blancas nuevamente y distintas, blancas ahora como la nada.

Los oídos de Eva le señalan que se cerraron las puertas del avión. Por la ventana, el ómnibus que trajo a los pasajeros hasta la escalerilla arranca rumbo a la terminal. Los técnicos se alejan de la máquina conversando distraídamente y el señalero dirige la maniobra. Siempre tuvo miedo a volar,

pero ahora, mientras el fuselaje acusa las juntas del pavimento rumbo a la cabecera de la pista, no siente nada, ningún temor. Viendo desfilar las altas tipas de la Costanera y el tránsito de los oficinistas que vuelven a sus casas, se nota vacía sin aquel temor que le inspiraba el vuelo. En este momento no le importa nada si el avión se estrella y muere junto con todos los extraños que la rodean.

No muy lejos de allí, Marcelo, el pinche de Tribunales, se ha encerrado en su habitación en la casa de sus padres. Las tablas de la biblioteca se comban bajo el peso de los libros que deberá tragarse para, en algún momento, convertirse en abogado. En la falda tiene un sobre lleno de fotocopias que ha pagado de su propio bolsillo. Saca una de ellas y se pone a leer. De: comisario Venancio Ismael Lascano. A: Doctor Humberto Marraco, juez. Causa: Elías Biterman, homicidio...

El piloto acaba de anunciar que ha recibido autorización para despegar. Eva está demasiado tranquila en su asiento, como una condenada que ya se ha resignado a su ejecución y lo único que desea es que todo termine. Nada le importa y no entiende bien por qué está ahora en este avión, todo le da igual. Entonces sucede. En el momento en que la nave comienza la carrera de despegue, lo siente. Es como un aleteo, como una burbuja que se ha movido en su vientre. Es su hijo que ha venido a recordarle con este primer movimiento perceptible la razón por la que está allí huyendo del horror. Se pone entonces las manos en la panza, en el punto donde se le instala el vértigo de la velocidad, donde crece la semilla y vuelve a sentir el miedo maravilloso que le dice que está viva y que tiene la mejor de las razones para continuar en este mundo. Dos filas más atrás, el doctor Fuseli, disfrazado de turista norteamericano, se ajusta el cinturón para el despegue.

Marcelo termina de leer el informe de Lascano. Ha analizado las pruebas, los documentos, las pericias, con la meticulosidad de un estudiante aplicado.

Luego, pensando que en algún momento estos documentos podrán hacerse valer, los coloca en la biblioteca entre dos libros: uno se lo regaló su padre cuando aprobó el ingreso, se titula *¿Qué es la justicia?*, de un tal Kelsen. El otro es un libro de cuentos: *Historia universal de la infamia*.

Cuando el avión atraviesa y deja atrás la capa de nubes que ensombrecen la tierra y se asoma al cielo estrellado, todo lo sucedido comienza a convertirse en pasado. El presente es este salto, este niño que le crece en la barriga. Este alejarse a mil kilómetros por hora del horror y de la saña de los hombres. Piensa, siente, que el porvenir la habita y que por él debe curarse, rehacerse, repararse y seguir creyendo que un mundo mejor es posible.

Por ahora no quiere saber que el futuro es un lugar que sólo existe en la imaginación.



ERNESTO MALLO (La Plata, 1948). Guionista, dramaturgo y periodista independiente argentino, ganó el Premio Memorial Silverio Cañada de la Semana Negra de Gijón (2007) con *La aguja en el pajar*. Ha publicado también *El relicario*, *Delincuente argentino* o la obra de teatro *La vacuna*. Sus novelas han sido traducidas al francés, inglés y alemán. Vive y trabaja en Buenos Aires.

Última revisión por UMDN: 24 de noviembre de 2021

